



EL SIGLO V DE SAN CRISTOBAL

Roberto López Moreno





El siglo V de San Cristobal

Primera edición: 2021

ISBN: 9788418832024

ISBN eBook: 9788418832512

© del texto:

Roberto López Moreno

© del diseño de esta edición:

Penguin Random House Grupo Editorial

(Caligrama, 2021

www.caligramaeditorial.com

info@caligramaeditorial.com)

Impreso en España – Printed in Spain

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. Diríjase a info@caligramaeditorial.com si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



Dedicatoria.

Autor



Estamos frente a una literatura mayor. Agarra, engarra, desgarrar; se prende a la garganta, al diapasón de las cuerdas vocales, al entintado de las arterias sin defensa, se introduce en la carne con uña firme; auxilia, asfixia y, herida, estrangula las vías del aire, las de la sangre devastada. Literatura de los mayores. Carcome las entrañas indefensas, hace hondo en ellas, mordisquea con el tesón bien empuñado, escarba adentro y más adentro, centro vientre, antro de carne, introherido, al fondo. Hasta el fondo del fondo y más, si hubiera. Cada uno de estos cerros que rodean a Jovel, la vieja, que capturan su imagen de cal y de tejas, cada una de estas lomas, de estas cuevas verdinegras que enmarcan San Cristóbal son palabra viva, literatura densa, historia cierta llena de rencores, iras, sobresaltos y estupores. Literatura difícil que ahí está, hablando por el tiempo, compartiendo con el valle su trágico lenguaje, su aterida memoria, su andanada de hechos, reminiscencia acervada, su acervada verdad, silencio y expresión frente al espacio. Este lomerío circundante está alimentado con sangre, sangre es esa vegetación sombría que tiñe la circunferenciada sierra, sangre que el monte colorea de verde, verde oscuro que sabe y calla, que calla y grita, que grita y sabe, que guarda y

relata lo que ha visto en la pupila de los siglos. Hasta el centro de estas desmesuras he venido yo, Pedro Díaz Colombo, minúsculo latido, ínfimo lector de esta telúrica presencia, en la intención de desentrañar. El río Amarillo desprende hilito de agua de esta literatura montañesa y por medio de su adelgazado verbo se inician las ascensiones hasta el centro de esa descomunal gramática que espera en las alturas. Pero la ciudad de San Cristóbal, con sus paredes encaladas, termina siendo —o siempre lo fue, desde su fundación misma— un fidelísimo espejo de las historias que las alturas montaraces gritan sobre el valle. Aquí mismo, sobre el enlozado de estas angostas calles, rebotan los ecos que las montañas rodeadoras profieren. Y es que esta extensa construcción de cal, cemento y teja, de metales antiquísimos y piedra labrada, fue erigida con la misma sangre que ensombrece los cerros. En cada rincón de la ciudad colonial hay un sacrificio que habla calladamente, hay un muerto con las manos desgarradas, con la fatiga haciendo fuelle en las entrañas del viento que dobla, helado, en cada esquina, un muerto con la espalda vencida sobre su tragedia. Esta ciudad tomó vida con la muerte de muchos. Así ha ido devorando y ha seguido viviendo. Cada centímetro de esta majestuosidad guarda un dolor adentro, una historia terrible que cinceló, pulió, que colocó un tabique sobre de otro hasta levantar la grandeza que sabe a amargo y a exquisito pan recogido de los extensos trigales sembrados también a látigo efectivo; que sabe a chocolate traído del Soconusco para endulzar las largas horas conventuales y las tertulias de los dueños de casa y de vidas. Así es que aquí, yo, Pedro Díaz Colombo, para informar a los lectores de mi periódico, tengo el recurso de ascender por el menesteroso hilito de agua del río Amarillo, ascender hasta los lenguajes de las montañas vestidas de oscuro en la luz y en la sombra y escribir los pormenores de este tiempo que se quedó encerrado en el gélido valle de Jovel; pero si San Cristóbal es el reflejo de estas alturas que

nos cercan, la otra alternativa es la lectura de la ciudad misma. En cada piedra, en cada muro, se estremecen los ecos de lo que las montañas gritan. Hay que vivir, aunque sea un breve lapso, en las entrañas de esta cal erguida para saber que así es esto. Lo que late en la montaña tiene su reflejo correspondiente en cada una de estas calles, calla igual e igual rinde un testimonio que ni el prolongado paso de los años ha podido borrar, porque está impreso con sangre, que aquí es sustancia indeleble, que todo lo toca y todo lo tiñe, lo ciñe con saña y con dulzura alternas y es así como la literatura de lo aéreo se convierte en la literatura del valle en una fusión inmortal que está ahí, amasándose, amándose y odiándose por los siglos de los siglos, convirtiéndose la una verdad en la sustancia de la otra, y viceversa. Si el río Amarillo es un pálido reflejo de las alturas circundantes, no lo son, en cambio, los otros ríos, los que surgieron de las venas de los hombres y se fueron sumando y se fueron creciendo entre los todos y formaron un mismo eje de ríos de montaña y ríos de valle, ríos de arriba y ríos de abajo convertidos en un mismo río dentro de los cauces del tiempo. En esta mecánica radica el zumo de esta verdad fría y neblinosa. Hasta aquí vine, a hacer la lectura de esto, a conocer esta ortografía de doble filo para que un periódico de entre siglos, de cambio de milenio, dé cuenta fehaciente de lo hasta aquí vivido, de lo que el valle de San Cristóbal y sus montañas guardan en espejismos de paz y guerra. Aquí, dentro de este enorme espejo cargado de tiempo, empiezo a deletrear sus entrañas en medio de cerros de libros que cunden por todas partes en la enorme biblioteca de don Prudencio Moscoso, el erudito de la región. Cuando la vista se me cansa de andar entre legajos y documentos carcomidos por la polilla, salgo a la calle a contemplar los otros libros, los que se elevan sobre los tejados con su eterno vestido de verde y sombra. Observo, medito y, después de alzarme a las alturas vegetales, regreso con mis ojos renovados a revisar los viejos tomos de

la biblioteca en donde don Prudencio logró encerrar tanta vida. Las gruesas pastas, las enormes dimensiones, las hojas amarillentas, los borrosos textos en latín, los interminables párrafos escritos en tzotzil, en maya quiché; algunos —escasos— escritos en zoque, forman un cumplido universo en el que igual conviven el teorema de Pitágoras y la fecha en la que fray Matías de Córdoba fundó la primera Escuela Normal de este continente. Aquí se encuentra, en castilla y en indio, la oración a la Virgen de la Caridad, la Generala, y, junto, un tratado de brujería; aquí están, sobre del mismo escritorio, las anécdotas y las leyendas de la ciudad junto a los hechos trágicos que, cuando no en el librero, están en la muy fresca memoria de la gente de la calle. Y en la calle este sol frío que baja rodando de los cerros vestidos de verde y negro, recorriendo los mismos senderos que recorre la niebla cuando desciende y cae sobre los pobladores como una maldición, esa niebla que transporta en sus adentros las más terribles desgracias; esa niebla que ahora asoma por el filo de las cimas más altas y que empieza a bajar, lenta, silenciosamente, amenazante, que desciende inexorable sobre nuestros destinos.

La niebla...

Lenta...,

lenta...,

descendiendo...,

la niebla...,

la niebla...

Vaxaken, detenla, no permitás un nuevo mal sobre esta tierra. Vaxaken, Dios omnipotente, amarrale las manos, sacale el mal espíritu que la mueve, no la dejés llegar hasta estas casas, no le permitás que baje a traernos la desgracia; amarrala, Señor, que no caiga sobre nuestras cabezas. Llevo tres horas mirando el cerro más alto. Primero empezó como una nubecita más que asomó por un lado de la punta del cerro, después fue creciendo, muy lentamente, todavía como una nube inofensiva. Llevo tres horas sentado en las gradas del quiosco de la plaza central de San Cristóbal y lo veo, cómo la niebla dejó de ser la sola nubecita allá y empezó a tomar la forma de lo que realmente es. Esa amenaza lenta que no acaba de bajar, pero que baja, baja como una nueva maldición; no debe caer de nuevo sobre este pueblo; es mucha la desgracia que la niebla trae cuando cae sobre el valle. Señores de los Cerros, amárrenla en sus cuevas, no nos dejen solos ante la sombra blanca, la enemiga. Vaxaken, Dios todopoderoso, que no sea esta tu voluntad, todavía faltan años para que el siglo acabe; para que acabe otra vez el mundo; faltan algunos años, Señor, para el fin del mundo; a qué, pues, esta niebla que apareció como una nubecita blanca en la punta del cerro más alto. Tengo más de

tres horas mirando el cielo, viendo cómo se ha ido formando la amenaza en las alturas, poco a poco, como si no fuera cierto, pero lo era, pero lo es, por eso el susto hace que me atreva a hablarte, yo, Pedro Díaz, el más humilde de tus hijos, el que vino a esta ciudad por orden de sus mayores para ser correo, para informar sobre los sufrimientos de nuestra gente en estas tierras. Yo ya soy de los tuyos, Señor, porque decidí quedarme, prefiriendo el escupitajo en la cara, humildemente, con la humildad que tú deseas de tus hijos; lo preferí en vez del regreso a esquivar la mordida de la culebra y el piquete de la tarántula. Ahora estoy aquí, entre la gente que tú proteges, implorándote clemencia. Yo sé lo que la bajada de la niebla significa. En la casa en donde sirvo lo he oído, con esta oreja hecha de tiempo lo he oído y me he llenado de susto como el que lo relata y como los que lo escuchan. Bajó la niebla en el anterior fin del mundo y sembró el mal sobre el valle y sus alrededores, su epidemia de muerte se desató por todo este mundo de por acá. Esos relatos también los escuché de los que fueron mi gente, pero, aunque eran dichos desde otra mirada, en las dos lo que se encuentra al final es muerte y desolación, los cuerpos regados en los cerros y en el llano, el hambre y el espanto. Todo empezó la primera vez en la frente de santo Domingo días antes de la gran niebla. En la frente de santo Domingo lo empezó la estrella, una estrella que el santo llevaba en la frente y que empezó a echar luz que se prendía y se apagaba como una señal que venía desde los cielos y que aturdía a la gente que la miraba. Muchos iban en caravana a mirar cómo la frente del santo palpitaba con la estrella. Estaba cercano ese nuevo fin del mundo y el cielo mandaba señales que aparecían en parajes y poblaciones. Fue cuando salió por los caminos aquel viejo ermitaño que metía su cuerpo en el tronco de un árbol y hablaba desde adentro y sostenía que la única manera de retrasar el próximo fin era exigiéndole cuentas a los caxlanes, los hacendados, los coletos que se habían

apoderado de las tierras y de las vidas de los pobladores originales desatando el odio y la muerte por las praderas y las poblaciones. Fue cuando surgieron cosas nunca vistas sobre la faz de la tierra. Los Cristos se desclavaban de sus cruces y caminaban por las noches de casa en casa, bendiciendo las comunidades agarradas a las montañas con sus chozas de paja. Así lo oí decir muchas veces. Los caminantes llegaban a esas comunidades y contaban cómo en San Pedro Chenalhó, la imagen de san Sebastián había sudado dos veces. Sudaba y lagrimeaba el san Sebastián aquel, quizá porque le estaban doliendo harto las flechas que tenía prendidas en el cuerpo. Pero no solo el san Sebastián sudaba y lagrimeaba como anuncio divino. Bien que lo miraron todos en San Pedro Chenalhó, que el propio santo patrón del pueblo, el mismito san Pedro, empezó a brillar durante varios domingos, cuando la gente iba a la adoración. Desde donde atrás de su cabeza le salían, pues, unos rayos de luz que solamente podían ser anuncios del cielo, según interpretaban aquellos antepasados. Los fieles fueron esos domingos del brillo a mirar su milagro de san Pedro; todos lo vieron echar luz; todos se dejaron inundar por aquellos resplandores que seguro eran asuntos del Eterno. Ahí, en Chenalhó, habló un Sebastián Gómez «de la Gloria» que acababa de regresar de un largo viaje que había hecho al cielo durante una noche larga, tan larga que duró las noches y los días de varios años. Allá en el cielo había hablado con san Pedro y este le dijo que los caxlanes la habían manchado la religión, que la habían hecho asunto de herejes, que su gente tenía que arrancarles la religión de la que tan mal uso habían hecho y poner sacerdotes indios en donde oficiaban sacerdotes españoles. Por esas fechas también, la mera Virgen en persona se le apareció a Dominica López en el momento en el que la mujer estaba cortando elotes en una milpa que desde el principio zumbaba con el paso del viento, como cosa extraña. Dominica fue corriendo a avisarle a su marido, Juan Gómez, y los

dos miraron la aparición, que quedó grabada en un tronco que los dos guardaron y que solo dejaban ver cuando llegaban las peregrinaciones a la comunidad de Santa Marta para postrarse y orar con un zumbido igual al de aquella milpa a la que el viento había hecho quejarse. Ya después llegaron las autoridades de aquí de San Cristóbal y se trajeron presos a la Dominica y a su marido; pero grande fue el hormiguero de indios que se apoderó, silencioso, de las calles de San Cristóbal, y tan grande fue, y más que creció, que las autoridades de los caxlanes prefirieron soltarlos a la Dominica y al marido para que tomaran el camino a sus parajes. Pero la Virgen no tomó descanso y luego se le apareció a una joven de nombre María Candelaria. Esto lo fue siendo en Cancuc, de donde partió la niebla que asoló esa vez todas estas tierras. El nuevo milagro recorrió ligero los campos y los cerros, así fue como llegó ese Sebastián Gómez «de la Gloria» a Cancuc y junto con María Candelaria empezaron a organizar la forma como toda esa gente iba a esperar el nuevo siglo. Empezaron por nombrar sacerdotes de entre ellos mismos y a decir que desde ese momento los españoles pasaban a ser los indios y comenzaron a atravesarles dagas en el cuello a los sacerdotes de antes y a los dueños de las fincas y a los indios que los servían, que ya se habían hecho ladinos. De inmediato se apoderaron de los campos los «soldados de la Virgen», que llevaban como orden no dejar a ningún caxlán vivo. La niña milagrosa, la señalada por el cielo, la María Candelaria aquella, los encabezaba, pues, a los soldados de la Virgen, y estos se lanzaron a la matadera empuñando un estandarte de la Virgen del Rosario, en defensa de la Iglesia india y en reclamos de tierras y derechos, según gritaban en medio de las polvaredas. Y la niebla bajó y envolvió a los seres y las cosas. Los caxlanes también levantaron su ejército, y su estandarte era la Virgen de la Caridad, a la que vistieron de generala, como se vestían los generales españoles, que ya llevaban su buen tiempo

como dueños de estas tierras. Los soldados de la Virgen, los ejércitos de María Candelaria, fueron perdiendo terreno, porque en medio de aquellas batallas llenas de crueldad, la Virgen Generala, desde el estandarte que habitaba, les hacía señas vulgares a los indios; les sacaba la lengua mientras con los dedos indicaba bajezas y otras cosas muy del diablo. Eso dominó a los indios en su guerra santa. Después, la espesa niebla empezó a devorar aquellos cuerpos destrozados que se quedaron a abonar el campo. Los que saben de esas cosas llamaron a ese tiempo de antes el 1712, así fue como lo mencionaron para los demás y fue la vez en la que la niebla había bajado de nuevo sobre estas tierras para cumplir su trabajo.

Jun..., Chib..., Oxib..., ya llevaba Pedro Díaz más de tres horas con los ojos clavados en la curva del cielo. Su mirada de indio, aunque avecinado en San Cristóbal, sabía descifrar muy bien los signos funestos que la niebla acarrea consigo en su blancuzco vientre, que encierra las peores desgracias, así los oyó decir desde las mantas que lo acunaron en el caserío de Tzajal Hemel. Por eso llevaba más de tres horas de estar sintiendo en el cuerpo sacudimientos que nada tenían que ver con el despiadado frío que baja de los montes verdinegros, carceleros de la aletargada ciudad. La amenaza estaba allá arriba y minuto tras minuto iba tomando las veredas de descenso al valle de Jovel sin que los Señores de los Cerros hubieran hecho nada para amarrarla a las cuevas de allá arriba, a las mansiones en donde ellos podían ejercer su fuerza. Los ruegos y las oraciones que murmuró en casi tres horas de angustia de nada habían servido. Inexorablemente, aquella masa blanca, carente de solidez para poder ser atajada, descendía sobre la población como un manto trágico que se abría, se abría para abarcarlo todo. Y todo fue siendo abarcado paulatinamente, todo fue cubriéndose con el espanto blanco, las veredas de las

afueras, las calles de acceso a la ciudad, el quiosco en donde Pedro Díaz Torcaz rezaba sus miedos, los aleros, los campanarios, los promontorios y las oquedades, las rendijas de puertas y las ventanas, las aguas pardas, enclenques, del llamado río Amarillo, los frontispicios coloniales, los empedrados y las almas. Jun... Chib... Oxib... Pedro Díaz Torcaz había estado recordando en esas tres horas hechos que ya no sabía si había visto de niño o soñado o escuchado entre los labios de los viejos de su gente, de los que lo formaron en el universo tzotzil y lo enviaron después a la gran ciudad convertido en los ojos y los oídos de la confianza, en los ojos y los oídos que informarían acerca de las resultas de gestiones y transacciones con las autoridades, en las que siempre salían perdiendo los de su casa, la casa tzotzil que se extendía a través de kilómetros y kilómetros «abrumados» y «embrumados». Él, Pedro Díaz, fue el primero en presenciar el fenómeno, que esa vez se formó en las alturas desde tres horas antes, y desde el primer momento de su observación se agolparon en la conciencia del susto cosas que su memoria ya no recordaba si había vivido, soñado o escuchado. Junto con la niebla se movían los recuerdos ¿de lo vivido o lo soñado? Por la comparación de tiempos, no podía haber vivido tales hechos; por la nitidez de las imágenes, no podían haber sido solo sueños. Y ahí estaban, bajando con la niebla, los antecedentes de tanta matadera; ahí el odio de los curas contra aquella Juana Svaxaquival, la que había nacido en la octava luna del ciclo solar. Juana, la casi niña, con las manos atadas por su devoción a la reina de la noche, porque sostenía que cualquier mal del alma se curaba con el apoyo lunar. «No hay más Dios que Dios», dijo aquel obispo Núñez, y lanzó a su gente a perseguir a Juana Svaxaquival, la casi niña, la que se atrevía a decirle a los indios del Soconusco que toda esa historia de santos y vírgenes no era más que un gran mentiral para mantener al esclavo, esclavo, y al hambriento, hambriento. Juana, la

casi niña, caminó caminos, veredeó veredas propagando su culto, y así fue como llegó hasta la región de Huehuetán, el pueblo más antiguo de los mam; Huehuetán, el lugar de los viejos, y los viejos la escucharon con atención y entendieron mejor que nunca el poder de la luna sobre los destinos de aquellos pueblos. La Madre Luna, la reina de la noche, velaba con su cara blanca los hechos de la tierra; observaba desde sus alturas y así nada quedaba fuera de su juicio, ni el robo ni el asesinato ni tantas fechorías que los caxlanes, los extranjeros, habían venido a cometer en estas tierras. El número de adoradores de la Madre Luna seguía aumentando y por caminos y veredas surgía la señal oculta en lengua mam que pasaba de boca en boca de los caminantes. Ellos se dirigían a donde Juana Svaxaquival realizaba sus ritos, en el interior de una cueva de Huehuetán, y por los caminos y las veredas había corrido también el informe de que durante las noches en las que la luna se encontraba a plenitud, los indios de la costa elevaban al cielo un lloradero de flautas de barro y de carrizo junto con el golpetear de diferentes tambores unidos a tablillas sonoras que tocaban los colores que le habían arrancado al arcoíris en los días de lluvia con sol. Pero los himnos a flauta y atabal también habían viajado y no solo eran tocados en la cueva de Huehuetán, sino que habían extendido los elementos sonoros del rito hacia otros puntos lejanos del propio Soconusco, lugares distantes en los que, sin embargo, se aseguraba que la misma Juana Svaxaquival, la casi niña, en persona dirigía las oraciones con las que la Madre Luna sonreía gustosa en el centro del cielo. Aquel obispo Núñez, que para entonces ya había quemado cientos de cuadernillos encontrados bajo ocultamiento de los indios más viejos, porque al decir del clérigo eran cuadernillos escritos bajo la inspiración satánica, decidió no esperar más y ordenó la captura de la casi niña, de la sacerdotisa protegida por la luna. Tres semanas intentaron los captores llegar a Juana, pero sus esfuerzos fueron vanos. Según

contaban los que se decían testigos, la luna se hinchaba de luz, encendía su brillo con tal intensidad que los captores enceguecían. Para cuando llegaba la mañana, Juana Svaxaquival ya se encontraba muy lejos... para regresar la noche siguiente. Tres semanas se pasaron los captores en su empeño hasta que llegó la noche del eclipse lunar; fue cuando la casi niña cayó prisionera en manos de los captores. Los enviados por el obispo irrumpieron en la cueva, que esta vez no era altar religioso, sino atalaya de defensa; alumbrándose con ocotes encendidos y en medio de un escándalo infernal, empezaron a hacer heridos por todos lados y a destruir los ídolos de terracota. La noche del eclipse los ídolos que representaban a la diosa Luna rodaron por el polvo hechos polvo. Entre lamentos y sangre, Juana Svaxaquival fue amarrada fuertemente por las muñecas y así se la obligó a emprender camino hacia tierra fría. En esas fechas hubo gran mortandad por diversas epidemias que se soltaron junto con las plagas, y el obispo responsabilizó de tantas calamidades al hecho de que los pueblos habían caído en tenebrosos asuntos de herejías y en alguna circunstancia hasta se había llegado a hacer burla del santo Tomás de Aquino, el sabio varón, dueño de las verdades del universo. Fue entonces un perseguir al demonio día y noche, sin descanso. A su paso, el obispo fue destruyendo calendarios antiguos, documentos escritos en lenguas nativas, objetos que habían sobrevivido a los siglos. Todo era elemento de idolatría y tenía que desaparecer para que las plagas y las epidemias fueran conjuradas. Cuando la luna volvió a parecer entre las nubes ya no encontró a Juana Svaxaquival, que ahora era carne de oscuro calabozo. Entonces la madre no quiso saber más de sus súbditos y se fue rodando por la oscuridad del cielo. Jun... Chib... Oxib...

Pedro Díaz había cumplido más de tres horas de susto, de recuerdos terribles y ya la niebla era una verdad que se acababa de apoderar enteramente del valle de Jovel. Ya nada se miraba

a medio metro de distancia. La niebla había caído sobre las cabezas, más densa que nunca. Entonces se inició el espanto. A ciegas. ¿O eran tan solo espejismos de la memoria colectiva? De la nada blanca, de su centro, surgieron los gritos de guerra envueltos en una ensordecedora algarabía de tambores y cuernos de combate. Por el rumbo de donde se adivinaban los cerros más altos, el griterío era más fuerte, bajando, bajando. En la ciudad se escuchaban los sonidos más extraños y era como si la locura fuera la única realidad en el medio de la irrealidad blanquecina. De pronto se oían crepitares, estrépitos de muros que se venían a pique, golpes del acero sobre las piedras, sobre los cuerpos, cortando la respiración, cortando el viento. El grito de dolor por la lanza que había atravesado el cuerpo se confundía con las plegarias elevadas al Todopoderoso. A veces la muerte elevaba agudos aullidos que penetraban hasta los huesos de quienes todavía no habían sido alcanzados por el filo del cuchillo o por el disparo. La falta de visibilidad convertía todo este estruendo en algo aún más terrífico, como si no lo fuera tanto lo que estaba sucediendo al amparo de la negra blancura descendida como una maldición. El fin del mundo acababa de llegar. Ruidos de carretas desbocadas, ayes del dolor físico, del terror devorando las almas; tropelías de todo tipo; vivas a la Virgen del Rosario, a la Virgen de la Caridad; ruidos conocidos, ruidos raros, ruidos, vehículos de la muerte; ruidos, ruidos..., estrépitos ensordecedores..., la sombra blanca cubriendo el espanto, los lamentos... La niebla había bajado al valle de Jovel.

Pedro Díaz Torcaz, vos que lo miraste bajar la niebla sobre las casas, que lo miraste que bajaba y que rezaste con el alma y con los huesos para que se detuviera, contá, decí vos cómo fue que sucedieron los sucesos, decilo para que los tiempos lo sepan. Vos que lo viste la niebla antes de que el siglo terminara, antes de que

lo empezara aquel otro fin del mundo, contalo pues lo que vos miraste; yo, el alma de Pedro Díaz Cuscat, te lo pide, te lo pido yo que lo digás, yo, que todavía tengo una mi oreja para oírlo. Contáselo a los tiempos, que también tienen su oreja derecha.

Una tarde con su noche, que abarcó tres años y varios meses, duró la espesa niebla sobre las conciencias y las cosas que habitan el valle de Jovel y los territorios aledaños. Fue algo así como una larga e inacabable noche de terror que lo tocó todo repartiendo el miedo en pechos y casas. Nuevamente el destino ineludible se había hecho presente con su densidad fantasmagórica imponiendo un lapso en el que todo podía suceder en revoltijo estremecedor de cielo, tierra e infierno. Infierno, cielo y tierra se habían encontrado en ese fin del mundo para crecer un nudo en el que seres y cosas eran arrebatados por el vértigo, fuerza en la que el hombre y la bestia enloquecían simultáneamente. El rencor había desatado sus pezuñas, el odio su baba feroz, el miedo su larga cadena de adrenalina, la traición sus contrahechos perímetros. Nudo terrible, bárbaro, que cerraba un lapso para abrir otro que en el otro fin del siglo iba a cerrarse nuevamente cobrando altas cuotas a la sangre con la que las tierras de San Cristóbal se alimentan. Larga, infinita fue esta niebla que duró tantos días en una sola tarde con su noche. Todos los duendes y los nagueles, los nagueles y los chuleles y los aluxes que habitan en el mundo se pusieron a retozar como cabras diabólicas que se volvieron de pronto dueñas de las circunstancias, que amparadas en la sombra blanca habían salido a bailotear sobre la tierra para hacer de las suyas. Otra vez el círculo que se cierra arrastrando consigo todo lo que vive y que —desde que las cosas son— está condenado a asumir su misma y siempre renovada tragedia. Después, la niebla

se fue levantando lentamente, parsimoniosamente fue cediendo a los primeros rayos de la mañana, fue retirando su mal como una nefasta cortina que se va recorriendo terrible para dar a la vista el espectáculo de la devastación, para darle a la pupila incrédula escenas de lo que había sucedido durante este largo tiempo de la ceguera blanca. La lucha santa que se había desarrollado durante el lapso furibundo ahora mostraba, paso a paso, con las minucias del espanto, la verdad de lo que había acontecido. Sobre las calles de la ciudad primero, y después sobre lo abrupto del llano, fueron apareciendo las casas quemadas, los cuerpos humanos y los de las bestias bárbaramente mutilados. En las aceras y los muros se había construido el imperio de la muerte. Por todos lados la ciudad se veía maculada por sangre derramada por el tropel del averno. Vidrios rotos, fachadas humeantes, tejados a pique, ayes de los que aún no morían, el susto del prisionero sometido, ya sin el valor de la algarada, chamulas degollados —cuando no péndulos macabros tensados en los árboles de los que pájaros y frutos habían desaparecido— empezaban a ser visibles para los ojos desmesurados de aquellos a quienes no les había tocado morir. En las serranías el paisaje se revelaba con sus racimos de quebrados por la bala, el hacha o la lanza. La sangre, negra como los cerros que alimentaba, hacía cauces que buscaban las corrientes del río Amarillo para crecerlo, ahora sí río, para arrancarlo de su condición de hilito de agua desmejorada. Ahora se veía que también a los santos de los oratorios de los dos paisajes en pugna les había tocado degüello y llama y piedra horadante. De los finqueros que habitaban lujos rurales en las circundancias de San Cristóbal solo quedaban despojos incinerados, rodeados de cenizas que habían sido carretas, muebles traídos de la lejana Europa, utensilios de labranza, destrozos que habían sido frontispicios de caoba, retratos de obispos y hacendados, candelabros opulentos. Destrucción total. Todo esto había sucedido en el vientre de la niebla.

En el momento en el que la masa blanca taponeó las ventanas de la luz se soltaron los espíritus del bien y los del mal, los del mal y los del mal y se empezaron a teñir los horizontes. Así, la masa blanca se tiñó con tonos rojizos nunca antes vistos, era como una mezcla de fuego y sangre convertida en pavor en medio del misterio. En el adentro de aquel enorme vientre albo, de aquel ámbito volátil, manto aéreo de la desgracia, se encontraban palpitando aún los estragos de la batalla, de los encuentros del odio, realidad de la sangre derramada, de la piel rota con boquetes rojinegros por donde se escaparon las vidas con las que habían crecido en número y en enconos los dos bandos disputándose los milímetros terrestres palmo a palmo. Adentro del gran vientre blanco había sucedido todo esto, todo ello, todo eco de muerte y terror contorneando su verdad maltrecha y desolada. Cuánto horror podía desatar el odio humano, la vesania de los partidos, la lucha de los contrarios, la cómplice avanzada de la bruma.

Ahora había la niebla levantándose y a ella seguía el recuento de los daños, la derrota de los cuerpos, el derrumbe de las edificaciones, las cenizas de lo que había sido volumen y peso, de lo que había sido canto o lloro, sonrisa o lágrima, materia orgánica o inorgánica referencia; todo esto como suma, como la dolorosa alianza del desastre. Al retirarse la niebla poco a poco, poco a poco fueron apareciendo ante los ojos los estragos que sobre la superficie ya eran suma de las desolaciones. Portadas y muros levantados por la soberbia y la prepotencia yacían sobre la tierra humeante y los objetos traídos de otras tierras para el orgullo de sus poseedores, rodados, rotos estaban sobre aquel escenario de la destrucción; candiles y terciopelos desechos eran de las turbas; porcelanas y objetos de oro y plata aparecían hermanados con la brasa del combate, con las maderas volviéndose ceniza, con los troncos trocándose en carbón mientras las calles olían, ardorosas, a humo y sangre, a pudriciones. Sobre el suelo, sobre los suelos,

sobre los suelos y el suelo, derrotados, los jarrones y las cristalerías transoceánicas, añicos de magnificencias, fachadas con bajo-relieves que habían sido, nichos y molduras sobre la simetría de la tierra devastada, medallones antes dibujados sobre la cal ahora sobre la cal desdibujados, atauriques de arábigas evocaciones retornados a la condición primaria del yeso, bóvedas que ya no eran, que ahora solo constituían moléculas de tabique cosido, polvo de tejas, polvo de ramas, polvo de objetos, polvo de polvo, sedas, finos brocados manchados por lodazales de la violencia, estereóbatos y troncos al ras testimoniando el tronchadero de almas y arquitecturas. Y todavía más cadáveres de ambos bandos, cuerpos mutilados que habían dejado la vida a la mitad de la lanza clavada hasta el sollozo final, hasta la columna vertebral del brío sanguíneo. Cuerpos que ya no iban a respirar más, a latir, a darle al frío que de la sierra baja su valor de frío ni al miedo en los centros del misterio su ser miedo. Organismos para los que ya no habría una mañana más ni la fatiga del trabajo ni la distensión de la caricia. La brutalidad no había dispensado ni edades ni sexos; ancianos y niños, hombres y mujeres, diseminados entre muebleríos desvenecijados y aperos de labranza teñidos con sangres oscuras y barro habían sembrado de nueva cuenta esta tierra señalada para la tragedia, tierra de Dios más que otras tierras y por ello sacudida más que otras por realidades terribles; más, mucho más terribles que otras terribles realidades. Cuánto muerto se había ido sumando en el vientre de la niebla... Ahora que la niebla cedía, el recuento arrojaba las altas cifras de los organismos pasados a formar parte de la energía con que las montañas de San Cristóbal se tiñen de ese verde ensombrecido, verde negro alimentado con la vida de los que en medio de la niebla mueren.

Pedro Díaz Torcaz, vos no recordás con tus palabras; en vos se ha revuelto confuso el río de los tiempos.



El día: domingo, 9 de enero de 1994

Balazo: rebeliones en tierras chiapanecas

Cabeza: ¿suicidio en el Sumidero?

1524. Todo empezó con la imprudencia de Baltasar Guerra de la Vega. Los abusos, los malos tratos, los despojos volvieron a caer sobre las llagas que habían abierto los diversos episodios de la conquista y que muy lentamente apenas empezaban a cerrar. En la memoria colectiva estaba latente la visión de la tragedia, cuando todo un universo se asentó sobre otro desplazando creencias, costumbres, prácticas sociales e imponiendo otra muy diferente visión del mundo.

Los campos arrasados, las mujeres violadas, los niños y los ancianos descuartizados, los hombres con el vientre abierto por orden de Pedro de Alvarado, recibiendo el aceite hirviendo de las manos del extranjero, del extraño actuando en calidad de verdugo ruin e insensible.

Había un rencor de muchos guardado en silencio y un esfuerzo del conglomerado para adaptarse, aunque dolorosamente, a

las nuevas circunstancias. Poco a poco las mareas de resentimiento se sosegaban y los hombres volvían a empuñar sus instrumentos de labranza, pero sabiendo siempre que habían perdido —en pérdida irrecuperable— el orden que se habían dado a través del tiempo. Ahora tenían amo a quien obedecer, tenían, por imposición del extraño, otro Dios, muy diferente a los de ellos, y otros sacerdotes, a los que había que mantener con parte de su trabajo.

Así, difícilmente, se acomodaban los seres a las nuevas formas de vida cuando llegó a Chiapa de los Indios —la actual Chiapa de Corzo— el encomendero Baltasar Guerra, sujeto audaz y cruel, hábil para congraciarse con los poderosos y terrible cuando se trataba de dejar caer la mano fuerte sobre los vencidos. Entonces el rencor que tan difícilmente se estaba apaciguando volvía a prender en las entrañas de los moradores de aquellas extensiones ubicadas sobre la margen derecha del río Grijalva.

La astucia y la dureza de Baltasar Guerra sembraban cada vez más las semillas de la que iba a ser, después de la conquista, la primera rebelión en tierras chiapanecas, en el año de 1524. Los indígenas vivían a merced de los designios del brutal encomendero impuesto por Pedro de Alvarado.

Guerra de la Vega impuso a los moradores de Chiapa un sistema de tributos que entorpecía la pacífica coexistencia por el abuso que representaba. Las cargas en verdad eran fatigosas y mantenían de continuo el disgusto y la inquietud entre la población, que cada vez sentía mayormente el peso que se ejercía sobre su espalda.

Pero la ambición era insaciable y, por ello, además de las cargas tributarias que aplicaba, Guerra mantenía dos cuadrillas de esclavos sometidos a trabajos forzados en las minas de Copanaguastla, a treinta leguas de la población de Chiapa. Ahí las escenas inhumanas paraban los pelos de punta a cualquiera. Pero tales crímenes no quedaban encerrados en aquel ámbito. De alguna

misteriosa manera, el viento se posesionaba de aquellas imágenes y las hacía volar hasta la población de Chiapa y más allá de las riberas del río Grande y más allá del impresionante tajo que conforma el cañón del Sumidero.



El imperio del terror

Los moradores de Chiapa de los Indios habían dejado por completo de ser los dueños de sus vidas, todo giraba en torno de las decisiones de un hombre feroz, de ansia desmedida cuando de acumular riquezas se trataba y de una crueldad bien dispuesta cuando se trataba de golpear, de herir, de matar. Los terrenos a su encomienda se habían convertido en el imperio del terror y las víctimas eran los indígenas, que habían sido dueños de estas tierras desde años antes de que llegaran el conquistador y su avaricia.

La población cada vez se mostraba más lastimada y ya no eran las lastimaduras del cuerpo las que sangraban, sino las del alma misma, sometida a la vejación continua. De esa manera, el descontento se fue convirtiendo en acuerdo, fue pasando de conciencia a conciencia la necesidad de rebelarse contra tanto oprobio; y el recuerdo se fue haciendo cohesión y esta, finalmente, acción.

Años después, Baltasar Guerra iba a argumentar ante la Corona española que cuando él llegó a la región los indios ya se encontraban alzados y que su trabajo había sido el de pacificador. Nada dijo entonces de las cuadrillas, formadas por doscientos esclavos cada una, que se turnaban en sus minas. Pero su enemigo, Juan de Mazariegos, lo iba a señalar ante el mismo regio tribunal

como responsable de esa primera sublevación y de otra posterior que terminó causando igual mortandad.

En 1524 los indígenas de Chiapa se fueron a la rebelión y junto con ellos se levantaron otras nueve comunidades: Comeapa, Cualpitán, Ixtacomitán, Ixtapangajoya, Mincapa, Ostuacán, Solosuchiapa, Suchitepeque y Zozocolapa.

Los primeros encuentros fueron en los llanos que circundan Chiapa. La caballería cargaba contra las filas de lanceros mientras contingentes chiapanecos nadaban con habilidad sobre el río, flotando sobre calabazos; desde esa posición flechaban a la gente de Guerra. Así fue como los llanos y las aguas se fueron tiñendo de rojo.

Como sucedió siempre en estos combates desde los episodios mismos de la conquista, los mayores recursos de los opresores se fueron imponiendo sobre sus adversarios hasta provocar el repliegue de estos y más tarde la evacuación de la comunidad entera sobre las corrientes del río.

El río Grande, al que los españoles ya llamaban Grijalva, el río padre, el dador de la vida para este pueblo, ahora sería su tumba. Se buscaba un refugio, la complicidad de las aguas, la protección del largo y líquido padre cargado de años y leyendas; se buscaba su muro de agua, su valla protectora o, en última instancia, la muerte, pues, conocedores de la zona, los naturales de sobra sabían que del otro lado del impresionante acantilado que da forma al cañón del Sumidero solo se encontraban los rápidos, el despeñadero, la muerte, la muerte de frente, por el arcabuz del enemigo, la muerte en la retaguardia entre las rocas y el vértigo del agua.

Y subió sobre sus balsas todo un pueblo. Y se fue hacia el ignoto rincón del río.

En el año 1532, Baltasar Guerra de la Vega redactó en San Cristóbal de los Llanos su probanza de méritos y servicios ante la

audiencia de Gracias a Dios. En el texto se refiere a esta primera rebelión del pueblo chiapaneca y en parte de las declaraciones se lee: «XVI.- ítem, si saben que se despeñaban y echaban al río a donde morían; y si saben que yo, el dicho capitán, viendo el daño que se decía, me retiré atrás para que no peligrase tanta gente».



Rebeldía y suicidio

Existen historiadores que sobre los sucesos de Chiapas hablan de constantes rebeliones de la población indígena y de una «guerra de castas» acaecida en 1869. Otros historiadores, al hablar de los varios levantamientos, señalan dos «guerras de castas», la del 69 y una anterior, en 1712, que duró un año. Somos muchos los que pensamos que en Chiapas ha existido una sola y prolongada guerra, que se inició con la llegada de los españoles y se ha mantenido hasta nuestro tiempo.

La imagen de todo un pueblo entre la espada y los rápidos del río en aquella primera sublevación de 1524 nos la da uno de los testigos de Baltasar Guerra. En parte de su testimonio, Diego Martín de la Zarza:



A las quince preguntas dijo que este testigo vio que los dichos chiapanecas del dicho estrecho se echaban algunos al dicho río, pero que no se sabe si morían o no, y así mismo vio cómo se despeñó una mujer de un risco grande, y vio este testigo cómo el dicho capitán, viendo lo susodicho, se retrajo hacia atrás, y que cree que fue porque no peligrase la gente.

Antes de que se hicieran las obras de la presa hidroeléctrica de Chicoasén, esa parte del cañón del Sumidero no era navegable. La enorme e impresionante boca devoró muchas vidas de exploradores y excursionistas tanto nacionales como extranjeros que quisieron lograr su conquista. La ignorancia de muchos aseguraba que en esa parte el río era tragado por el abismo y volvía a surgir a la superficie cuando la corriente tomaba destino a tierras de Tabasco.

En ese sitio quedó acorralado un pueblo que buscaba defensa y apoyo entre los riscos del río; los hijos de esta tierra se fueron al río porque desde los tiempos remotos este había sido su amigo, su hermano, su padre, su abuelo. Quizá del fondo del agua surgiría la reorganización para el contrataque o quizá solamente encontraría en el hondo sombrío el peñascoso fondo de la muerte.

Pudieron haber sido ambas cosas a la vez: rebeldía y suicidio. El paisaje humanizado por la comunidad heroica era fuerza para la reorganización o decisión de acabar con todo acabando ahí con el cuerpo cercado. O sería solo precipitarse accidentalmente en medio del desigual combate.

Otro testigo, Luis Hernández: «A las quince preguntas dijo que este testigo vio echarse al agua algunas mujeres, y que oyó decir que se había despeñado otra [...]».

Finalmente, hubo una decisión colectiva que nadie podrá negar, la de fundirse todo un pueblo con su río.

—Ahora sí, este texto por fin está entrando en el tiempo —dijo ella desde su aroma de juncia.

Pedro Díaz Colombo había puesto en manos de la mujer su artículo más reciente, publicado apenas dos días antes en el periódico de la capital; el país entero estaba interesado repentina-

mente de lo que había venido sucediendo en esta pequeña patria neblinosa. De pronto, los varios siglos filtrados por el olvido se convertían en urgencia por saber, intentando lavar la culpa de la indiferencia por medio de un salvador: «Es que nadie sabía lo que ahí pasaba». El periódico de la capital del país lo había enviado desde dos años atrás como corresponsal residente para que, a partir de su llegada al frío valle, escribiera los reportajes que salvarían los siglos de displicencia. Díaz Colombo había aprovechado la circunstancia para entrar en contacto con don Prudencio Moscoso, el erudito de la región, y con ello ahondar sus indagaciones. Este era ya su segundo tiempo en San Cristóbal, cumplimentando un periplo para el que, quizá, papel importante habían jugado las arrogancias del corazón, que lo llevaron a casorio —bueno o malo— con Rosario Rosellón, una de las hijas —la morena— de don Hernán Rosellón de Alvarado y Goudimel, violencia de fuste en mano y plomo en cintura, pronto a hendir el aire en busca de alguna conciencia sublevada. Desde el inicio de su trabajo Díaz Colombo vivió la misteriosa cercanía de Rosario, hecha tanto a distensiones de alcoba —a las que no siempre respondía él con la prestancia y la efectividad solicitadas, pues la evocación de su cuñada Caridad, a quien había pertenecido su real enamoramiento, seguía persistente asaltándole de continuo— como a la crítica aguda de su mujer —asfixiante, pensaba a veces el investigador— dentro de los planos literarios. El texto que ahora Rosario tenía en sus manos era el producto de varios meses de labor realizada entre velejón de cera y bombilla eléctrica, entre legajos pretéritos y el fino polvo de biblioteca antigua que raspa garganta y pulmones, que enguanta pardo las yemas de los dedos y arde diseminado en el pestañeo de los párpados.

—Ahora sí, este texto por fin está entrando en el tiempo —resonó en la vasta biblioteca de don Prudencio Moscoso la voz presionante de Rosario Rosellón.

Pedro Díaz Colombo, entre tristón y lejano, se restregó primero los ojos ardorosos y después volteó hacia uno de los viejos ventanales de la casona en el momento en el que por la acera de enfrente se desplazaba sigiloso, extraño grupo compuesto por fantasmales encapuchados que apretaban en su pecho unos largos rifles de palo. Pedro Díaz Colombo vio a aquellos encapuchados deslizarse por la calle en actitud militar. Perdido en su mundo, no le dio mayor importancia al hecho y después de un momento de mantener los ojos en el vacío, volvió la vista a donde se encontraba su mujer, quien leía de nueva cuenta aquella plana del periódico en donde se reproducía el relato del periodista sobre hechos acaecidos por estas regiones desde tiempos remotos. La actitud de suficiencia de la mujer respecto al texto atrajo de nueva cuenta la atención del escritor hasta el grado de que por momentos Pedro Díaz se olvidó de aquel intenso dolor que a intervalos envolvía ya no solo la mano, sino el brazo entero de su víctima. Díaz Colombo ya no estaba cierto de si aquel bochorno que le llegaba hasta el rostro, que le aturdía las sienes, que por momentos le sacudía el cuerpo, como lo hacen el paludismo o males similares, se originaba en aquella fuente emponzoñada que le latía, caliente, en los dedos y en la muñeca izquierda, o se trataba solo de expresiones de su imaginación, de la sugestión que le atormentaba al observar la incrementada expansión enrojecida. Durante las últimas noches Rosario había enfrentado el daño con paños tratados en agua hirviendo con sal. Pero la hinchazón crecía y Pedro Díaz ya había empezado a sufrir las primeras fiebres.

—Ahora sí...

—Te equivocas, Rosellón —interrumpió Pedro el inminente subrayado de su mujer—, no es el texto el que empieza a entrar en el tiempo; es el tiempo mismo el que, después de tanto, se empieza a dibujar en cada hoja..., son estos libros —señaló con su mano flaca y pálida los cientos de tomos clasificados en los estan-

tes contruidos con maderas oscuras—, eres tú, es lo que he visto en estas tierras, es la niebla que baja persistente y desata sus fantasmas para que vaguen eternamente en el valle, son las cosas que esos fantasmas nos cuentan al chocar en las calles con nosotros, envueltos en la bruma, en este juego entre lo pesado y lo aéreo que a veces nos desconcierta y nos agobia.

—Ah, mi escritor, mi querido escritor —respondió Rosario entre burlesca y juguetona—, aquí el único fantasma eres tú, hurgando hasta el último rincón de estos estantes, arrancándole secretos al polvo que hace más pesados todavía esos enormes libros.

Rosario señaló los descomunales tomos de pastas lívidas con letras que alguna vez fueron doradas y que ahora lucían solo las marcas del troquel con el que fueron impresas. Pedro volteó con una sonrisa tristona hacia los entrepaños en donde estaba la colección que ella señalaba —cuatro libros de buen tamaño— en cuyo interior se leían los nombres de Claudio Ptolomeo, el Egipcio; Esculapio, Dioscórides, Galeno y las referencias a la biblioteca de Alejandría y a las voluntades de Justiniano.

—La historia de la medicina —dijo Pedro como desde muy lejos.

—Sí —repuso ella para atacar enseguida—. Sería bueno que alguno de los espíritus que deambulan por las páginas de esos libros saltara ahora aquí, al centro de la biblioteca, para ver qué pudiera hacer con ese brazo de melón que te... que nos agobia.

—Que nos agobia... —repitió él como ausente.

—Sí, que nos agobia desde hace ya tantos días.

El brazo gordo y rojo que sufría Pedro desde muchas semanas antes había propiciado una mayor cercanía entre Rosario y él, ya que los dolores y la hinchazón le impedían utilizar las dos manos para cambiar de lugar los grandes tomos. La mano roja, gorda y caliente no le servía de gran cosa y era poco en lo que le podía ayudar la mano blanca, flaca y fría. La participación de Rosario

en el trabajo de Pedro le daba mayor injerencia, al poder comentar, sugerir, criticar, diagnosticar sobre lo escrito, como también había diagnosticado acerca de cómo curar el brazo gordo de Pedro Díaz Colombo en donde empezaban ya a fallar los médicos consultados al respecto.

—Existe una fuerza en tu propio más allá; una fuerza que se opone a que una nueva luz rompa ese orden. Desde esa fuerza oscura, hecha a los impedimentos, desde ella, poniendo en juego la fuerza de su fuerza, es que se desprende el origen de tu mal, esa es la razón que te ha emponzoñado el brazo, por eso es por lo que ningún médico ha dado ni dará con el origen de la supuesta picadura ni con su remedio.

—¿Y entonces los fomentos con agua de sal...?

—Sal contrarresta sal, quizá te ayude un poco a aliviar las molestias, pues visto está que ni siquiera otros procedimientos que conozco...

—Tú y tu amistad con los indios misteriosos, esos con los que platicas entre las sombras...

—De lo que hablamos ahora es del brazo gordo, Díaz Colombo..., y yo sé que solamente se te aliviará en la medida en la que adelantes en tu trabajo, en la medida en la que tu trabajo vaya contrarrestando las fuerzas adversas que te habitan sin tú saberlo y sin tú quererlo.

—Entonces, ¿tus cadenas de sapos muertos pasados sobre las velas negras, tus murmullos en idioma indio zumbando en medio de la niebla, tus recitaciones en tzotzil a la hora de la luna llena, tus listones rojos amarrados a las mangas de mi camisa...?

—No hay más que hacer que continuar con tu trabajo.

—Entonces, ¿al igual que los médicos que hemos visto, tú también me condenas, Rosellón?, ¿tú y tus indios misteriosos con los que platicas en las sombras?, ¿me abandonan como los demás al avance del mal?

—No te condeno, Díaz Colombo, el mal es tu antes y parte de tu hoy, eres tus sustancias oscuras, que vienen desde atrás, incluso desde antes de que hubieras nacido, es asunto de las voluntades adversas que hay que vencer. El brazo se te sigue hinchando. Los médicos no dan con el origen de la ponzoña. Yo, por mi parte, no te condeno al mal, he recurrido a los consejos que me han dado mis indios oscuros sin mejores resultados. No te condeno al mal, pero entonces tú, por ti mismo, te avocarás al bien. Te toca vencer. Los reportajes que estás haciendo trabajarán por la salud de tu brazo y por la salud del alma de tu brazo.

—¿Y si me gana esta hinchazón roja?

—Apúrate a lo tuyo, Díaz Colombo, solo eso; yo, por mi parte, para tu brazo, no puedo hacer más que lo que hago; ya corté diez ramas de romero del tamaño de una cuarta, ya están desde hace días en el interior de un frasco con vino de consagrar. Ahí permanecerán hasta que se pongan blancas, hasta que estén útiles para las dos cucharadas que deberás tomar cada doce de la noche.

—¿Y aquel remedio que servía para todo, para todo sin excepción, que tú misma te administraste en las épocas aquellas cuando te ahogabas con la tosedera?

—Eran ramitas traídas de la pochotona de Chiapa de Corzo. Se hervían en las noches de luna llena y se serenaban durante siete noches seguidas. Pero no creo que ese sea el remedio que tu mal requiere.

—¿Y por qué no probamos, Rosellón?

—Trabaja, Díaz Colombo, trabaja, ese brazo gordo y rojo se aliviará en la medida en la que vayas avanzando en tu trabajo.

—¿Y si probamos, Rosellón?

—Trabaja, Díaz Colombo.

Ese día la niebla había sido más niebla que otras veces. Desde temprano se había adueñado de las calles y plazuelas y la gente que se atrevía a caminar en medio de aquella masa blanca no sabía si chocaba en su trayecto con algún cristiano o con alguno de los tantos decapitados que salían también a caminar cuando la enorme manta ennegecedora se hacía más impenetrable. Y fue tanto esta vez que la niebla no solo se conformó con invadir las calles, sino que se untó a las paredes, buscando las rendijas de las ventanas para poder pasar a los interiores de las casas. Y así fue que pasó, y junto con los fantasmas que deambulaban por el frío de las aceras entró la niebla a las habitaciones y a los amplios jardines interiores. Así, de esa manera, los espectros de afuera se encontraron con los de adentro y los habitantes de San Cristóbal ya no solo chocaban con la altura de las aceras, con bancas y postes, sino también con los muebles de sus casas, con las puertas y los objetos de ornato. Parte de los fantasmas que ese día hicieron su fiesta se integró con personajes de las fotografías pegadas a los muros, que en medio de la nebulosa volvieron a adquirir volumen y se salieron de sus marcos para convivir con sus recuerdos junto con los espantos que habían entrado de la calle, pero para convivir también con sus parientes de carne y hueso, que no sabían qué tan reales eran las sensaciones que estaban experimentando en esos momentos, como si la niebla los hubiera colocado en las fronteras con el más allá. Los focos se prendieron, pero no había foco capaz de penetrar aquellas sombras blanquecinas que todo lo envolvían con su hálito helado, haciendo del ambiente una realidad inasible, como si las cosas y los seres se hubieran puesto a flotar. Fue un día de murmullos, que era lo único que trascendía en medio de aquella concavidad llena de misterio. Pero los murmullos mismos eran una confusión en la que se mezclaban las voces del día y los ecos de años y hasta de siglos anteriores tejiendo un enjambre de his-

torias confusas; era como un sueño colectivo en el que se había desatado el tiempo de los tiempos.

Esa vez Pedro Díaz Colombo, impulsado por la pasión que en él ya había prendido el trabajo que estaba realizando, desafió la ceguera blanca a la que estaba sometido San Cristóbal y se lanzó a la calle dirigiendo sus pasos a la casa en donde se encontraba la biblioteca de don Prudencio Moscoso, lugar en donde venía haciendo sus investigaciones desde hacía ya algún tiempo y en donde existía un poderoso reflector que nunca antes había sido puesto a funcionar, por no haberse presentado nunca la necesidad para ello, pero que esta vez podía ayudar a superar la contingencia. Díaz Colombo salió al aire helado de la calle y caminó rumbo a la casa de don Prudencio orientándose tan solo por su sentido de ubicación, por los dictados de la memoria. Echó a andar sobre la avenida de los Insurgentes, con un paso incierto, que en algún momento le hizo dudar si debía seguir avanzando; llegó incluso a pensar en la conveniencia de dar marcha atrás, pero finalmente restregó los párpados —con lo que solo logró ver puntitos en hormigueo sobre el incesante fondo blanco— y se decidió por seguir avanzando hacia el lugar en donde lo esperaban sus estudios, su mundo de aventuras con el pasado. Caminó Díaz Colombo, caminó con pasos vacilantes y de esa manera adivinó que pasaba frente a la iglesia de Santa Lucía y luego intuyó que había pasado frente a la de San Francisco, apostadas ambas en los extremos de lo que había sido la antigua alameda. Al cruzar el callejón Libertad sintió una fuerte bocanada de aire helado que le hizo dudar nuevamente, pero después de unos segundos de incertidumbre insistió en avanzar hacia su destino. En las condiciones en las que caminaba, cada metro andado se le multiplicaba en la imaginación y las cuadras se le volvían interminables. Prácticamente iba a tientas y no se podría decir que de momento no le asaltara una especie de angustia que se le enredaba en la garganta y le hacía

palpitar el corazón más aprisa. En esas condiciones, siempre caminando hacia delante, aunque cada vez con pasos más lentos —las condiciones no daban como para que las cosas fueran de otra manera— adivinó cuando cruzó Francisco León y después Doctor José F. Flores. Escuchó —le había sucedido en otras ocasiones— algunos ayes, como de gente que hubiera sido herida por algún arma; oyó imprecaciones, amenazas de muerte, el chicotear de algún látigo y el subsecuente lamento estremecedor de la víctima, pero esos, como ecos captados en el vientre de las volutas blanquecinas, Díaz Colombo los había atribuido en un principio al producto de su imaginación, a los ecos naturales en su cerebro después de haber trabajado horas con materiales que hablaban insistentes de los abusos de autoridad con los que estaba hecha la historia de estas tierras, que hablaban de tragedias colectivas, de asesinatos masivos, de episodios de terror y de deshumanización. Esos accidentes auditivos se los adjudicaba a estados de sugestión, fáciles de comprender después de haberse metido durante meses a investigar esas historias, a sacarlas de los enormes legajos amarillentos y apolillados, a reescribirlas en su voluminosa libreta de apuntes. Pero ahora todos esos ruidos y esas voces humanas se escuchaban con mayor nitidez, acaso en contraposición con la niebla, que también era más densa que en otras ocasiones. Pedro Díaz continuó así con su cadena de pasos, lentos, inseguros, pero siempre avanzando, a tientas, adivinando...

Al llegar a la esquina de la Casa de la Sirena experimentó, ahora sí, algo que nunca antes le había sucedido al caminar en estas condiciones. De pronto, perdido entre las cortinas neblinosas, tropezó con algo. Era, sin duda, otro cuerpo humano; en un principio, consideró que alguien que caminaba en las mismas condiciones, en sentido contrario, había chocado con él. Su primera intención fue la de ofrecer disculpas para que posteriormente ambos siguieran su camino; sin embargo, algo alertó sus

sentidos y fue que al meter las manos, en una reacción natural de alguien que choca con otro, percibió la materia helada de una armadura, se había estrellado con un sujeto que estaba vestido con una armadura a la usanza de los soldados de Diego de Mazariegos, el conquistador de estas tierras. Alcanzó a emitir un entrecortado «perdón», pero de la otra parte percibió un torrente de malas palabras pronunciadas con acento de español antiguo. Primero su desconcierto fue mayúsculo; después, en medio de aquella niebla cerrada, volvió a sus antiguos pensamientos en el sentido de que sus lecturas en la biblioteca de don Prudencio Moscoso lo mantenían muy alterado. Después de todo, era algo totalmente fuera de lugar toparse en San Cristóbal, en pleno 1994, a apenas un puñadito de años para el cambio de siglo y de milenio, con un hombre vestido con una armadura como las que usaron los conquistadores siglos atrás. Una cosa era escuchar los ecos del pasado cuando la niebla bajaba a las calles y a las almas, hecho del que todos hablaban en San Cristóbal, y otra muy distinta era toparse ya de plano con alguien cubierto por una armadura antigua. El viento helado le golpeaba la cara y se le metía hasta los huesos; eso sentía en el momento en que, adivinando las losetas del parque central, empezó a caminar en diagonal hasta tomar por la que creyó que era la calle de Guadalupe Victoria para, una vez ahí, alcanzar la 16 de Septiembre y cruzar así, en tan difíciles condiciones, 5 de Febrero, Primero de Marzo y 28 de Agosto, desde donde debería alcanzar la esquina con Escuadrón 201, en donde estaba la casa de don Prudencio.

Caminó, escuchó otras voces a lo largo de su trayectoria, otras imprecaciones oyó, otros lamentos, pero lo que más le había excitado hasta ese punto era su encontronazo con el hombre de la armadura. Quizá, pensó, si eso hubiera pasado en la primera vez que vino a San Cristóbal, dentro del juego de tiempos con el que le hacía bromas la Rosellón, su mujer..., pero ahora, en

1994... Aquella primera vez había sucedido apenas unos cuantos años antes del cambio del siglo, pero, según Rosario Rosellón, que siempre travesaba con él tratando de confundirlo con sus bromas, su primera estancia en el valle de Jovel había sido en su otra vida, en el xix, cuando la segunda guerra de castas en Chiapas, cuando faltaban casi treinta años para el cambio de aquel siglo. Ella le aseguraba tal y reían los dos, reían abiertamente hasta que ella entraba en seriedad y con una actitud solemne le preguntaba: «¿Sabes cuántos años duró esa risa de la que acabas de salir?». Y luego completaba: «Y no fue risa, límpiame las lágrimas, porque después mojas la almohada».

Lo cierto es que la primera vez que Díaz Colombo estuvo en San Cristóbal, fecha que trataba de olvidar en sus detalles más íntimos, fue cuando se despertó en él su enamoramiento por Caridad Rosellón, la hermana de su actual mujer. Caridad, en contrapartida con Rosario —mujer morena esta y de rasgos faciales menos finos que los de su hermana—, era una rubia con desplantes aristocráticos, cargada de actitudes coletas para todo aquel que se le acercara sin ser de su clase social. El amor que de golpe creyó sentir Pedro Díaz por Caridad Rosellón estaba más que perdido; no había ningún elemento para que alguien que venía de fuera, que no era coeto, como la hermosa rubia, pudiera tener el mínimo de esperanza. Mientras el uno suspiraba, la otra no se dignaba ni siquiera a voltear y en esas condiciones no podía Díaz Colombo decir que estaba siendo víctima de una malhadada partida amorosa en la que a él le correspondía el incómodo papel del gran perdedor. No lo podía decir porque de parte de Caridad no existía el menor detenimiento hacia su persona. Ante tanto desprecio, el despechado decidió tornar sobre la ruta por la que había llegado, pero cuando el periódico en el que laboraba tuvo a bien mandar a alguien a hacer reportajes sobre las rebeliones en Chiapas, él ofreció de inmediato su experiencia sobre el tema

y, de hecho, fue considerado por la dirección de su diario como el personaje más idóneo para realizar ese trabajo. Así fue como Díaz Colombo regresó a su antiguo sufrimiento de amor. Así fue como en San Cristóbal se volvió a encontrar con aquel témpano rubio que jamás lo había tomado en cuenta, que incluso lo había hecho figurar como personaje principal en la abultada lista de sus desprecios. Caridad Rosellón no tuvo caridad alguna por el periodista y su retorno; de esa manera, volvió él a sufrir sus muy personales penas de amor.

Tanteando, tanteando, llegó Díaz Colombo a la casa de don Prudencio, imaginó rutas, contó pasos, evocó pórticos, los tocó con sus manos indagadoras, evadió sombras que se le venían encima, no hizo caso de murmullos que parecían venir del más allá, hizo cuentas y recuentos, volvió a rehacer la ruta en la memoria y llegó por fin a la puerta que perseguía. Entro también a tientas y a tientas se dirigió hacia donde se encontraba la amplia biblioteca. A ciegas estuvo palpando estantes y lomos de grandes tomos en busca del reflector, pues el primer intento de alumbrarse con los focos normales no dio resultado, la sombra blanca estaba más espesa que nunca. El potente reflector surtió un mínimo efecto, pero así Díaz Colombo podía continuar a medias su trabajo, pues alcanzaba a ver los objetos que tenía a medio metro de distancia, y eso ya era una gran ayuda para reanudar su labor. Entonces decidió concentrarse en sus búsquedas, armado con una enorme lupa empezó a remover papeles, pilas de atados que parecían en desorden, pero que respondían a un orden que él mantenía para ellas en su cerebro.

Díaz Colombo se levantó y con paso cuidadoso se dirigió a uno de los estantes; cambió dos voluminosos tomos de su lugar y en el hueco que dejó el segundo de ellos metió la mano izquierda tratando de localizar algún papel perdido. Fue entonces cuando, en medio de la densa bruma que lo envolvía, sintió el feroz piquete

en la palma de la mano, inmediatamente debajo del dedo pulgar. Fue como un piquete que le había penetrado hasta los huesos mismos de la mano, pero más bien..., no, una mordida fue, una fina mordida que de inmediato le inoculó un intenso ardor que rápido le recorrió a lo largo y ancho del brazo. Asustado por el inesperado percance, Díaz Colombo saltó hasta donde se encontraba el reflector y trató de dirigirlo hacia el sitio en donde había recibido aquel lancetazo con el fin de saber qué tipo de oscuro ser se lo había provocado. Con terror a descubrir la verdad, lanzó el chorro de luz hasta donde segundos antes había hurgado su mano, pero no alcanzó a ver nada. No sabía qué era mejor, si no tener la conciencia del ser que le había propiciado esos ardores mayúsculos de los que estaba ya siendo víctima o si aumentar a los dolores el espanto de ver a la espeluznante criatura que le acababa de inyectar quién sabe qué tipo de ponzoña. Asustado, Díaz Colombo vio cómo fue cediendo la neblina; vio su mano, que ya manifestaba una ligera hinchazón; vio el hueco en donde había metido la mano, pero ya no se atrevió a indagar qué había en el fondo de ese hueco, solo pensó en Rosario Rosellón, quien seguramente tendría el remedio para aquella mano que, caliente, le latía a contrarritmo con los latidos del corazón.

Esto sucedió en el adentro de la niebla. Le densidad gris se levantó después de los tres días del diluvio universal que ahogó hombres y animales, pero que también lavó la tierra de tanta sangre esparcida. La historia venía desde muy lejos en el tiempo, de muchas otras veces en las que la niebla había bajado al valle con su carga de misterios y de profundas desgracias. El velo gris había cubierto los episodios en los que el cielo había descendido hasta el ras de los seres para extender su capa nublosa. La amenaza del

cielo bajando era cadena que repetía sus eslabones, los unía, losataba unos a otros para atar también los latidos, los sobresaltos de los cuerpos indefensos frente al destino, frente al paisaje convertido en el escenario recurrente en donde los designios se consumaban. Cuando empezaron los tiempos nuevos, cuando los caxlanes llegaron a las entrañas del valle, la sangre empezó a correr incontenible en los interiores de la inmensidad blanca, de la amenaza gris, de la masa fantasmal, la que empezó a caer sobre los parajes con mayor frecuencia. En medio de la desmesura albada se cometió el crimen en los cuerpos de aquellos cien jóvenes que en Tila fueron marcados con hierro candente, como animales. Los caxlanes recién llegados reunieron a catorce principales, dueños de la veneración, del respeto de la gente, y amarrados codo con codo los convirtieron en teas humanas en una chamusquina que durante mucho tiempo se extendió por los campos y las montañas, como no queriéndose desprender del paisaje que hasta el momento de la quemazón había sido paisaje-casa, paisaje-patria. Entonces se empezaron a conocer las dimensiones del terror. En aquellos catorce varones se enviaba al fuego la dignidad de las leyes, el respeto, el acatamiento, la decisión de los dioses, la obediencia de los seres, la tradición de los pueblos, lo que los hombres reconocían como principio de autoridad, lo entrañable, lo sagrado. Se pisoteaba así un universo, crecía así un dolor más grande que el que los catorce venerados retorcían entre las lenguas del fuego. Las llamas fueron llagas, las llagas fueron llanas, las llanas las paletas que cubrían los hoyos de la calina con tintes escarlata y de un humo oscuro que tiñó por mucho tiempo aquel aire cargado de azoro. Así como el hierro al rojo vivo había lacerado la carne de los cien jóvenes en los que se injuriaba a los pueblos, llevados, reunidos ahí para presenciar la ofensa, así la lumbre actuando en la epidermis de los catorce señores se convertía en agravio y terror y en un sentimiento de impotencia que se iba a transformar en rencor, en un

profundo rencor ovillado en las recónditas células de lo que sería la persistente memoria de los ofendidos.

Eran las primeras desmesuras que presenciaba el valle de Jovel, eran los primeros capítulos en los que el descenso de la niebla significaba el rostro monstruoso de la muerte. La rabia de los caxlanes estaba convertida en un proyecto meticuloso, el eje de la muerte se extendía entre dos extremos que abarcaban el ciclo vital de las edades agredidas; en uno de los extremos, los cien jóvenes recibían sobre la frente y la espalda el sello del verdugo que los marcaba para siempre; en el otro, los catorce ancianos eran convertidos en una robusta hoguera que levantaba varios metros de altura, y después en ceniza, para siempre. La sangre joven y la transvinada por los años —el compás de la vida— eran abatidas por un fuego crecido en mal empleo. Hubo otra arma igual de efectiva, igual de diezmadora: la deportación. Los jóvenes rebeldes eran desprendidos de su entorno, iniciándose así la etapa de los destierros. Como método de prevención, se arrancaba de sus lugares a los más jóvenes instaurando otra forma de la muerte. Se formaban cuadrillas de adolescentes para lanzarlos a lugares insospechados en donde les esperaban las más increíbles acechanzas. Algunos eran deportados a algún sitio remoto al que daban el nombre de Coatzacoalcos. Nadie llegaba hasta ese sitio, nadie, porque mucho antes los deportados de tierra fría perecían atrapados en los pantanos del trópico, víctimas de epidemias asesinas, deshechos por las garras y los colmillos de la jungla, vencidos por la sorpresa de la mordida o el piquete venenoso. Los deportados perecían por diversos motivos. Ahí estaban los vómitos imparables que terminaban solamente cuando se acababan de arrojar las entrañas en medio de la asfixia y la desesperación de los enfermos. Ahí estaban las fiebres que quemaban el aire y los pensamientos, los músculos y las hormigas ascendiendo por los cuerpos, las sienes y los sarahuatos alcanzados por la calcina hasta su reino

aéreo, oscilante entre las ramas más altas de las columnadas ceibas. Ahí estaba la piel escaldada, patria de ardores y comezones desquiciantes. Ahí estaban el contagio y los huesos corroídos hasta su alma de calcio. Ahí estaban el lagarto y el tigre, la nahuyaca y la tarántula, la ferocidad del gato de monte, la espera paciente del zopilote y el buitre, las aguas desatadas, las desgastadas por el microbio de la epidemia, las arenas movedizas; ahí estaba la boca abierta del no retorno. Por ello la palabra «coatzacoalcos» producía un escalofriante estremecimiento a quien la escuchaba. También había otras direcciones sin nombre, sin mapas definidos, pero que representaban el mismo destino de fiebre y soledad, la misma promesa de desesperanza, la misma realidad malhadada en la que los organismos iban entregando su poder aniquilados por una naturaleza desbordada que no cesaba en devorar lo que tuviera a su alcance. Eran los primeros días, el inicio del oprobio, pero después la niebla iba a seguir descendiendo con mayor frecuencia sobre los destinos de la gente de este mundo tan lleno de adoloridas presencias. Y en las misteriosas entrañas del blanquecino, del grisáceo cuerpo, se iban a seguir gestando más y peores derrotas, como una interminable lista escrita en la memoria de los pueblos, mientras el tiempo corría hacia su fin y la tierra helada del valle crecía hasta convertirse en un universo en el que se convivía y conmoría en trece idiomas diferentes, que fueron los trece idiomas que convivieron en el valle de Jovel.

—Ahora sí, este texto está entrando en el tiempo... —dijo ella desde su aroma de juncia...

Era luna llena cuando Pedro Díaz Colombo tocó el aldabón de la puerta de don Prudencio Moscoso, entre las calles de 16 de Septiembre y Escuadrón 201. Todo fue verlo el sabio a los ojos y adivinar a lo que iba. Como hombre de conocimientos, don Prudencio le abrió de inmediato su casa y su afecto, ofreciéndole las

facilidades necesarias para que el visitante hiciera del lugar la sede de sus estudios e investigaciones. Puso a su alcance tanto libros antiguos como viejos documentos revisados en parte por el erudito, pero en parte también para ser revisados por quien tuviera el sano interés en ello, no puso la menor restricción para recibir al personaje que había llegado a su casa junto con la luna llena.

—¿En dónde se va a hospedar? —preguntó don Prudencio a su visitante nocturno.

—En la casa de don Hernán Rosellón —respondió Díaz Colombo.

El erudito indicó a su visitante que su biblioteca, a partir de ese momento, estaría abierta a la hora que fuera necesario y prometió entregarle una llave de la puerta para que pudiera entrar y salir cuando quisiera hacerlo. Acto seguido, le hizo pasar y con verdadera pasión le empezó a explicar las diferentes secciones en las que estaba dividido el enorme archivo. Era demasiado —y así lo comprendió Díaz Colombo— para una sola serie de reportajes. Comprendió desde el primer golpe de vista al interior que el material reunido en las prolongadas estanterías obligaba a empresas de mucha mayor envergadura, pero esa no era su misión. Sin embargo, siguió con interés las explicaciones que sobre las diferentes obras clasificadas le hacía el sabio con un entusiasmo juvenil contrario a la edad que don Prudencio acumulaba sobre su persona. Ahí, en los atiborrados estantes, perfectamente ordenados y numerados, se podían distinguir las *Constituciones diocesanas* de Núñez de la Vega, reimpresas en cuidadosa edición facsimilar; el voluminoso tomo que contenía los *Autos de los indios de Chamula, contra su cura*, más de mil páginas de gran formato, también en versión facsimilar; los tres gigantescos tomos de los que se componía el *Calepino de Motul, diccionario maya-español*, organizado bajo la dirección de Ramón Arzápalo Marín con base en información atribuida al fraile franciscano

Antonio de Ciudad Real; el *Diccionario chiapaneca-castellano*, de Mario Aguilar Penagos; el *Diccionario tzotzil de San Andrés con variaciones dialectales*; el tomo *Los elegidos de Dios*, estudios antropológicos editados en 1905 por el doctor Alfonso Villa Rojas; las copias secretas de trece de los treinta libros y un calendario que en 1689 mandó a quemar el obispo Francisco Núñez de la Vega en su lucha «contra el nagualismo y las prácticas idolátricas»; la *Memoria histórica de la provincia de Chiapa, una de las de Guatemala*, impresa en Cádiz por la Imprenta Tormentaria en 1813; las crónicas de los dominicos de Remesal, fechadas en 1619; las ordenanzas redactadas en 1702 por los obispos Bravo de la Serna y Núñez de la Vega; las *Cartas de Indias* publicadas en 1817; la *Memoria...* presentada en 1595 por el obispo Ubilla; una copia del *Libro de mozos de las haciendas de dominicos en Comitán, Comalapa y Tzotzocoltenango*; el *Ensayo político sobre el Reyno de la Nueva España*, de Alejandro de Humboldt; la *Justitia Distributiva* de fray Juan de Zapata y Sandoval; el censo de 1778 que hablaba de la existencia de 2816 negros y mulatos en Ciudad Real y zonas aledañas; *Los esclavos africanos y su mestizaje en la provincia de Chiapa*, de Silvia Soriano; diversas relaciones sobre brujería en Los Altos de Chiapas, recopiladas por don Prudencio a lo largo de prolijas conversaciones con indios de la zona, renuentes en la mayoría de los casos a hablar de los secretos atesorados a través de generaciones, pero que don Prudencio supo arrancar del hermetismo y clasificar celosamente en unos cuadernillos de pastas verdes, forradas con plástico.

Ese y más ancho fue el mundo que don Prudencio le ofreció a Pedro Díaz Colombo al abrir a este las puertas de su casa y, más adentro aún, las puertas de su estudio biblioteca, en donde concentraba parte importante de lo que había sido su vida. Aquí el mundo, el universo todo, se juntaba en esos kilos de papel impreso ordenados con un infinito amor, dispuestos para su estudio, para

su consulta, para su revisión. Este era el mundo ofrecido al periodista que tocó las puertas del estudioso en aquella noche de luna llena. Hombre generoso, don Prudencio ofreció con alegría la riqueza reunida en su ámbito de trabajo; recorrió el picaporte y dejó penetrar en su espacio vital a aquel nuevo personaje que se presentaba como un hombre interesado en lo que había ocurrido en el valle de Jovel a través del correr de los siglos. Nada le fue prohibido a Díaz Colombo en materia de indagaciones, de rastreos, de consultas a legajos y libros modernos y antiguos, a documentos de la más diversa índole; todo estuvo al alcance de su mano. De esa manera, y en asuntos de investigación, don Prudencio se convirtió desde el principio como en una especie de padre espiritual de Pedro Díaz, quien, además de recibir el gran cúmulo de materiales para que pudiera estudiarlos, recibió también una especie de método para consultar aquellas fuentes inagotables. Por eso fue que Díaz Colombo sintió una inmensa desolación cuando una noche de eclipse lunar aquel hombre bondadoso le dijo adiós a este mundo. La noche del eclipse había sido funesta, había sido algo así como una señal del cielo que marcaba la fecha en la que don Prudencio dejaba sus cosas materiales para irse a encontrar, quizá, con los ecos espirituales que de ellas se desprendían. Esa noche de eclipse, Díaz Colombo sintió el enorme golpe del adiós descargado con furia sobre su nuca. Don Prudencio se había ido de este mundo, pero le había dejado a él, al que había llegado de México, todos esos estantes llenos de historia y sabiduría. Así fue como Díaz Colombo, desde las primeras horas de la muerte de don Prudencio, se siguió moviendo en aquella biblioteca con la libertad con la que se manejó desde el primer día, cuando la generosidad de don Prudencio lo llevó a conocer los secretos de los distintos apartados de su estudio.

El periodista empezó a familiarizarse cada vez más con los materiales concentrados en aquel ámbito en donde flotaba el alma

del hombre generoso. Se empezó a hacer dueño de secretos y rincones en donde se guardaban los diversos conocimientos. Incluso se tomó la atribución de cambiar algunos materiales de su sitio, como él consideraba que la clasificación podía ser más efectiva para la localización y el estudio. Así, paulatinamente, el orden de las cosas fue tomando su estilo mientras él se iba haciendo cada vez más dueño de aquel ámbito de saberes. Por eso aquella vez que bajó la niebla como nunca, hasta el grado de invadir los interiores de las casas, Pedro Díaz Colombo intentó trabajar normalmente tan solo con la ayuda del viejo reflector al que don Prudencio nunca había tenido necesidad de echar mano o..., quién sabe..., quién sabe si en alguna ocasión, en un pasado remoto, hubiera habido en el interior del estudio alguna niebla similar.

El asunto fue que esta vez, con la confianza de conocer mejor su área de trabajo, Díaz Colombo, con el auxilio del reflector, se movió con cierta soltura entre los estantes hasta el maldito momento en el que, al introducir la mano en el hueco de un entrepaño, recibió aquella bárbara picadura o mordedura o... aquella cosa que inició por hincharle los dedos de la mano y después la mano entera, y el brazo, y que empezaba ya a convertirse en una verdadera amenaza para su salud, aquella agresión misteriosa que le fatigaba y le empezaba a administrar las primeras fiebres. Desde ese momento, ya nada estaba siendo igual, el brazo enfebrecido no le permitía concentrarse en la misma forma que antes y los datos mismos que consultaba ahora tenían un sentido diferente que antes de la picadura. Y estaban siendo tantos los cambios que empezaba a experimentar, que había dejado de escribir en su teclado normal, al no poder utilizar su mano izquierda, y ahora tenía que hacer sus apuntes con pluma fuente, pero hasta eso era un decir, porque aquí había intervenido la fantasía de su mujer y ni siquiera pluma fuente utilizaba para sus notas, ya que a su mujer se le ocurrió el asunto mágico —al no poder utilizar el

teclado— de escribir a la usanza antigua, con pluma de ave, «para acercarse más a los asuntos de la tierra y tener más veracidad en lo que se escribe», según la explicación que le dio.

Así fue como Rosario mandó traer de la costa plumas de colibrí, específicamente de un lugar denominado Huixtla, cuyo significado no era la simpleza de «tierra de las espinas», que repetían algunos, sino que era «tierra de los colibríes», pues, según apuntes atribuidos a san Roberto de las Espinas, la toponimia procedía del náhuatl *huitzillin*, que quiere decir ‘espinas que vuelan’, nombre que le daban los antiguos mexicanos al colibrí. Ahondando mayormente en el asunto, Rosario Rosellón había hecho suya la argumentación de que fue el colibrí el fundador de la grandeza del pasado, *huitzillin*, la espinas que vuela, era el propio Huitzilopochtli, el dios de dioses, la potencia total, la fuerza de la voluntad, el colibrí zurdo, la energía del corazón. Huixtla, la tierra de los colibríes, fue la que aportó los manojos de plumas para la escritura de Pedro Díaz Colombo ahora que solamente podía utilizar una mano para la escritura. En una cajita de caoba, Rosario guardaba los manojos de plumas de colibríes para que fueran utilizados en las notas que el periodista iba poniendo en su libreta y que después se convertían en los artículos que la propia Rosario se encargaba de transcribir para su publicación final. Así fue como en la imaginación de ella se empezaron a elevar los papeles en los que escribía Díaz Colombo, empezaron a tener alas como merecían poseer los hechos que de estas tierras se escribían. Díaz Colombo guardaba sus apuntes llenos de vibraciones de colibrí.

Pese a los médicos vistos y los remedios mágicos que Rosario le aplicaba a su marido, las fiebres seguían avanzando y la hinchazón aquella de mano y brazo se volvía cada vez más visible. Sin embargo, y como un homenaje al propio don Prudencio, que tan generoso había sido con el periodista, Pedro Díaz no dejó de tra-

bajar, tratando de aprovechar al máximo la oportunidad de estar rodeado de tantos documentos importantes. Aparte de las investigaciones que le habían sido solicitadas en su periódico, entre las notas que dejaba escritas con sus plumas de colibrí, impresionaba a Díaz Colombo, por ejemplo, cómo en un momento de su historia San Cristóbal, con el habla de los indios de diferentes orígenes, de los españoles, de los negros traídos como esclavos y de extranjeros colonizadores, se había convertido en toda una urbe en la que se hablaban trece idiomas distintos, una torre de Babel que le obsesionaba en su profundo significado. Otros de sus apuntes señalaban cómo el conquistador de estas tierras, Diego de Mazariegos, por vaivenes de la política —y cuando lo comentaba subrayaba que «la política así es»—, había terminado siendo despojado de sus pertenencias, quedando para él, sin efecto de beneficio, el haber sembrado tanta muerte en el valle. Las plumas de colibrí también habían apuntado cómo las primeras calles creadas por los españoles en San Cristóbal, las calles del Sol, de la Luna, de la Fuente, de Santiago, del Río, del Peñol, de la Ciénega..., dormían y despertaban bajo las tétricas sombras de la picota y la horca que habían sido instaladas para impartir la justicia a los descarriados o a los sospechosos de amotinamiento. Ahí estaban también para él los datos de la fundación, en 1826, de la universidad, institución en donde se impartían las enseñanzas de Filosofía, Moral, Sagrada Escritura, Derecho y Medicina, y se llenaba de regocijo al reconstruir el dato de que el primer reloj que hubo en la Nueva España fue traído por el licenciado Bartolomé de las Casas. Aprovechaba su situación de privilegio en la biblioteca, aunque tanta información la veía más bien con curiosidad, pues no formaba parte de su interés inmediato, que era el de relatar para sus lectores las diferentes rebeliones acaecidas en Chiapas. De cualquier manera, fuera de su tema base, tantas visitas al pasado lo iban envolviendo cada vez más, creándole una atmósfera de la que podía

escapar cada vez menos. En cuerpo y alma había empezado a vivir dentro de ese pasado que teñía con ansiedades sus minutos presentes. Se sentía carne genuina de aquellos hechos que poblaban kilos y kilos de papeles almacenados y catalogados en forma escrupulosa y mayormente experimentaba esa sensación de cómplice cada vez que el cansancio por las continuas fiebres se iba apoderando de su cuerpo. Ni las velas negras ni las oraciones en tzotzil, tampoco las inyecciones y las píldoras de los médicos habían podido detener la hinchazón del brazo, y las fiebres se presentaban cada vez con mayor frecuencia e intensidad.

En los momentos de crisis, Díaz Colombo se recostaba sobre un diván cargado de años y ahí reposaba los estragos de las calenturas mientras por la mente se le iban volviendo más que vivos los episodios que había estado leyendo entre tanta documentación. Se recostaba el enfermo y el mismo cansancio que lo invadía lo colocaba en la otra dimensión de los tiempos de su pensamiento. Con los ojos entrecerrados, empezaba a viajar por otros momentos del valle y lo que el valle había vivido en otras épocas lo empezaba a vivir con la misma fuerza desde el diván, hasta el grado de hacer un amasijo entre pasados y presentes, un poderoso nudo de confusiones. La enfermedad del brazo había convertido a Pedro Díaz Colombo en un sacerdote oficiante bajo la enorme cúpula de los tiempos.

El fuerte ardor en el brazo, la fiebre..., la enervante fiebre...

Acababa de ser el primer fin del mundo (1712). Dos décadas después era el primer viaje de Díaz Colombo al valle de Jovel y, por lo tanto, la primera visita a la casa de don Hernán Rosellón de Alvarado y Goudimel, dueño de fincas en las afueras de Ciudad Real y de diferentes tipos de casas comerciales en la urbe,

en donde hospedaba a los jueces de milpas que venían de Guatemala, informaba la fiebre. Don Hernán aceptó tenerlo como huésped, a fin de cuentas había llegado de fuera con el ánimo de hacer algunas crónicas sobre la historia del lugar y un cuartucho en el traspatio bien podía ser ocupado por el fuereño a cambio de un puñado de monedas. El primer encuentro con el amor lo tuvo Díaz Colombo cuando conoció a las hijas de don Hernán, específicamente a Caridad, ya que de la presencia de Rosario apenas se alcanzó a percatar en esa ocasión. Caridad era una rubia de corte aristocrático y quizá lo que dominó con mayor fuerza la voluntad del recién llegado fue aquel desdén del que ella hizo gala en el momento en el que los presentaron. Qué soberano desprecio fue aquel. Pero desde ese momento Pedro Díaz quedó convertido en la sombra de Caridad. No dormía, no comía pensando a todas horas en la rubia despreciativa que ni siquiera se había dignado a poner una sola mirada en él cuando el momento de la presentación. Caridad era una especie de emperatriz inalcanzable, resguardada en su imperio poblado por muebles hechos de las maderas más finas, cristalerías de ensoñación, espejos finamente biselados y candiles y candelabros áureos transportados de diferentes partes de Europa. Caridad y sus trajes finos, Caridad y su clavecín, al que ni siquiera rozaba en su altivez, Caridad y sus caprichos de niña mimada, la consentida de don Hernán Rosellón.

Cuántas noches había desgranado Pedro Díaz en su insomnio total con un solo pensamiento, poder acercarse alguna vez a Caridad y tener el valor de decirle lo que sentía por ella, aunque ese fuera, seguramente, el último día de su existencia. En cierta ocasión, y después de mucho darle vueltas a la que se había convertido en la idea central de su transcurrir, se decidió a intentar su primer acercamiento a quien consideraba ya el amor de su vida. Tramó y tramó durante diez días con sus respectivas noches, lapso suficiente para verse convertido en un individuo del color

de la cera y con unas ojeras que le llegaban hasta la punta de los zapatos. Repitió en voz alta un hilado de palabras que había escrito previamente sobre un papel color de rosa —el color del papel era para darse suerte en asuntos del amor—, y luego de haber memorizado su discurso melancólico lo ensayó frente a un espejo infinidad de veces, corrigiendo gestos, entonaciones, sumiendo el vientre, intentando la sonrisa en sus mejillas de cera. Cuando se sintió seguro de sus tonos y su figura, empezó a espiar los movimientos de su despreciativa adorada para saber cuál era el mejor momento para abordarla. Habló con sirvientes de afuera y de adentro de la casa para lograr toda una relación de las actividades comunes de Caridad y encontrar así un pequeño intersticio en el grueso muro de la indiferencia. Fue de ese modo que trabó relativa amistad —los indios nunca se dan del todo, supo, son gente de muchas reservas— con Pedro Díaz Torcaz, quien se llamaba igual que él en más de la mitad del nombre, un indio misterioso que más parecía estar al servicio de Rosario que de la propia Caridad, pero que de algo le sirvió para complementar la información que deseaba. Así se la pasó atisbando, espionando con disimulo atrás de los barrotes de los enormes ventanales, atrás de los macetones de geranios, atrás de las columnas que sostenían los magníficos tejados y desde donde se desprendían las ligas de hamacas hechas con los más finos hilados.

Cuando creyó haber redondeado su estrategia, regresó al espejo de su cuarto y como un adolescente, que no era de esa calidad su edad física, retomó la práctica del discurso que había escrito para la ocasión propicia, el discurso amoroso que por fin lo quitaría de penas... o se las daría mayores, se dijo, aceptando que nadie tiene certezas sobre tales cosas en este mundo. Repitió, repitió muchas veces las palabras del corazón y esperó el momento que tenía estudiado. Este fue un mediodía que Caridad regresaba de misa acompañada por su padre. Todo estaba calculado. La costumbre había

permitido ese cálculo. Caridad entraba sola a la casa como una reina. Rosario, la hermana morena, era la que se entendía con la servidumbre, por lo tanto, sus primeros pasos eran siempre hacia los cuartos de los criados. Hernán Rosellón se quedaba siempre a dar sus últimas órdenes a los cocheros. Entonces, ese era el momento, justo cuando Caridad cruzara el pasillo de las hamacas y metros antes de transponer el umbral de la puerta grande, la que daba a la sala en donde dormitaba el clavecín. Todo estaba resultando como lo había previsto después de tantas horas y días de cavilaciones: los asuntos de distracción de Rosario, los asuntos de distracción de Hernán Rosellón, la servidumbre en sus propios afanes, el espacio milimétricamente calculado por donde ahora transitaba la más hermosa criatura de Ciudad Real. Las cosas funcionaban de acuerdo con el plan tan elaborado primero, tan estudiado después. Y ese fue el tiempo y ese el espacio de Díaz Colombo, el adolescente casi cuarentón. Ahí, entre las hamacas de seda y la gran puerta de entrada, enfrentó a Caridad Rosellón. Quién sabe desde qué fondos de su alma alcanzó a decir «señorita Caridad», fue algo que sonó como si no fuera su propia voz, como si alguien que no fuera él hubiera hablado dentro de él, con una voz minada, sin sentido; toda su historia había salido al aire en el centro de aquel sonido hueco, y entonces se había percatado de qué tan poca historia era, qué cosita tan de nada, era una voz que ni siquiera había tenido la fuerza para estrellarse contra aquel muro de indiferencia, había sido eso, un sonido hueco, nada más, que no se estrellaba con nada, porque era como si no existiera. Sin embargo, el esfuerzo había sido grande y de lo más genuino del ser había brotado aquella locución sin esqueleto, profunda, honda, más hacia adentro cuanto más hacia fuera: «Señorita Caridad». Caridad ni volteó siquiera, y eso fue todo aquel mediodía.

La derrota lo mantuvo de muy mal humor y durante ese tiempo no se atrevió a atravesarse por donde calculaba que

Caridad Rosellón pondría sus emperatrices plantas. Así se la pasó rumiando la afrenta de la derrota y así regresó a sus largas noches de insomnio penando por un amor que no había podido ser dicho, que no había pasado ni siquiera de aquella frase dolorosísima: «Señorita Caridad».

Fue una de esas veces, en medio de sus largas sesiones sin dormir, cuando entre los pliegues de las sombras nocturnas creyó escuchar una especie como de quejido lejano. Ese tipo de lamentos eran frecuentes en los días en que bajaba la niebla y, como una maldición, se escuchaba por las calles un sinfín de aullidos, lamentos, imprecaciones, pero esta vez no era noche de niebla —por el momento— y el quejido estaba ahí, sin duda, aunque muy lejanamente, como si no existiera, como si fuera un invento del silencio. Díaz Colombo quedó viendo hacia las vigas de su cuarto, con los oídos aplicados al máximo al caracol del mutismo, el tiempo corría hacia la medianoche y desde hacía horas la gente dormía en la gran casa. El insomnio lo mantenía alerta, y así volvió a escuchar aquella queja, que esta vez fue más real. Siguió atento hasta que se percató de que el gemir aquel era cierto y de que procedía del otro extremo de ese patio trasero de la casa. Con más miedo que valor, decidió levantarse y saber de dónde venía aquella queja sobrehumana, que llegaba rodando hasta sus orejas desde el otro lado del frío. Como sonámbulo, se dejó llevar por la mecánica de su miedo. Se puso un abrigo sobre los hombros, abrió con sigilo la puerta de su cuartucho y empezó a atravesar el patio trasero. Fue entonces que empezó a llenarse todo de niebla, otra vez la maldición blanca a través de la cual apenas un débil rayo de luna se colaba señalando la entrada de los sótanos de la casa. El lamento ahora era del todo audible y provenía del fondo de los sótanos. Díaz Colombo quiso retroceder, regresar a su cuartucho de tejas, meterse en la tibieza de su cama, quitarse de una vez por todas este miedo que le crecía, pero su amor propio

lo lanzó hacia adelante; regresar hubiera sido una derrota más después de la sufrida cuando su fallida declaración. No se podía dar el lujo de haber llegado al valle de Jovel para estar sufriendo tantos agravios en el alma. Caminó hacia el sitio de donde venía el lamento. En la entrada de los sótanos vio la luz de un hachón empotrado en la pared, se dirigió hacia allá con paso cauteloso.

El frío de Ciudad Real penetra hasta el fondo mismo de los huesos, pero no entra solitario al cuerpo, se introduce rodeado por la neblina, lo que le da un carácter único, es frío tenebroso que no solamente atormenta el organismo, sino también el alma. Ese era el frío que en estos momentos sacudía a Díaz Colombo cuando había cruzado apenas la entrada a los laberínticos sótanos de la casa de Hernán Rosellón. Caminando así, tanteando entre neblina y sombras, se llegó a sentir el ser más solitario sobre el planeta. El frío era como una sombra más que se enredaba a sus pasos inciertos, semiatados por el temor. Era un frío que cortaba el aliento y hacía que las células se sintieran en una infinita orfandad, sobre todo ante el desconocimiento de qué era lo que le esperaba al final de aquellos pasos. La lumbre del hachón reverberaba propiciando que las penumbras entraran en un misterioso movimiento, que ayudaba más al terror que al control de los nervios. Entonces él supo que la oscuridad también poseía movimiento, y que ahora bailoteaba frente a sus ojos y también dentro de la imaginación. La danza de esas sombras era una especie de danza macabra, igual que la que habrían visto absortos ojos como los suyos quién sabe cuántos años o siglos antes de este momento, en situaciones quizá similares, en el centro de un miedo que quién sabe cuántos y quiénes habrían sentido antes que él. Ahí estaba la danza macabra y ahí estaba de nuevo el lamento, ahora claro y fuerte, filtrándose hasta los huesos igual que el frío. El amor propio le hizo vencer el freno que lo ataba a los primeros escalones; tanteó su siguiente paso hacia adelante, buscando el sitio de

donde provenía el desgarrador gemido que le había arrebatado de la paz que le ofrecía su camastro.

Entre titubeos, bajó varios escalones más, descendió entre las sombras solo para enfrentarse a una visión que le heló la sangre. Sobre el piso, en el semicírculo que alcanzaba a medio alumbrar la antorcha pegada a la pared, Díaz Colombo vio aquellos cuerpos despedazados por la tortura. Vio los rostros, deformados a golpes, de indios que yacían unos sobre otros, con las bocas abiertas, empapados en sangre, y entre los varios cuerpos sin vida distinguió uno que aún se movía y de quien se desprendían aquellos ayes lastimeros. El indio vio el rostro de Pedro Díaz, como pidiendo auxilio, pero en realidad a lo que más invitaban aquellos ojos casi a punto de salirse de sus órbitas era a huir de aquel tétrico sitio. Y eso fue lo que hizo Díaz Colombo; no vio más, no oyó más, a tropezones subió la escalinata de piedra y alcanzó el patio, que cruzó como alma en pena, con la velocidad que le permitía la casi nula visibilidad. Llegó hasta la puerta de su cuarto, la abrió de golpe y la cerró con fuerza tras él. Sin quitarse el abrigo, se echó sobre el camastro. Luego, se levantó y se despojó del abrigo para volverse a meter entre las heladas cobijas y ahí encogerse propiciando la tibieza de su propio cuerpo, buscando el refugio del sueño con la certeza de que ese frío neblinoso de Ciudad Real era malo, porque hacía ver figuraciones y daba rienda suelta a las imagerías de la gente.

En uno de los cuartos secretos de Hernán Rosellón, a un lado de la enorme estancia en donde estaba su escritorio y el archivo en donde guardaba documentos acerca de sus muchos negocios y posesiones, el terrateniente mantenía colgado un retrato de fray Bartolomé de las Casas, esto, bajo la custodia de una puerta de

cedro con cerrojos de cobre. El secreto era que uno de los pasatiempos favoritos de don Hernán, cuando trataba de relajarse de las presiones del día, era encerrarse ahí, provisto de tomates podridos, y con ellos mancillar el cuadro de fray Bartolomé. Él conocía perfectamente bien la historia; sabía que sus antepasados habían encabezado dos siglos atrás el intento de linchamiento que sufrió el licenciado De las Casas en Ciudad Real por tratar de defender a sus indios. Los primeros coletos de Jovel, indignados en contra del fraile, lo atajaron en plena vía pública y ahí lo insultaron al principio y después pasaron a la agresión con piedras y palos, haciendo que desde la primera embestida de la turbamulta fray Bartolomé rodara por el suelo sin sentido. El derrumbamiento de la víctima despertó mayor saña en sus agresores, quienes estuvieron a punto de provocar una tragedia mayor. Aquel ataque fue muy sonado en la Nueva España e hizo que el agredido decidiera de una vez por todas abandonar el valle de Jovel, en donde los primeros coletos lo aborrecían. De aquel episodio Hernán Rosellón guardaba una camisa manchada con la sangre del fraile, una camisa que había pertenecido a uno de sus antecesores por vía paterna y que llevaba puesta el agredido el día de los funestos hechos. Esta camisa, con la sangre ya descolorida, era conservada por Rosellón como trofeo que lo llenaba de orgullo, era algo así como una bandera que simbolizaba la defensa de las tradiciones y las buenas costumbres en Ciudad Real.

Por esa vía de los recuerdos, Hernán Rosellón de Alvarado y Goudimel había desarrollado esa afición de atacar el cuadro cada vez que deseaba aliviarse de alguna tensión. Cuando quería descansar don Hernán, se encerraba en el cuarto de al lado de su oficina cargado con sus proyectiles y la emprendía con entusiasmo vengativo en contra de la obra. Fuera de esa travesura casi juvenil, el terrateniente tenía formas más efectivas de demostrar el inmenso odio que sentía hacia el legado que Bartolomé de las

Casas había dejado en su defensa de los indios. Uno de los negocios más prósperos de Rosellón de Alvarado y Goudimel era la contratación de indígenas para trabajar en los plantíos de la costa, de donde por lo regular no regresaban los enviados, víctimas de la ceguera y de todo tipo de enfermedades tropicales que hacían serios estragos entre los trabajadores. Por la acción diezmadora de los «males del trópico» era que con cierta periodicidad se formaban nuevos grupos de indios que eran enviados irremediablemente a la muerte; por la frecuencia de los envíos era que tal negocio gozaba de prosperidad. «Por el pío convento de las niñas recogidas de Santa Rosa de Viterbo, baja la cabeza, indio cabrón», gritaba el viejo para poder pasar la soga al cuello de su víctima, y así se formaba una larga hilera de desheredados ungidos a un destino crudelísimo del que no tenían defensa alguna. Para todos ellos, el recuerdo de fray Bartolomé de las Casas era un eco lejano que se borraba cada vez más en los rincones de la memoria. Tanto placer causaban estas labores al hacendado y «enganchador», que ni siquiera permitía que sus capataces se hicieran cargo de amarrar las guindalezas al cuello de los indios; él mismo realizaba el trabajo con gozo y eficacia, armado de un furibundo fueete por si había alguna voluntad con el tímido intento de no doblegarse. Pero ocurrió una vez, siempre hay una primera vez, que uno de los indios le resultó menos dócil que los demás. Rosellón no creía lo que estaba sucediendo cuando el indio aquel levantó la cabeza diez centímetros más por encima del resto de individuos atados y silenciosos. Fueete en mano, el hacendado quiso obligar a aquel alzado a que bajara el cráneo, como los demás, en señal de total obediencia. Gritó con furia, con una voz que infundía más temor que el sonido del fueete mismo, pero el indio había adoptado la inmovilidad del granito. Su cabeza, del color de la tierra oscura; su rostro, de líneas rectas y duras, como si hubiera sido dibujado con el filo de un machete, no se movieron. Quién sabe cuánta rabia

acumulada a través de varias generaciones ofendidas y vejadas alimentaba esa actitud de mínima irreverencia, pero suficiente para que el colete pudiera demostrar a los demás los efectos de su ira desencadenada. «Que agaches la cabeza, indio cabrón», repitió enfurecido mientras el fueite cruzaba el aire para estrellarse en aquella muda humanidad, rígida como la piedra. Entonces la furia del hacendado llegó al paroxismo. Su ira fue mucha porque no solo se trataba del infinito odio que le movía hacia aquella oscura gente atada por el cuello, los indios del tal Bartolomé, no solo era eso, sino también el mal ejemplo que se daba a los demás, un hecho que quizá a alguno pudiera parecer insignificante, pero que en realidad tomaba dimensiones inadmisibles. Entonces Hernán Rosellón escupió el rostro del «rebelde» con toda su furia y dio ejercicio al fueite con toda su furia; golpeó el rostro del otro con toda su furia. El indio se movió únicamente lo que le obligaban los impactos sobre su cuerpo, pero el cuello continuaba rígido, como si esa fuera su venganza contra tanta ofensa, no la de ahora, sino la acumulada a través de los siglos. Rosellón se dio cuenta de que lo que venía ya no le correspondía a él, supo que lo que continuaba era «trabajo» que tenía que hacer cualquiera de sus capataces... y con un solo ademán dio la terrible orden. Los demás indios, alineados por la soga en el patio trasero de la casa de Hernán Rosellón, no se atrevieron ni siquiera a levantar la vista, eran como objetos plantados a la mitad del patio. Ese había sido su papel durante tanto tiempo, el de objetos, sin voluntad, sin voz propia, sin movimientos más que a la orden del amo.

Muy diferentes eran los otros indios, los que no habían bajado a la ciudad para ser domeñados con la punta del látigo o del sable. Aquellos eran los que de cuando en vez bajaban a Ciudad Real junto con la niebla, bajaban en tropeles y algarabías y se volvían a ir dejando las calles y los cerros sembrados de muertos, tanto suyos como del odiado enemigo. Y de ahí venía el insaciable

rencor de los coletos por no haber podido acabar con aquellas rebeldías que amenazaban de continuo el valle de Jovel. En doscientos años las buenas familias no se habían podido acostumbrar a vivir bajo la amenaza permanente de los alzamientos. Cada vez que la niebla bajaba a San Cristóbal, las casas se llenaban de rezos y los templos eran un fluir de cantos religiosos. De esos sobresaltos venía el odio, un odio que no tenía solución posible; se trataba de dos universos opuestos, de dos frentes irreconciliables sometidos a una mecánica de rencores que arrojaba cada cierto tiempo su aportación de sangre. Y de esa sangre estaba alimentado el paisaje, teñido con una historia continua de choques, abultando cada vez más el calendario con fechas trágicas que servían como claves para la memoria, «cuando el alzamiento de tal ocasión», «cuando la asonada de tal vez». Pero el odio no era gratuito, su origen estaba en el constante abuso de los coletos, que no solo habían despojado de sus tierras a los indios cercanos a San Cristóbal, sino que tenían sometidos a muchos como esclavos. Era asunto de despojos. Era asunto de abusos. El odio justificado de una parte se volvía justificación de la otra ante los agravios y los estragos propios de una guerra que ya llevaba doscientos años tiñendo el paisaje de Jovel.

El capataz apartó al indio indómito del resto de la cordada; a empujones y con el sable en la mano lo obligó a arrodillarse. El indio se arrodilló, pero nunca bajó la cabeza, ni estando de hinojos como estaba. Pero el orgullo que le mantenía la cabeza hacia arriba no alcanzaba a ocultar el terror por lo que imaginaba que iba a suceder, por lo que imaginaban todos en medio de aquel silencio en el que solamente se escuchaban los insultos del capataz y los resoplidos emitidos con furia por Rosellón de Alvarado. El capataz no pudo ir sobre las orejas de su víctima porque ninguno de los indios de la cordada tenía ya orejas, Hernán Rosellón las había ido cobrando poco a poco, en diferentes ocasio-

nes, como medida disciplinaria. El capataz, con el sable en alto, profirió los últimos insultos, el indio lo miró con unos ojos llenos de pavor, pero de su cara de piedra no salió ni una sola palabra, solo esa mirada de desamparo que hablaba de una situación que ya no tenía vuelta posible. La espada fue descargada con furia certera sobre el cuello del ajusticiado. Solamente se escuchó un ruido como cuando se troncha con fuerza un manojo de cañas. La pantalonera del capataz se salpicó de rojo y la cabeza del indio fue a caer al otro lado del caño del traspatio. Entonces ocurrió algo terrífico: el cuerpo, ya sin cabeza, se levantó, engarrotado, y empezó a caminar sin tener a donde ir, así nada más, haciendo esos, matando de miedo a los testigos de la escena; la cabeza desprendida por el furibundo sablazo observaba incrédula la autonomía del cuerpo que, empapado en sangre, caminaba torpemente, como si estuviera buscando su cráneo, pero solamente zigzagueaba sin atreverse a cruzar el caño desde donde la cabeza lo miraba sin parpadear, sufriendo intensamente por el dolor de ver su cuerpo sin gobierno. La cabeza miraba con espanto cómo el cuerpo todavía caminaba, ignorando que ya estaba muerto. Hernán Rosellón de Alvarado y Goudimel regresó esa tarde más nervioso que de costumbre a su despacho, se encerró en el cuarto lateral y calmó los nervios arrojando proyectiles al cuadro de don fray Bartolomé de las Casas.

Caridad Rosellón, la hija rubia, nació a las doce de la mañana de un día de neblina, pero, por ser la hora que era, se adivinaba que más allá de la niebla debía arder en el centro de los cielos un sol resplandeciente. Entonces abrieron puertas y ventanas para que entrara el sol —aunque fuera simbólicamente— hasta el último rincón del caserón colonial de don Hernán. Rosario, la morena, nació a las doce de la noche de un día de luna total, pero, por ser de noche, una vez ocurrido el alumbramiento, todos en

la mansión se fueron a refugiar en los pliegues de las sombras y la casa quedó sumergida en un profundo silencio. Desde entonces, quedó trazada la diferencia entre los dos destinos. Caridad, la rubia, siempre contó con los mimos de su padre y una vida como probablemente la vivía la nobleza europea del otro lado del océano. Rosario, la morena, por el contrario, no gozaba de tantos consentimientos y sí, desde pequeña fue una especie de puente entre las órdenes de su padre y la servidumbre a la que iban dirigidas tales órdenes. Para Caridad eran los vestidos con telas finas traídas de ultramar, para ella las botellitas de aromas exquisitos y las decenas de objetos de entretenimiento, como cajitas de música y juegos mecánicos de delicadas combinaciones; para ella fue el reluciente clavecín, instrumento al que, por cierto, jamás se acercó; que se recordara, ni por curiosidad su fina mano oprimió alguna vez una tecla; de ese clavecín, por mano de Caridad, nunca supo el do que era do ni el fa que fa era; sin embargo, a Caridad estaba destinado el manojo de partituras importadas desde España y Francia y desde otras grandes ciudades del viejo continente. La rubia que nació a mediodía era un sol para don Hernán Rosellón, quien no encontraba la forma para expresarle cuánto significaba para él y todo lo que estaba dispuesto a hacer por ella solo con que ella lo sugiriera. La hermana menor, Rosario, era menor también en el trato que se le daba en comparación con el que le prodigaban a Caridad. Siempre las segundas partes eran para ella. Rosario estaba para atender los caprichos de su hermana mayor, y pobre de ella si no era así. Las pertenencias que Caridad desechaba en sus constantes caprichos pasaban a ser de Rosario en un transcurso natural. Entre su niñez y su adolescencia, dos viajes de placer hizo Caridad a Ciudad de Guatemala, la gran urbe con la que todos soñaban, y otros dos a Ciudad de México, y si con ella viajó también Rosario fue para atenderla en sus necesidades y caprichos. Era tal la distinción que Hernán Rosellón hacía entre

sus hijas —nadie entonces sabía la razón de esa actitud— que los nombres que les puso al nacer respondían a los hechos de la rebelión indígena de unos cuantos años antes, cuando españoles, criollos y ladinos enarbolaron en medio de la niebla el estandarte de la Virgen de la Caridad para someter a la indiada que se abalanzó sobre Ciudad Real empuñando el estandarte de la Virgen del Rosario.

Caridad lo tenía todo, Rosario también, pero siempre de segunda mano, al asumir los bienes que a la hermana ya le habían fastidiado. Así fue como Rosario aprendió a tocar clavecín, el lacado instrumento al que Caridad ni siquiera se acercaba. Aprendió sola, o casi, pues en realidad las primeras clases las recibió a escondidas de parte del sirviente indio más cercano a la casa, Pedro Díaz Torcaz, solo que este tocaba el clavecín con bolillos, como si fuera marimba y, sin saber nada de música escrita, interpretaba tonaditas de indios que en momentos mucho se parecían a ciertas músicas que venían apuntadas en los cuadernos que tantos kilómetros habían viajado. Como si fuera producto de un acto de magia, Rosario empezó a mover los dedos sobre el teclado sin que nadie le recorriera el secreto de las posiciones; empezó a leer los cuadernos sin que nadie le descubriera los misterios de la escritura, pues el maestro de música que don Hernán contrató era para que le enseñara a Caridad, y esta nunca lo ocupó. Cuando don Hernán escuchaba desde su oficina las notas que ejecutaba Rosario creía que era Caridad la que tocaba, y cuando el indio Díaz Torcaz daba baquetazos sobre el teclado, cierto estaba de que aquello que oía no eran sonecitos de indios, sino lo que venía garrapateado en los cuadernos con el nombre de un músico alemán que había nacido en el siglo anterior y del que muy poco, casi nada, se sabía. El que hubiera llegado a Ciudad Real un cuadernillo con su música era otro más de esta larga lista de milagros musicales. La habilidad desarrollada por Rosario Rosellón le dio

mayores relaciones sociales que a Caridad, asunto que a la hija rubia le importaba muy poco. Rosario, con su habilidad, acudía a tocar todas las tardes a la torre mudéjar, parte del convento de monjas que había fundado muchos años antes el fraile Andrés de Ubilla para hospedar en él a 236 doncellas nobles, hijas de descubridores y pobladores pobres. Pero también la acompañaba en esos conciertos Pedro Díaz Torcaz y en un momento dado el indio entraba en acción con sus baquetas «marimbistas», y eso un siglo antes de que don Corazón Borraz inventara en San Bartolomé de los Llanos la marimba de doble teclado, y era cierto lo que oía Hernán Rosellón desde su despacho, las tonaditas de indios de Díaz Torcaz sonaban a algo raro, a algo más que a tonaditas de indios. Entonces el convento del Carmen se llenaba de notas gozosas sin que nadie ahí conociera el extraño y lejano nombre de un tal Bach.

La fiebre en medio de la enorme biblioteca de don Prudencio..., los sueños de la fiebre...

El día: lunes, 10 de enero de 1994
Balazo: rebeliones indígenas en Chiapas
Cabeza: las cabezas de Sanguieme

Fue un momento de la última década del siglo xx en Chiapas. Una mañana de Los Altos presentó a los ojos de todos la macabra escena: en una hilera de estacas yacían clavadas las cabezas de un grupo de indígenas. El solitario paraje con su carga de cráneos era aterrador.

La paralizante visión removió viejas historias que para las etnias chiapanecas han sido una sola. En la memoria de la colectividad se delinearón aquellos cuerpos —casi un centenar—, atados por el cuello, que se balanceaban macabros a orillas del Grijalva, convertidos en un festín de gavilanes y de otras aves de rapiña.

De esta misma manera los encomenderos españoles y sus agentes ejecutores indios le habían dado «solución», a finales de 1533, a la segunda sublevación de los pobladores de Chiapa. El presente se hacía pasado, y viceversa, en una sola línea recta trazada con sangre.

Y la memoria voló hacia atrás y retomó las escenas de las que provenía aquel conjunto de etnias expoliadas, huérfanas de sus dioses, desprotegidas totales ante la violencia de los explotadores, de los extranjeros que empezaban a ser también hijos del mismo paisaje, pero siempre con otra visión del mundo, con otro color de piel, con otro rostro.

La derrota sufrida por el pueblo chiapaneca en el cañón del Sumidero había puesto su situación en circunstancias mayormente apremiantes. La mano de Baltasar Guerra se volvió más dura aún y a partir de entonces no hubo respeto a derecho alguno en detrimento de aquella agobiada comunidad. Los tributos crecieron en forma desmedida y los trabajos forzados en la mina de Copanaguastla se incrementaron hasta el grado de aflojar solo ante el peligro de perder un esclavo que, doblegado por la fatiga, terminaría mermando con su muerte el patrimonio del encomendero.

Para ajustar mayormente los mecanismos de la explotación, Baltasar Guerra impuso como gobernadores a dos caciques de la propia etnia, pero deseosos ambos de ofrecer sus mejores servicios a los opresores. Estos caciques, Guajaca Nocayola y Ozuma Sangayo, en su celo servil resultaron tan feroces como su amo, el de las manos ensangrentadas. A Sangayo y Nocayola correspondió la recaudación de los tributos, la aplicación directa de los reglamentos y el fomento de las ideas católicas para acelerar la transformación religiosa entre los diezmos chiapanecas.

Estos sujetos, al servicio del amo, escogían a los hombres que formarían las cuadrillas —doscientos por cada una de ellas— para trabajar en Copanaguastla y sus decisiones sobre el caso eran algo así como una sentencia de muerte, pues el seleccionado prácticamente quedaba montado sobre la frontera entre el mundo de los vivos y la región eterna. Los dos indios, favoritos del poder, fueron crueles en demasía, sobre todo porque se imponían a hombres que ya eran vencidos por segunda vez. Las recaudacio-

nes se efectuaban con lujo de voracidad y con un gran desprecio hacia los demás por su condición de pueblo.

Nuevamente se fue acumulando el encono en la conciencia de aquellos sojuzgados, de aquellos abandonados en el centro de su historia, que no tenían ni dios ni autoridad ante quien quejarse, que veían morir a sus familias bajo las presiones de la fatiga y que a cambio recibían como ración diaria el desprecio, cuando no el latigazo oprobioso.

—Iday vos, indio, si no lo tenés la manta y el maíz que te toca, te andás a completar a la caña.

Así ordenó un día de tantos, con ceño endurecido, el inflexible Ozuma Sangayo a uno de los más jóvenes de la comunidad. Esta era otro tipo de sentencia terrible, pues los rudos trabajos en las recientes plantaciones de caña de azúcar significaban también el agobio en situación extrema. Varios principales presenciaron aquella escena de despotismo.

El caso es que tal hecho coincidió con un viaje que Baltasar Guerra tuvo que hacer a Nicaragua, de donde fue llamado en 1532 por el adelantado Pedro de Alvarado para organizar una nueva expedición al resto de Centroamérica. Hasta aquellas tierras llegó la noticia de la sublevación y Guerra tuvo que regresar en forma violenta.

La ausencia del encomendero facilitó las cosas. La indignación fue uniendo a los hombres como un fluido incontenible que crecía fortaleciendo el ánimo para la desobediencia. No hubo choza a donde no entrara subrepticamente la misma corriente de opinión y así finalmente la rebelión tomó cuerpo encabezada por uno de los principales, de nombre Sanguieme, al que se unieron otros ciento veinte principales, cada quien con su gente.

Sanguieme arengó a los suyos y se fueron a ponerle sitio a la casa de Nocayola, a quien acusaban de haber traicionado a su pueblo para servir al poder de Baltasar Guerra. La turba enfure-

cida prendió fuego a la casa de Nocayola, quien, reponiéndose de la sorpresa, salió a hacer frente a sus enemigos. Los sirvientes de Nocayola y él mismo combatieron contra los sublevados por espacio de dos horas. Las gruesas fumarolas que se alzaban sobre el lugar eran como un símbolo que incitaba aún más a la gente de Sanguieme.

Al fragor de lo que estaba ocurriendo al otro cacique, cómplice de los abusos de Nocayola, Ozuma Sangayo acudió al auxilio del primero. La irritación de los sublevados creció en grado sumo al reconocer en la lucha establecida a su otro sojuzgador. Se abalanzaron sobre él y en cuestión de unos cuantos minutos era lapidado por la furia colectiva. La muerte de Sangayo provocó la confusión suficiente para que Guajaca Nocayola intentara con éxito la huida. Todavía se hizo por capturarlo, pero solamente lo alcanzaron a herir a flechazos. Así, heridos él y su gente, pudieron llegar a San Cristóbal a dar cuenta de los hechos.

La fuerza desatada contra los sublevados fue grande. En San Cristóbal, Baltasar Guerra formó un contingente de españoles a los que sumó a los indígenas sometidos en el valle de Jovel — asiento de San Cristóbal de los Llanos, uno de los nombres antiguos de San Cristóbal de las Casas— y a los propios chiapanecas que se habían negado a secundar la sublevación.

Guerra cayó sobre Chiapa mediante una estrategia sorpresiva y luego continuó hacia el Grijalva desplazándose río abajo, en donde se encontraban concentrados la mayoría de los chiapanecas, ya que en una parte del cañón del Sumidero habían construido una especie de santuario. Nuevamente buscando la fuerza del añoso río para hacer su propia fuerza en contra del enemigo.

En esa parte del río, en lo más intrincado del cañón, se volvió a dar ese mismo nudo de actitudes expresadas en la matanza anterior. ¿Suicidio como acto heroico? ¿Suicidio por terror? ¿Despeñamientos accidentales a la hora del cerrado combate? Todo eso a

la vez, seguramente, dentro de las muchas situaciones que se dan en una batalla, y más aún si prevalece en ella la desigualdad de circunstancias. El caso es que una gran parte de la población rebelde fue tragada nuevamente por el retumbante raudal.

Cuando el apaciguamiento llegó, no encontraron entre los capturados al líder Sanguieme. La delación hizo que dieran pronto con él y que fuera capturado junto con los principales que habían alentado la desobediencia.

Volvió el signo de la matanza sobre los cuerpos de los vencidos. El propio Nocayola, espada en mano, se encargó de aplicar justicia contra su propia gente derrotada. En tales empeños andaba cuando le fueron a avisar de que el caudillo Sanguieme había huido de su prisión, habiendo tomado una vez más el camino del agua.

La nueva captura de Sanguieme no tardó mucho; fue agarrado en su desesperación por organizar un nuevo embate. Fuertemente atado, se le condujo hasta la presencia del cacique. Se había perdido un intento más de liberarse de los oprobios. La paz había regresado a aquellas regiones y con ella de nueva cuenta la mano dura de los vencedores.

En julio de 1980, cuando Juan Sabines era gobernador de Chiapas, la tropa entró a la finca Golonchán y, a más de cuatrocientos años de distancia, los descendientes de aquella gente fueron masacrados como parte de la larga cadena y sus cabezas clavadas en estacas que bordeaban el camino. La misma mujer que vio a su gente morir en los raudales del río, esta vez le dijo a la revista *Proceso*: «Los cadáveres fueron devorados por los animales, zopilotes, perros. De lejos los vimos bañados en sangre, comiendo la cara, el cuerpo de nuestros hijos y esposos».

El rencoroso cacique Nocayola mandó a pregonar en todos los asentamientos cercanos el castigo de los alzados. Hizo que los indios de Chiapa y sus contornos acudieran a presenciar su

justicia. De todos los rincones llegaron a mirar cómo entre dos árboles, uno de ellos la pochotona, símbolo histórico de la ciudad de Chiapa de Corzo, se hizo amarrar una hamaca y en ella al prisionero Sanguieme. Los ojos de los indios vieron cómo se prendió fuego a la hamaca en donde se retorció aquel Sanguieme que los había querido llevar a su libertad. El fuego, decían algunos, había llegado hasta el cielo.

El resto de los capturados, ochenta y seis, fue colgado a orillas del Grijalva. Sus cabezas iban a aparecer, cuatrocientos años después, clavadas por órdenes de Sabinés en una hilera de estacas, en la hacienda de Golonchán, cerca de San Cristóbal de las Casas.

—Bien —comentó Rosario, desde su extendido aroma de juncia—, esto está bien...

—En los poetas, en ellos más que en ningún otro, es en los que podrá encontrar la voz más genuina de esta tierra —le había dicho don Prudencio señalando la gran variedad de tomos reposando en los estantes.

—Este material es muy variado —respondió Pedro Díaz tratando de señalar la importancia del resto del material— y cada papel aquí reunido representa un ángulo diferente de los más diversos temas.

—Sí, pero es en la visión de los poetas en donde se encuentra la esencia de las cosas —respondió don Prudencio con aquel gesto de tranquilidad y bonhomía que lo caracterizaba.

—¿Por qué esa inclinación de un hombre como usted hacia la visión de los poetas?

—Porque son ellos los que miran con los ojos del alma.

—He oído que los poetas de Chiapas...

—En la zona existe una gran tradición.

—De la que imagino que debe tener excelentes muestras.

—Las hay, y están aquí reunidas, están todas —complementó el erudito—. Ha sido una recopilación de muchos años, desde la época de la colonia, aquí puede encontrar desde la obra de fray Matías de Córdova, por ejemplo, hasta la de los poetas de nuestros días.

—Debe ser una visión fantástica —dijo con cierto entusiasmo Díaz Colombo.

—Más bien diría que es una visión en la que se mezcla lo real con lo fantástico para darnos una nueva dimensión de las cosas —agregó con buen ánimo el sabio.

—Si me da tiempo...

—Más bien, yo creo que es por ahí por donde debería empezar para irse moviendo desde el fondo mismo de cada asunto. Como le dije, desde los fondos del alma de cada asunto.

—Me imagino que se trata de una lista impresionante.

—Ah, los poetas, mi amigo... Rodulfo Figueroa, Armando Duvalier, Rosario, Ulises, Balam..., los poetas...

Estas charlas que Pedro Díaz Colombo sostuvo con don Prudencio Moscoso habían quedado grabadas en el recuerdo. Eran conversaciones que llenaban de alegría a Díaz Colombo y lo hacían trabajar con mayor entusiasmo a la sombra de la generosidad del sabio. Ahora, a años del fallecimiento de don Prudencio, Pedro Díaz recordaba la primera vez que llegó a ese recinto; la jovialidad con la que fue recibido e invitado a pasar a los interiores de la biblioteca; el gozo con el que le fue mostrada cada una de las secciones y las minuciosas explicaciones sobre el material existente, el que de inmediato fue puesto a su servicio. En su segunda visita en San Cristóbal volvió a esa casa, su misión entonces era específica, recabar para su periódico información sobre las diferentes rebeliones en Chiapas, pero don Prudencio, de golpe, le había abierto un mundo maravilloso, de una grandio-

sidad sin límites. Ahí estaba concentrado todo lo que se quisiera saber de ese universo. Nada había escapado a la acuciosidad del sabio, todo lo había recopilado, seleccionado, clasificado. Y como eje de tanto conocimiento, don Prudencio distinguía la voz de los poetas. Otro de los recuerdos imborrables de ese primer día fue cuando don Prudencio le mostró el enorme cuadro anónimo con la representación de fray Matías de Córdoba, que dominaba una parte importante de aquel ámbito.

—Este es fray Matías de Córdoba —le había indicado, y agregado luego—: Si se fija usted, este cuadro tiene una peculiaridad.

—Está rodeado de un halo misterioso.

—Es a otra cosa a la que me refiero.

Entonces don Prudencio le hizo observar que la representación de fray Matías poseía la particularidad de clavar la vista en el espectador sin dejarlo de mirar desde cualquiera que fuera la ubicación que este asumiera. Así, Pedro Díaz estuvo caminando por invitación de don Prudencio hacia los diferentes puntos de la biblioteca y los ojitos que lo veían desde el cuadro siempre estaban ahí, atentos, agudos, penetrantes, clavados en los suyos. Este experimento lo hacía don Prudencio con cada persona que llegaba hasta su refugio libresco, así es que Pedro Díaz no fue la excepción e incluso fue tomado del brazo por el erudito para que dirigiera la mirada desde los puntos más variados, siempre con resultados similares; ahí estaban, desde cualquier punto que se los mirara, los ojitos del cuadro clavados en las pupilas del espectador, que de esa forma se convertía en el observado. La obra era un cuadro oscuro, realizado bajo el tratamiento del tenebrismo, que desprendía desde el barniz de la tela algo de misterio, guardado ahí desde los secretos de varias décadas. ¿A cuántos visitantes habrán observado esos ojitos vivos, llenos de extraña movilidad? ¿De cuántas cosas se habrán enterado con el paso del tiempo? ¿Qué guardarían aquellas pupilas siempre abiertas

y puestas sobre las miradas de los visitantes? Ahora, muerto don Prudencio, de vez en cuando se le ocurría a Díaz Colombo hacer el mismo experimento, él solo, sin necesidad de testigos, y empezaba a jugar con el cuadro a las eternas miradas cruzadas. Pero esta vez, en un momento de su juego, había decidido interrumpirlo, movido por quién sabe qué fuerza extraña, y asomarse por una de las ventanas. Entonces sus ojos, al desprenderse de los ojos del cuadro y dirigirse hacia la acera, alcanzaron a ver a un grupo de encapuchados que llevaban en las manos unos rifles de palo. Eso fue lo que vio o creyó ver esta vez. ¿De dónde habían salido esos encapuchados?, pudiera ser que el asunto no fuera más que otra de sus tantas imaginéras, que se habían hecho más frecuentes en los mecimientos de la fiebre que con cotidianidad se apoderaba de él desde la colorada hinchazón de su brazo izquierdo, voluminoso como sus fantasías. Fantasía o realidad, sobre la acera había visto pasar a un grupo de encapuchados con rifles de palo, ¿o eran rifles de verdad...? Había visto a un grupo de encapuchados con rifles... y no eran visiones producidas por la niebla, porque esta apenas se encontraba columpiándose en los cerros más altos sin atreverse todavía a descender sobre las calles de San Cristóbal. Entonces pensó que por la noche, si para entonces la niebla no se había decidido a bajar sobre Jovel, quizá el espejo lunar le pudiera decir la verdad sobre esos encapuchados que acababa de ver.

Don Prudencio le había enseñado a leer pasados, presentes y futuros en el rostro de la luna; ese había sido uno de los tantos adiestramientos con los que lo había beneficiado. En un principio no vio gran utilidad en los misterios que sobre la luna y su lenguaje le descubría don Prudencio; sin embargo, los secretos que sobre este renglón le fueron revelados eran muy importantes. ¿Cuántos de los tomos reunidos en los estantes pudieron haber sido escritos bajo esa inspiración sin que ni siquiera sus propios autores lo supieran? En otro acto más de generosidad, don Pru-

dencio recorrió esos misterios para Díaz Colombo, puso en sus manos los secretos del lenguaje lunar, le habló de lo que la luna expresaba si se la recogía de los ríos o bien de las aguas estancadas, le instruyó sobre los decires de la luna cuando se reflejaba en los objetos de platería, lo habilitó en los verbos de la luna en los centros de los patios sancristobalenses, o bien lo que la luna gritaba por medio de los débiles rayos que se lograban filtrar cuando las noches de espesa neblina, cuando las almas aprovechaban para salir a pasear sobre las solitarias calles de una ciudad encerrada en sus habitaciones. Para todo esto tuvo de don Prudencio los vastos conocimientos de los calendarios lunares, la manera de medir el tiempo a través de las diferentes fases del satélite y la interpretación mágica que de las mismas hacían los antiguos observadores. Había infinidad de extensiones sobre el tema. Ahí estaba el episodio que tanto emocionaba a don Prudencio sobre la sacerdotisa de la luna, la niña Juana Svaxaquival, la que nació en la octava luna del ciclo solar y que veía a la madre de los cielos como la fuerza infinita con la que finalmente se iba a lograr la igualdad sobre la tierra. Juana Svaxaquival logró reunir a cientos de seguidores del nuevo rito en las tierras del Soconusco, y eso ocasionó el pavor y el odio entre los curas encabezados por el obispo Núñez de la Vega, los que finalmente provocaron su encarcelamiento y su muerte. Entre los papeles de don Prudencio se guardaba, fundamentalmente en idioma mam, una gran cantidad de oraciones y de cánticos que se utilizaban en el nuevo rito, las imploraciones elevadas por los indios de aquellas zonas que veían en la luna la fuerza que iba a romper por fin sus cadenas de penurias. Así fue como conoció todas aquellas demostraciones de fervor y —más dentro del ámbito científico— los cálculos que hacían coincidir aspectos del rito con los movimientos estelares reseñados en gran parte por el sabio don Carlos de Sigüenza y Góngora. La redonda verdad de la luna, interpretada por Juana Svaxaquival, bajaba a

la tierra de los hombres para alumbrar con su luz el crimen, el robo, la desigualdad, el abuso, para que ninguno de estos daños quedara a oscuras, amparado por las sombras o por la neblina. De todo esto hablaba don Prudencio con gran entusiasmo y podía pasar noches enteras comentando los episodios vividos por los seguidores de Juana Svaxaquival, y era tal su entusiasmo y su elocuencia al respecto que Díaz Colombo podía ver a la perfección el rostro de la niña Svaxaquival, moreno, redondo, coronado por unas gruesas trenzas amarradas a la altura de los pensamientos. Veía los rostros de sus seguidores, iluminados, más que por la propia luna, por su infinita fe en que algún día el mundo sería mejor para ellos y la justicia empezaría a caminar por los campos y en el interior de las casas. Díaz sabía bien cómo era Juana Svaxaquival, la sacerdotisa de la luna, sin necesidad de haber visto nunca algún dibujo que la representara.

¡Cuánto le debía Díaz Colombo a don Prudencio! Era en realidad mucho lo que le adeudaba en materia de motivaciones, indicaciones, directrices, consejos de cómo utilizar el material recopilado. Historias como la de Juana Svaxaquival valían oro para la imaginación del periodista y solo con don Prudencio, con su sabiduría, podían tener la dimensión que requerían al ser transmitidas. La niña luna volvía a vivir cada vez que don Prudencio tocaba el tema y daba la impresión de que en el cielo no era el satélite el que brillaba, sino la cara indígena de Juana Svaxaquival burlando el torrente de los años para hacerse presente y seguir iluminando a sus seguidores. Así como el de la niña Juana, había una gran cantidad de temas más que ya eran asuntos familiares para Díaz Colombo, tópicos que don Prudencio había sabido inyectar en su imaginación valiéndose no solo de su amena conversación, sino apoyándose en igual forma en la vastísima documentación que había logrado concentrar en su casa. Por eso para Pedro Díaz Colombo fue tan dolorosa la muerte de don Pruden-

cio. La generosidad del erudito marcó para siempre al periodista, que ahora tenía en el horizonte de sus conocimientos muchísimos temas que ayudaban a configurar la vasta aunque terrible historia del valle de Jovel. Después de la muerte de don Prudencio, Díaz Colombo se sintió infinitamente solo, fue algo así como si de golpe se hubiera quedado huérfano total. Ni todos los poetas de los que hablaba don Prudencio, de haber podido ser reunidos esa noche abatiendo eras y distancias, hubieran podido describir tanto dolor, solo la luna supo de esto y segó sus rayos. Don Prudencio Moscoso falleció una noche de eclipse lunar. Juana Svaxaquival había enmudecido en el centro mismo del cielo.

Entonces Pedro Díaz Colombo empezó a encontrar a don Prudencio en cada legajo, en cada sección de la biblioteca, en cada documento analizado. El alma de don Prudencio había quedado impregnada en aquellas pilas de conocimientos o por lo menos así lo sentía Díaz Colombo, quien había sido tratado con tanto afecto y quien tantas cosas había podido aprender desde su llegada a aquel lugar. Por todo esto fue por lo que la biblioteca de don Prudencio se convirtió en la segunda casa de Díaz Colombo, o acaso la primera, pues aquí pasaba más tiempo que en el domicilio de don Hernán Rosellón de Alvarado y Goudimel, su suegro. Incluso su esposa, Rosario Rosellón, para revisar los textos del periodista, pasaba también más tiempo allí que en la casa de su padre. Este era una especie de segundo hogar, pero más rico, infinitamente más rico en cuestiones del alma. Lo que este ámbito ofrecía era la razón de las existencias del valle de Jovel, aquí se encontraba lo que el valle había sido y, por lo tanto, lo que al valle le esperaba en el futuro, si se querían deletrear los signos con inteligencia. Errabunda el alma en aquel universo de papeles, terminaba concentrando una razón de ser que se convertía en espejo de toda existencia. Nada quedaba fuera de cálculo o consideración, la historia era una larga enseñanza en la que don

Prudencio seguía siendo el centro aun después de su muerte. Ni el eclipse de luna de esa noche había podido evitar que aquellos papeles que había dejado se llenaran de luz, que palpataba con intensidad cada que Díaz Colombo los removía. Esta era la segunda ¿o la primera? casa de Díaz Colombo y aquí, en sus momentos de duda, tenía la impresión de que volvía a conversar con el sabio, y entonces le hacía preguntas a las que siempre terminaba él mismo por dar sus propias respuestas. Entonces, Díaz Colombo dejaba de sentirse solo, por ello fue que, hasta en aquel día de la intensa niebla que penetró el interior de los hogares, el periodista prefirió tomar calle y dirigirse a la biblioteca, sin importarle que fuera día propicio para que las almas dolientes anduvieran sueltas por las calles de San Cristóbal. Prefirió los peligros de la niebla y dirigirse bajo esa amenaza a su segunda casa, ¿o primera?, a seguir revolviendo los papeles cargados de historias y de las palabras de los poetas. Aquel fue el día en el que sufrió el percance en el brazo izquierdo, el que ahora lo mantenía bajo intensos dolores y continuas fiebres. En eso pensaba ahora Díaz Colombo mientras sentía que las sienas se le empezaban a encender de nuevo, recostado en uno de los sofás, cerró las pupilas y dejó que una extraña laxitud se apoderara de su cuerpo. Entre las sombras de sus ojos cerrados escuchó una voz que venía de la dirección de donde se encontraba el cuadro del fraile que seguía a todos con la mirada.

—Díaz Colombo, no duermas, no puedes dormir, tu misión tiene más importancia que la que tú mismo le has querido dar, es necesario que estés consciente de ello.

—No es cierta —respondió el periodista—. Esa voz tuya no es cierta, es la fiebre otra vez, la maldita fiebre...

—No rehúyas, Díaz Colombo —repitió la voz, que venía de donde el cuadro y que estaba cargada de misterio—. No trates de escapar a un destino más profundo que el que quieres darte aquí, en estas tierras...

—La fiebre, la fiebre...

—Tu mujer tiene razón —insistió la velada voz—, tienes en tus manos materiales preciosos.

—No puedo creer que me hables, no eres más que una alucinación producida por esta maldita fiebre —respondió poniendo el brazo caliente encima de los ojos.

—¿Por qué no quieres asumir una responsabilidad mayor ahora que tienes los medios para hacerlo?

—No caeré en la trampa que me han puesto los sentidos minados por la calentura.

—No te acobardes, Díaz Colombo, hay muchas cosas por decir...

—No, no, no, esto no es cierto, no puede serlo.

—Es mucha la sangre que ha corrido sobre estas tierras, callarse es una traición.

—¡Calla! —gritó Díaz Colombo—, no eres más que un invento de mi cerebro, lo sé, lo sé, no eres más que eso...

—Estás en lo cierto, soy un invento de tu cerebro al que no puedes traicionar.

—Un invento nada más, los cuadros no hablan.

—Es cierto, te repito, soy un invento de tu cerebro. Escucha, entonces, a tu cerebro...

—¡Basta! ¡Voy a enloquecer!

—¿Por qué prefieres enloquecer?

—No eres verdad —gritó ya al borde de la desesperación.

—Desde que llegaste aquí pensabas que me observabas, no es cierto, nunca te quisiste dar cuenta de que quien te observaba era yo, de que nunca te perdía de vista así te ubicaras en cualquier rincón de la biblioteca. Así pude ver cuáles eran tus intenciones reales al remover estos papeles.

—¿Son malas esas intenciones?

—Son mínimas. En eso estriba lo malo. En estas tierras hay mucho por decir y tú no has estado dispuesto a hacerlo.

—Yo vine aquí a algo muy concreto, lo de las rebeliones...

—En estas tierras hay mucho que decir, te digo, y lo malo está en no decirlo, sobre todo cuando se está rodeado de esta documentación que don Prudencio puso a tu alcance.

—¿Me has estado observando...?

—Tú creías que me observabas a mí, pero yo soy el que no ha perdido ninguno de tus pasos.

—¿Y qué es lo que pretendes?

—Solamente hacerte conciencia en la razón que tiene tu mujer, Rosario Rosellón, cuando te pide una investigación más profunda de estas cosas que se han vivido en Jovel. No te quedes en la superficie, penetra en el más allá...

—Yo no puedo hacer caso a algo irreal, estaría demente, tú no existes, los cuadros no hablan..., tú no eres más que un invento de la fiebre.

—No huyas a un compromiso al que estás obligado más que muchos...

—Tú no existes, no existes, no es cierto que hablas.

—No huyas, Díaz Colombo...

—La fiebre, la fiebre...

—No huyas.

—La fiebre...

La fiebre...

Caridad era una emperatriz entre plumajes y sedas coruscantes, entre perfumes y pródigos halagos. Rosario, mujer entre límites de criados, entre esfuerzos y silencios de la servidumbre, mundo de rostros hacia el piso en solicitud permanente de la aquiescencia de clérigos o amo, ineluctable actitud, disposición hacia protémolo y vasiho, hacia azadón y aperos peoneriles. Caridad

era la luz, Rosario sombra, paradigmática presencia del día y de la noche. Pedro Díaz Colombo seguía perfectamente enamorado de Caridad, pero caridad para sus sentimientos no hubo por parte de nadie, así se pasó noches de semanas, noches de meses y empezaba a pasar noches de años cuando comenzó a darse la cercanía con Rosario para alcanzar con ella la cercanía con la otra, la verdadera dueña de sus anhelos inalcanzables. En su necesidad de ver, aunque fuera momentáneamente, a Caridad, eran repetidos sus encuentros con Rosario, hasta el grado de irse familiarizando paulatinamente con esos accidentes, que cada vez se fueron dando con más frecuencia. Ponerse a espiar los movimientos de Caridad daba por resultado, casi siempre, encontrarse en la ruta de sus atisbos con la figura morena de Rosario, la que al parecer nada hacía por evitarlo, sino que, por el contrario, cada vez se fueron haciendo más repetidos los «casuales» encuentros entre ambos. Llegó un momento en el que este estado de cosas se convirtió en algo natural. Díaz Colombo perseguía ansioso la figura dorada de Caridad y a la vuelta de cualquier esquina de la casa, de la calle, del viento, chocaba con los contornos de una Rosario cada vez más atenta y sonriente con el inquilino de su padre. Qué rendija no sirvió para poner la pupila alerta, a caza de la preciada figura; qué cortinaje no fue utilizado como telón de disimulo para perseguir el paso del ángel inalcanzable, pero detrás de todo ello, al final, siempre aparecía la sonriente cara de Rosario, que solícita pronunciaba los «buenos días», las «buenas tardes» o las «buenas noches» con una actitud de atención que la otra estaba muy lejos de tener. El caso es que ni el propio Díaz Colombo supo en qué momento llegó al trance de boda con Rosario Rosellón. Daba la impresión de que el propio padre, don Hernán Rosellón, estaba de acuerdo en el acercamiento entre Pedro y Rosario, quizá pensando en que de esa manera colocaba de la mejor forma a su hija, la morena, para dedicarse así en cuerpo y alma a la pasión de su

vida..., a su hija, la rubia. De esa manera, todos sus cuidados se centrarían en Caridad, para ella serían finalmente todos los esfuerzos de su existencia, todas las atenciones y todos los mimos, su vida entera. Rosario, por su parte, quizá pensaba que con esa boda favorecería su cercanía con un hombre que le podía ser muy útil para desentrañar los significados de las pesadillas que a últimas fechas le agobiaban. Pedro era un hombre que —según se había enterado— estaba haciendo investigaciones sobre lo acaecido en el pasado de Ciudad Real, y era exactamente lo que ella necesitaba para indagar asuntos que en la vida diaria se convertían en temas impenetrables, pero que cada noche se le volvían materia de sus sueños más inquietantes. Sentía que necesitaba la cercanía con ese hombre. Ella podría influir en la dirección de sus investigaciones, llevarlo por el camino que a ella más le conviniera y empezar así a desentrañar misterios que dormían en el ayer, como se lo decían cada noche sus angustiados sueños. Un hombre que se dedicaba a revisar cuestiones de la historia —pensaba ella— era el más adecuado para hurgar acerca de eso que venía soñando y cuya verdad podía encontrarse en los papeles que el investigador manejaba todos los días. Ese fue el verdadero motivo de la boda de Rosario Rosellón con Pedro Díaz Colombo.

Por parte de él, ahí no hubo otra razón que la de no perderlo todo de golpe, pues el casarse con ella le daba la oportunidad de mantenerse lo más cercano posible a su verdadero amor, aunque el mundo de Rosario Rosellón estuviera más cercano al mundo de los criados que al de la coletada con la que se rozaba la familia. Así fue como Rosario Rosellón y Pedro Díaz Colombo contrajeron nupcias. Para ellos no hubo ceremonia de lujo; para ellos no se abrió el templo de Santo Domingo con su púlpito y sus interiores forrados con hojas áureas; para ellos no hubo los grandes presentes ni brocados finísimos ni vajillas realizadas en metales preciosos extraídos por los indios de Taxco o Guanajuato, lugares

tan lejanos; para ellos no hubo el desfile de indios esclavos rezando en tzotzil sus parabienes, caravanas interminables que se hacían presentes cuando algún potentado del lugar se casaba o tenía un hijo; para ellos no hubo aquellas interminables noches de danza con tambor y chirimías en las que los indios celebraban con las tonaditas arrancadas al monte las bonanzas de sus amos; para ellos no hubo el prodigado reparto entre la indiada del «chucho con rabia» ni del aguardiente venido de Comitán para los días grandes; para ellos no hubo obispo traído desde Guatemala para la realización de la ceremonia religiosa; para ellos hubo apenas los oficios de un cura pobre que nada tenía que ver con las enormes posibilidades en metales preciosos de don Hernán Rosellón; para ellos no hubo campanillas de oro ni incensarios de plata; para ellos no hubo nada de eso; para ellos solo hubo parquedad, circunspección; para ellos no hubo ni la presencia siquiera de don Hernán, que ese día tuvo que salir con urgencia a arreglar alzamientos de indios en las afueras de la ciudad.

La madre de Rosario había muerto al dar a luz a esta. Al respecto había una serie de rumores, pues mientras algunos decían que las condiciones del parto habían sido normales, muchos aseguraban que el alumbramiento había tenido lugar en el interior de las grutas que se encuentran a diez kilómetros de la ciudad, a donde Hernán Rosellón había enviado a parir a su mujer con el ánimo de no volver a saber más de ella. Si esta última versión era cierta, entonces Rosario Rosellón, la que nació al morir su madre, era una auténtica hija de la tierra, pues había nacido en el oscuro vientre de la roca, había sido dada a luz en la más profunda entraña de la tierra. Sobriedad. Ese fue el signo de la boda entre Rosario y Pedro. Así empezó la vida de la nueva pareja. Pedro, eso sí, pasó de vivir en el cuartucho de teja que como inquilino le había designado en un principio don Hernán a hacerlo en una casita de mayor formalidad dentro de la misma construc-

ción enorme en donde emperadores eran dos de los ahora cuatro miembros de la familia Rosellón, don Hernán y su hija Caridad. Privilegiada se había vuelto la situación de Díaz Colombo en el sentido de que ahora podía estar más cerca de los movimientos de Caridad, al fin de cuentas eran ya cuñados, y aunque el mundo que se le había impuesto a Rosario era el de la convivencia con la servidumbre, momentos había en los que la vida matrimonial ponía a Pedro con cierta frecuencia en condiciones de espiar mejor los movimientos de su idolatrada cuñada. Caridad, por su parte, siguió tratando a Pedro como a un objeto con el que se tropezaba de vez en cuando sin el menor significado para ella. No se podría decir que el matrimonio Díaz Rosellón era un estallido de dicha, desde un principio hubo en la pareja una relación más bien fría, de alguna manera lejana, lejanía que ambos esperaban que se fuera acortando con el trato. Por lo pronto, empezaron a salir juntos a los oficios religiosos y a algunas fiestas en los diferentes barrios de la ciudad, fiestas a las que Caridad era imposible que asistiera. Sin embargo, había ocasiones en que la pareja no funcionaba como tal, y era cuando Rosario desaparecía horas enteras con el viejo sirviente Pedro Díaz Torcaz. Juntos se los veía, según versiones de coletos escandalizados, en barrios como el llamado Mexicanos o también como el denominado Tlaxcaltecas, en donde se decía que se llevaban a cabo prácticas de brujería. A estos rumores Díaz Colombo no les dio nunca la más mínima importancia y a cambio se dedicaba a seguir clasificando los materiales necesarios para sus investigaciones históricas... y a tratar de espiar, lo más que se pudiera, al verdadero amor de su vida, Caridad Rosellón. Por lo que correspondía a la lejanía entre Rosario y él, ya se iría aboliendo a fuerza de caminar juntos por la ciudad. Y así caminaron hacia las diferentes direcciones. Lejanos pero cercanos andaban del brazo por el puente del Peje de Oro; si alguna vez visitaban los molinos, en otras se les veía

por la capilla de la quinta del Aserradero, o bien por el Arcotete formado por el río Almolonga, o bien entre las piedras abandonadas de Moxviquil. Eran frecuentes sus incursiones a las iglesias del Calvario y de la Merced; varias veces visitaron a las monjas de la Encarnación a un lado de la torre mudéjar. Durante los días de niebla preferían quedarse en casa y permitir que fueran los fantasmas, que siempre esperan, los que se apoderaran de las calles de la ciudad con sus rumores, con sus bisbiseos, con sus lamentos o sus enormes carcajadas, con sus oraciones y, una vez que se levantaba la neblina dejando al descubierto los nuevos muertos, volvían a visitar juntos los diferentes sitios del valle de Jovel. De cualquier manera, era obvio que había frío en medio de los dos seres, el de ellos era un acercamiento con la lejanía en medio. Así los vio Ciudad Real por los diferentes barrios, por los diversos parajes, siempre cercanos, siempre distantes, tratándose con respeto, pero sin pasión. Mientras, Caridad Rosellón seguía desgranando sus días rodeada de formas aristocráticas, de actitudes principescas que en nada se parecían al tipo de vida asumido por su hermana, ahora casada con alguien que para Caridad era nadie. Ni siquiera el amor mal correspondido que sufría Díaz Colombo le despertó un mayor calor hacia su esposa Rosario y así, en esas condiciones, los dos esposos se siguieron dejando ver por los moradores de la fría ciudad neblinosa. Calles transitaron los casados de norte a sur, de sur a norte, de este a oeste, de Santo Domingo a la Casa de la Sirena, del quiosco central al camino para San Juan Chamula. Ciudad Real vio su soledad en pareja. «¡Por el pío convento de las niñas recogidas de Santa Rosa de Viterbo...!», dijo entre bufidos don Hernán cuando se enteró de las pretensiones del periodista para con Rosario y, contra lo que se esperaba —un arrebato bestial, un torrente de malas palabras, un sacudimiento telúrico—, el viejo reaccionó dando su consentimiento ante el asombro de todos y más que de nadie del propio Pedro Díaz

Colombo y del indio Pedro Díaz Torcaz, testigo de la escena. Así fue como, después de una ceremonia fría, sin más hechos relevantes que el sí que los contrayentes pronunciaron ante el cura —no hubo obispos ni otros relucientes prelados—, se les empezó a ver juntos por calles y plazuelas, fríos pero atentos entre ellos. Subieron y bajaron sobre las angostas aceras, desafiaron la neblina con sus fantasmas dentro, resistieron los fríos y supieron de las noches de luna en las que Pedro Díaz Colombo veía absorto cómo los rayos de plata bajaban del cielo para reflejarse intensamente en los ojos de Rosario. Era como si el brillo de las pupilas de su mujer reflejara la misma luz que arriba emitía el cuerpo celeste, los rayos aéreos repetidos en la tierra, en el fondo de dos pozos profundos, llenos de misterio. Iba y venía la pareja tratando de convertirse con el roce diario en un matrimonio de verdad. Se les vio tantas veces transitar desde la calle del Reloj hasta la torre mudéjar, desde la plaza Central hasta la salida a Tenejapa, desde su frío a solas hacia una posible comunión. Asistieron tanto a fiestas privadas como a las ceremonias públicas en las que, después de levantada la temible niebla, salían clérigos y pueblo a la calle a integrar las procesiones que llevaban al santísimo en vanguardia para dar gracias por el hecho de que San Cristóbal siguiera viviendo en medio del helado valle.

La pareja llegó incluso a tomarse de la mano en aquellas caminatas, a decirse cosas al oído, a alentar ciertas intimidades mientras se desplazaban por los diferentes barrios de la ciudad. A veces hasta parecía como si el fantasma de Caridad hubiera desaparecido de la mente de Pedro Díaz, aunque el frío, invariablemente, la volviera a traer y a introducirla por sus poros. Pedro y Rosario caminaban y la ciudad se abría escenario para que fueran en ella espectadores y actores al mismo tiempo. En una de esas caminatas fueron testigos del inicio de la gran tragedia que se iba a recordar por mucho tiempo en el valle. Habían

asistido a la *dominica in albis* de ese año de gracia. Las horas de nona, vísperas y completas eran rezadas con devoción por los frailes de Santo Domingo, que ocupaban la extensión del coro. Los rezos y la majestuosidad de los cantos gregorianos llenaban el ambiente envuelto en un hondo misticismo. En esos sonidos sacros se sumaban los tiempos, los del cielo y los de la tierra, y la historia del hombre y sus deidades se volvían una sola flotando sobre la celestial corriente del «Dios te salve, María...». La santificada ceremonia inundaba las almas de recogimiento y en ese instante parecía que todas las bondades del cielo hubieran bajado a bendecir un mínimo punto de la tierra convirtiéndolo en su centro. Después del canto y del rezo, los frailes bajaron del coro a formar el desfile que se desplazaría en acción de gracias hacia la catedral para de ahí volver por calles paralelas al templo de Santo Domingo. Salieron cantando, llevando en andas el cáliz del Señor. A su paso, las mujeres se arrodillaban elevando preces al creador o simplemente se persignaban y repetían para ellas sus oraciones más cercanas. El desfile era imponente, porque a él se habían ido sumando personas que a esa hora transitaban por el lugar. Las calles por donde desfilaban se habían convertido en una larga cadena de cantos y era como si el cielo y la tierra en esos momentos fusionaran sus asuntos de manera indisoluble. «Mira, Señor a tus hijos, que te veneran, míralos buscando tu alta gracia y solicitando tus perdones. Míranos, Señor, adorarte con todo lo que humildemente somos...». Los frailes, adelante, formaban una masa compacta de paso lento; sus cantos en latín recibían el responso de pequeñas frases en el mismo idioma, repetidas de memoria por el gentío. El desfile se iba desarrollando sin el menor contratiempo, todo era normal dentro de este tipo de ceremonias, graves, mesuradas. La procesión había caminado apenas unas calles cuando de pronto sucedió lo increíble, lo inesperado. El cielo se llenó de una intensa luz, enceguedora, totalmente

fuera de las luces acostumbradas en el planeta, algo desmesurado, una masa de fuego convertida después en una flecha que fue a dar a la mitad misma del cáliz del Señor partiéndolo en dos con una pavorosa detonación. Todo se cimbró, cosas y gente, empujándose ante la gran furia, bajo el gran estruendo. El rayo en seco, desproporcionada fuerza vertical, partió el cáliz y chamuscó el ara que transportaban los desfilantes. Los frailes perdieron la compostura y corrieron a refugiarse en el interior del convento de Santo Domingo mientras el resto de la gente, unos corrían, otros se hincaban y oraban dominados por el susto. Pedro y Rosario se abrazaron por primera vez con inusual fuerza. El rayo había sido la señal; a los pocos minutos de haber despedazado cielo, cáliz y ara, se inició aquella lluvia que se convertiría en otra de las graves páginas de esta historia.

Cuando empezaron a caer los primeros goterones, nadie imaginaba que los cántaros de Dios se iban a volcar con tanta furia sobre la tierra. El hecho se inició como una lluvia normal, de esas que fertilizan el valle con su agua buena. Había empezado la precipitación con el descenso del rayo que había quebrado por la mitad el ara divina y, después de desatado el primer aguacero, siguió la cadena de una precipitación cada vez más intensa bajo de un cielo que de pronto se cerró con nubes oscuras, cargadas de furia. El cielo emponzoñado de oscuros se volvió un cerrojo innoble sobre el valle. Agua, más agua, más agua, más agua fue llenando los minutos, las horas de una ciudad decidida a recibirlo todo del cielo, lo bueno y lo malo. Los minutos, las horas y después los días cedieron espacio a un fenómeno de la naturaleza al que la gente, asustada y recogida en sus hogares, empezó a llamar, cada quien desde el interior de cada casa, como el «diluvio universal». Se trataba de una lluvia total, sin nada que pudiera anunciar su próximo término. Era una especie de zumbido interminable que caía sobre los tejados como deletreando viejas histo-

rias del rumbo. Quizá por aquellos tejados resbalaban ahora los cientos de fantasmas agazapados en los techos esperando entre el frío a que la niebla descendiera para volver a adueñarse de las calles. Nadie antes había visto caer tanta agua sobre las tierras del Señor. Aquel rayo seco que se precipitó sobre la columna de frailes de Santo Domingo había marcado desde los cielos despoblados la señal para que esos mismos cielos se empozaran con un agua que parecía no tener término y que estaba haciendo que las mujeres de mayor edad empezaran a sacar sus rosarios y sus libritos de rezos en afanes de conjuro. Por ahí, por el conducto de los rezos, es que fue entrando el miedo en el alma de los pobladores. Pero más allá del miedo y del rezo se levantaba sobre Jovel una terrible realidad. Aquel realmente era el gran diluvio. Tal parecía, dijo el escritor Trens, que la divina justicia quería volver a destruir aquella tierra como en tiempos de Noé con otro universal diluvio. La furia desmedida de las aguas hizo que los ríos y los arroyos fueran creciendo tanto, tanto, hasta salirse de sus cauces, y si un rayo en seco había sido el principio de todo esto, ahora, bajo los atormentados días, era notoria la ausencia de rayo alguno, de ningún relámpago que, como decían los viejos, anunciara el próximo fin del temporal. Los cauces del cielo parecían no agotarse nunca y los hijos de Ciudad Real parecían condenados a una de las peores tragedias en el rumbo. Agua más agua más agua sobre el agua y así se acostaban y así despertaban los moradores de Jovel. Sobre el lomo de los montes venían rodando las nubes negras y rodando bajaban resueltas en agua sobre el valle. Las masas de agua fueron rodando del río a la ciudad y las calles de esta eran ríos también por donde empezaban a flotar los primeros animales muertos. Las tierras del valle se aflojaron con tanta agua, y las poderosas corrientes que se formaban con la imparable precipitación empezaron a arrastrar — junto con la desesperación de los animales— palos y basura; empezaron a arrastrar, a arrasarse, a rastrear lo que a su paso encontraban.

Enormes troncos apenas cabían en la angostura de las calles y, sin embargo, la descomunal fuerza de la corriente los hacía pasar derrumbando puertas y ventanas.

Adentro de las casas la gente rezaba, rezaba... No había relámpagos en el cielo. Solo era aquel sonido monótono con que el aguacero descendía sobre las techumbres y el ronco fluir de los raudales en el que se habían convertido las calles haciendo el pavor en el pecho de indios y coletos. Era un retumbar de la corriente amenazando con derrumbar muros y edificaciones, y es que el aforo empezaba ya a arrastrar los muebles de los interiores de las primeras casas y sobre los cauces revueltos con lodo flotaban troncos, muebles y los primeros ahogados arrojados sobre piedras y paredes como objetos inanimados, entregados a la brutal furia de la naturaleza. Y el cielo daba más y más y parecía que de sus fuentes no se vería fin alguno. Esto era el fin del mundo, algo que ni la niebla había podido lograr, aunque sí, el mundo ya había sido destruido por lo menos un par de veces entre las faldas de la espesa niebla, pero ahora la amenaza del agua era más imponente, porque los seres no estaban tan familiarizados con este tipo de muerte como lo estaban con la otra, la de las volutas blancas y grises, que tan frecuentes eran para Jovel. Cuando el cielo y la tierra se juntan, la desgracia no tiene límites. Eso era lo que ahora estaba sucediendo, las aguas del cielo y las aguas de la tierra se habían juntado con el pueblo de Jovel en medio. Cualquier cosa podía esperarse y la gente lo sabía, y en su infinita impotencia no le quedaba más recurso que el del rezo, aunque haya sido en medio del rezo cuando se desgajara aquel rayo de en medio del cielo seco.

Ahora la fuerza de las aguas ya había alcanzado los bordes de las altas banquetas y empezaba a penetrar en los interiores de las casas mientras hombres y mujeres, asustados, hacían por desalojar las turbulencias con el empleo de cubetas, botes y rezos. Cada

vez crecían más los oleajes indomables y el cielo no paraba, parecía un ojo furioso por donde se desaguaba el universo entero como lavando penas y culpas, como queriendo destruir lo construido para empezar un nuevo tiempo. El desagüe de la ciudad se hacía normalmente por una salida natural a la que se denominaba el Sumidero, en el sureste de la ciudad; ahí la acción del agua había formado a través de los siglos una gran boca por donde se desalojaban las corrientes residuales. Las aguas y el tiempo habían creado esa vía y hacia ella descendían los impulsos comprometidos con la fatal ley de la gravedad. Al pie de la prominencia denominada Ecatepec se encontraban unas enormes piedras por donde se resolvía el desagüe de la ciudad formando ahí corrientes subterráneas que salían a la superficie treinta kilómetros más adelante junto al pueblo de San Lucas. El diluvio seguía en su apogeo mientras que los troncos, la basura y el cieno que había arrastrado la corriente con la crecida de los arroyos empezaron a taponear las bocas del Sumidero. El espanto creció entre la gente, pues, con las salidas tapadas, el agua fue elevando su nivel sobre el valle y este se había convertido ya en una inmensa laguna en turbulencia que empujaba con su masa líquida acumulando mayores estorbos en las pétreas coladeras.

Los hombres más audaces, junto con las preocupadas autoridades, reaccionaron en medio de aquellas fuerzas desatadas y empezaron a decidir acciones para aliviar en lo posible la mortal situación. Lo más asombroso era que en medio de las aguas sin gobierno existía la comunicación entre los seres; como ecos que tramonaban las corrientes furiosas para hacer una cadena de voces y oídos, una red increíble de información se tejía entre los habitantes. Así se supo, en medio del contratiempo, que el barrio de la Merced estaba ya copado por las aguas y el poblado de la Primavera se había convertido en laguna de donde emergían desesperadas las ventanas de las casas. En medio de estos avatares, Pedro Díaz

Colombo se puso a disposición de las autoridades para intentar los que resultaron heroicos actos de salvación de seres y pertenencias. Por su parte, don Hernán Rosellón de Alvarado y Goudimel, seguridad de amo esta vez humillada por la naturaleza, solo bufaba mientras se chicoteaba las piernas enfundadas en piñeras abombadas de color café claro y caminaba para un lado y otro de su oficina. De vez en vez se alisaba el bigote abultado y masticaba difícilmente su inseparable expresión, «¡por el pío convento de las niñas recogidas de Santa Rosa de Viterbo!», mientras seguía para allá y para acá en monótono deambular. Caridad lloraba y rezaba encerrada en su alcoba. Rosario, más entera frente a la contrariedad, salió de sus habitaciones para buscar en las galeras de los sirvientes al misterioso Pedro Díaz Torcaz y sumarse a sus expresiones en tzotzil en medio de emanaciones aromáticas y de un extraño sonido de flauta que parecía venir del más allá y al más allá regresar entre los humos y las palabras. Sobre el piso de la galera yacía una gallina degollada rodeada de cruces de ceniza y dos velas encendidas, una blanca y otra negra, amarradas ambas por un listón rojo cuyo moño también formaba una cruz. Díaz Torcaz y Rosario hablaban al unísono en idioma indio y el sonido de la flauta parecía elevar el rumor de sus palabras. ¿Qué decían las parrafadas aquellas repetidas a dúo en voz alta? Solo ellos, Rosario y Díaz Torcaz, lo sabían; eran palabras que venían de muy lejos en el tiempo, que habían tramontado los siglos y que seguían ahí, vivas, invocando la magia, la que arregla y desarregla las cosas entre los seres. Fue bajo la amenaza de la furia imparable de las aguas y después de cumplidos los ritos ocultos que Rosario habló con su marido y le propuso que ambos salieran a las calles para ver en qué se podía ayudar a la población, y así fue como ambos se hicieron a la lluvia y al viento. En la primavera la inundación llegaba hasta el monasterio de las monjas, entonces se formaron cuadrillas para sacarlas de ahí y conducir las, en medio del tempo-

ral, a los altos del convento de Santo Domingo, desocupados para el caso. Pedro Díaz y Rosario se amarraron una soga a la cintura completando la cuadrilla de rescate. Así, lentamente, se inició el desalojo, las monjas eran arropadas y conducidas en improvisadas canoas a Santo Domingo, en donde eran atendidas de inmediato por los monjes, concentrados en el refectorio de la planta baja. En uno de los afanes una de las monjas cayó al agua, Pedro Díaz no pudo hacer nada, porque la soga a la que estaba unido a los demás se lo impidió, y entre los gritos de terror de la religiosa y los de desesperación de los salvadores, vieron cómo el agua arrastraba a aquella mujer hacia los sumideros de Ciudad Real.

Aquellos agudos gritos desprendidos de la angustia de la mujer fueron desatando las amarras de la niebla y entonces de las serranías cercanas empezó a bajar el complemento de la tragedia, la muerte blanca sobre la muerte de agua. Volúmenes y perímetros se empezaron a cubrir por esa materia intangible y enceguecedora y las actitudes de salvamento se convirtieron paulatinamente en actos a tientas mientras las calles se llenaban con los aullidos, los ayes y las imprecaciones, con gritos de miedo y lamentos dolorosísimos con los que siempre se acompañaba la niebla descendente, trayendo en su seno a los fantasmas pasados. Otra vez el miedo colectivo, pero ahora envuelto entre los tumbos del agua, agua feroz que arrancaba de raíz enormes árboles que a su vez iban arrastrando lo que se encontraba a su paso. El pavor se complementaba con el rugido de la corriente bajo el marco de una lluvia incesante que zumbaba entre las casas y las conciencias amedrentadas, que no le veían fin a aquel desastre. Rosario estuvo a punto de ser arrebatada por la corriente en varias ocasiones, pero Pedro Díaz Colombo lo logró evitar con el uso de unas lianas que flotaban entre palos y que sirvieron finalmente de lazo salvador. El resto de la cuadrilla se había desatado de las sogas originales que les ataban por la cintura con el fin de alcanzar mayor indepen-

dencia de movimientos en medio de aquel desasosiego. Rosario y Pedro, aun viviendo situaciones difíciles en que ya el uno, ya el otro, parecían ser tragados por la corriente, persistían en su afán de ayuda tratando de rescatar personas y pertenencias en medio de la niebla y las escalofriantes voces que la atravesaban. Ambos lograron subir sobre un tronco a flote y desde él pretendían actitudes de salvamento. Flotando alcanzaron a ver la cabeza de un indio que por momentos se hundía, pero de pronto volvía a emerger a la superficie. Se acercaron lo más que pudieron a él, hasta donde la visibilidad lo permitía, y le arrojaron la liana salvadora, pero el indio no hacía nada para asirse de ella; sin embargo, sus gestos de desesperación eran grandes hasta que el agua lo volvía a copar. Procuraron juntar lo más posible el tronco hasta donde el indio sacaba y hundía la cabeza. Después de muchos esfuerzos, ya que la corriente los emparejaba con aquel hombre, pero de la misma manera los volvía a alejar, lograron asirlo de los cabellos y al sacarlo a la agitada superficie para subirlo al tronco se percataron de que aquel individuo no había hecho por agarrarse a la liana porque se trataba de uno de los fantasmas que había traído la niebla y que ya flotaban sobre el agua. Y es que el indio aquel estaba atado de pies y manos a un madero en donde seguramente, en épocas pasadas, había recibido tortura, por eso no se podía asir de la liana. Ante el horror de Rosario, Pedro Díaz soltó aquella cabeza angustiada, que volvió a ser tragada por la turbulencia.

—¿Por qué? —preguntó Rosario desesperada.

—Porque estamos aquí para salvar vivos, no para salvar muertos —respondió Pedro Díaz desde su fatiga.

Pero escenas similares se repitieron en diferentes ocasiones, pues entre los vivos que pedían auxilio en el interior de la niebla aparecían también indios mutilados por la lanza o la espada u hombres ahogándose bajo pesadas armaduras que habían servido

durante batallas del pasado. Así encontraron en medio de la turbulencia a un individuo sin cabeza y a otro con una gruesa sogá amarrada al cuello, braceando con desesperación entre la angustia de los vivos. Los demonios y los fantasmas se habían desatado sobre la tierra. En la galera que habitaba el indio Pedro Díaz el suelo se había empezado a humedecer y el agua ya casi alcanzaba los litorales de la sangre de la gallina degollada, era asunto de milímetros. Las dos velas, la blanca y la negra, estaban a punto de consumirse cuando se difundió la noticia de que acababa de llegar a Ciudad Real una cuadrilla de indios de Chiapa de Corzo, gente de río, experta en buceo, que como un milagro para estas tierras había arribado para ayudar a la salvación. Los indios buzos fueron dirigidos al Sumidero para emprender las labores de desahogo, para limpiar de troncos y barro y basura y cuerpos de animales y de gente las grandes coladeras de la ciudad. En poco tiempo empezó a bajar el nivel de las aguas y, como siguiendo el derrotero de los buenos signos, la lluvia procedió a menguar mientras en el cielo se escuchaban los primeros rayos anunciando el fin del temporal. Los hechos sucedieron repentinos, pues la neblina y su carga de fantasmas también iniciaron su retiro en una noche en la que solo se oía el rugir de las aguas que se deslizaban hacia el Sumidero. Los ecos de los fantasmas, ahora en suma con los nuevos ahogados que había dejado el temporal, se fueron replegando hacia los montes o quizá quedaban invisibles caminando por las calles hasta esperar la nueva visita de la niebla para volver a tomar peso y dimensiones en el interior de ella.

Después de estos hechos, Rosario y Pedro se empezaron a sentir más cercanos, la desgracia los había unido mientras arriba la luna redonda y clara brillaba sin velo alguno, como una radiante sacerdotisa abriendo la página de un nuevo tiempo para el valle.

La fiebre

Pedro Díaz Colombo se ve desde afuera. No trae el brazo rojo ni caliente. Su brazo está normal. Los muebles y lo demás que le rodea parecieran ser de otros tiempos, objetos de lejanas referencias. Su mujer, Rosario, sale con mayor frecuencia con un indio al que le falta la oreja izquierda, Pedro Díaz Torcaz. Hay gente que dice haberlos visto en las grutas que se encuentran en un lugar que andando los años va a ser conocido como Rancho Nuevo. Otros dicen que sus visitas son a los barrios Tlaxcaltecas y Mexicanos, en donde habitan los brujos de la región. Díaz Colombo no sabe de qué escribir. Se le confunden las fechas, los tiempos, las eras. Sabe que escribe para un periódico, pero no existe corresponsalía alguna de ningún periódico en el siglo en el que se encuentra. La confusión es grande dentro de su cabeza. Pero él está ahí, como un habitante más de la ciudad que se extiende sobre el valle de Jovel. Muchas cosas ha estudiado acerca de estos lares. Ha sido beneficiario de una enorme biblioteca de donde ha sacado datos y veracidades. Pero ¿de qué biblioteca se trata? ¿Quién tiene una enorme biblioteca en estas tierras sin ser clérigo? En esta ciudad de tragedias y de inundaciones no hay nadie que se llame Prudencio Moscoso ni que sea Virgilio entre grandes estantes cargados de

libros. Eso quizá sea en el futuro, en el cambio de otro siglo. Pero ahora, por ahora, en esta hora, quien cavilando se encuentra no conoce de esos devenires ni su cuerpo está minado por la fiebre. Pedro Díaz Colombo se llama, ¿o Cuscat acaso, que es la palabra india que significa ‘palomo’? Él no ha visto encapuchados con rifles de palo cruzando las calles. Ni su cuerpo ni su mente están en ese tiempo. Él ha visto a su suegro Hernán Rosellón de Alvarado y Goudimel golpeando la espalda de los indios con un látigo. Él ve por rendijas y veladuras a su cuñada Caridad vivir su vida de princesa, altiva ella, despreciativa con los demás, inalcanzable por nadie. Él asiste a los festejos de la familia, cuando en fechas especiales don Hernán manda traer desde Bochil chanfaina de borrego, elaborada con vísceras, jitomate, chile ancho, pimienta de Castilla y tomillo. Pero no ve cuando don Hernán enfurece, «¡por el pío convento de las niñas reco...!» y corta las orejas a sus sirvientes. Díaz Colombo, en cambio, quiere ser servicial con los vejados. Y estos se convierten en los principales si de salvar gente se trata entre los oleajes de alguna inundación. Rosario, su esposa, lo ve poco, pero cuando están juntos le insiste en que escriba la crónica de los despojados, de los que todos los días mueren en el valle víctimas de hambre, de dolor o frío. Pedro sospecha de su mujer, cada vez está más cerca de creer que participa en actos de brujería y que guarda un catálogo de hechos relacionados con asuntos del más allá. Está en épocas en que las piedras hablan en los caminos, en que las milpas oran al entrar en contacto con el viento, en que por las noches los Cristos se desprenden de sus cruces y caminan por las poblaciones aconsejando a los indios para que se alcen. Está en épocas de prodigios en los que las cosas del cielo hablan en la tierra. Y en que todo puede suceder, y sucede ante sus desorbitados ojos. Tierra de magia es esta y él es parte de esa magia. Por eso no le duele el brazo, por eso no lo tiene hinchado ni rojo. Por eso piensa que siglos después va a conocer

a don Prudencio Moscoso y van a platicar de estas cosas de hoy. Sin embargo, se ve sentado frente a los grandes tomos escritos por los sabios, desentrañando tanto lo que ha sucedido por estos parajes como lo que va a suceder en siglos venideros. Esos libros son como espejos que miran al pasado y al futuro y por ellos Díaz Colombo sabe lo que ha vivido y lo que va a vivir. Ahora mira a su mujer en el interior de la enorme gruta. Rosario reza junto con Díaz Torcaz.

Yajval ch'en, Yajval vitz, Yajval te'tik, Yajval k'ak'al, ak'bikun me, pertonuk me, ta jtaot ta k'op, ta xkaptaoxuk, ti vo'oxuke, ti ta aye, teme yaluk ta lum... Señor de la cueva, Señor del cerro, Señor de la montaña, Señor del día, concédanme, perdonenme que yo dirija mi voz, mi ruego hacia ustedes, para que sufra lo doloroso de un gemido, cáigase sobre la tierra su cuerpo, su esencia, ya que brinca, ya que camina. Pero veamos si algún día le llegue la enfermedad, la maldición del mañana, del pasado; en la mañana; en la tarde; que aquí acabe, que aquí disipe su existencia, su vida, sobre la tierra del hombre aquel; concédanme tres poderes para acabar, para terminar, permitidme tocarle su cuerpo, su esencia, su espíritu, su alma, su nagual; sea en su sueño, sea en el descanso; que al amanecer no se levante...

Y fuera de la gruta muere el caxlán mordido por la serpiente; muere el coletto desbarrancado, muere el finquero ahogado en las aguas del río. Y Pedro Díaz Colombo se ve desde afuera junto con su mujer, adentro de su rezo. Desde afuera se ve a él mismo y ve que no es él, Díaz Colombo; que está junto a su mujer, sí, pero que es Díaz Torcaz, el indio Pedro Díaz Torcaz, y que le falta una oreja para oír los verdaderos ruidos del mundo... La fiebre...

El día: miércoles, 12 de enero de 1994
Balazo: rebeliones indígenas en Chiapas
Cabeza: los muertos de María Candelaria

Los documentos etnográficos señalan que de 1680 a 1734 el pueblo de Cancuc, foco principal de la sublevación zendal de 1712, quedó a un grado menos de ser exterminado totalmente.

Con motivo del cambio de siglo, desde 1695, por las diferentes regiones de Chiapas empezaron a surgir todo tipo de predicadores, videntes, profetas, contactos humanos entre los pueblos indios y el más allá. Por doquier había piedras que hablaban, árboles por donde descendían las palabras del cielo; aparecían vírgenes y desaparecían aquellos que no tenían temor a las fuerzas divinas. De las hogueras salían voces misteriosas que anunciaban el fin del mundo, que prevenían sobre futuros torrentes de sangre, que hablaban de cataclismos y de profundos cambios en el orden hasta entonces existente.

Por esas fechas, un prominente hijo de españoles, pero nacido en Comitán, afirmaba que la estrella que luce en la frente la

imagen de Santo Domingo estuvo destellando por espacio de varios días expresando un lenguaje que era necesario que los teólogos estudiaran para que la población conociera el significado de tales signos.

Ese fue tiempo y tierra de aparecidos, espantos, de seres del más allá que venían a la tierra a prevenir acerca de un posible y cercano fin del mundo. De la costa subían también los ecos de toda una cauda de espantos, consejas venían de tierras en donde paseaban como en su casa los Cadejos y los Sombrerones, las Lloronas y las Cochas Frenadas, fantasmas todos estos encargados de meter susto en el ánimo de la gente buena.

Pero lo que sucedía en el centro de Chiapas estaba fuertemente imbricado con las imágenes religiosas, y las voces que de ellas se escuchaban empezaban a hablar de un fin del mundo para la aparición de otro, en donde los favorecidos celestiales serían los que ahora pagaban tributos exorbitantes y cubrían jornadas de trabajo absolutamente inhumanas.

En realidad, el cataclismo se aproximaba. Las lomas y las cañadas, las vastas planicies, los parajes más distantes y los ríos más cercanos pronto se iban a ver regados con sangre. El universo estaba a punto de parir la gran tragedia en la que todos se iban a ver involucrados.

Lo que se acercaba era la respuesta violenta a un sinfín de abusos que se habían estado cometiendo en contra de las diferentes etnias que habitaban la extensa zona. Los finqueros, en su ambición desmedida, abusaban tanto como las autoridades, que estaban para servir a los primeros, sin importar si el derecho acudía a sus decisiones. También estaba el abuso de los clérigos aumentando el monto de los diezmos o estableciendo un sistema de educación que se basaba principalmente en palizas si el educando era de origen indígena. Todo eso favoreció el afloramiento de las voces del más allá y la proliferación de sectas que se reunían

a escuchar cómo los granos del maíz y del cacao hablaban y señalaban la necesidad de un cambio de cosas sobre la tierra.

Ya eran tiempos en los que sucedían hechos como el acaecido a doña Magdalena de los Ángeles, viuda de Domínguez de la Peña, dueña de una gran cantidad de fincas y propiedades altamente productivas, señora de alcurnia que terminó enriqueciéndose gracias a una aguda escasez de maíz que azotó por esas fechas. La mujer era especialmente egoísta con los más pobres. «Si pagás tendrás, si no hay paga, andate de aquí, indio mugroso», eran sus palabras habituales. Con base en extorsiones, chantajes a los de su clase, usuras y otras malas artes por el estilo, ganaba dinero que guardaba en un ropero, dentro de un jicalpestle con flores dibujadas en laca. Un día, cuando creyó que el recipiente ya estaba lleno, lo sacó del ropero y lo que encontró fue un jicalpestle rebosando sangre.

Esto que sucedía en San Cristóbal tomaba camino, eran asuntos que se iban contando de población en población y así era como iban ascendiendo las serranías. Por todo eso las voces del más allá clamaban justicia.

Un día de octubre de 1711, ya pasado el cambio de siglo y, por lo tanto, más cerca del fin del mundo, se apareció la Virgen en una comunidad tzotzil; se le apareció a una recolectora de maíz y días después al marido de esta, pero ya dejando su imagen en un trozo de madera. Los del pueblo de Santa Marta construyeron de inmediato una ermita y hasta allá llevaron la imagen en medio de una procesión con chirimías, tambores y humo de incienso. Dominica López y Juan Gómez había sido el matrimonio escogido por el cielo.

Los españoles los hicieron comparecer ante el Santo Oficio, el que los acusó de idolatría. «Nagualistas», los calificó el alto tribunal, y les decomisó la imagen. La Virgen aparecida en Santa Marta había ofrecido su ayuda para acabar con la explotación que ejercían los españoles, lo supieron todos.

Mientras se juzgaba a Dominica López y a Juan Gómez en Ciudad Real (San Cristóbal de las Casas), la Virgen se fugó y se fue a aparecer a una joven campesina originaria de Cancuc, María Candelaria. La rebelión se inició en Cancuc, alentada por un principal de Chenalhó quien decía haber realizado un viaje al cielo y que de allá regresaba como enviado de Dios Padre. El primer paso fue desconocer los poderes eclesiásticos en Cancuc, el segundo fue dar muerte a los sacerdotes y a los grupos de indígenas que les servían. Sebastián Gómez, apodado de la Gloria, y María Candelaria, la joven llena de milagros, quedaron al frente de sus batallones de desheredados con la Virgen del Rosario como estandarte.

Fueron bajando los sublevados de sus tierras y a su paso dejaban un rastro de sacerdotes degollados y de victimarios convertidos en víctimas a manos de los idólatras que desafiaban el poder del rey y el poder de Dios. El embate fue tan grande que en él quedaron comprometidas treinta y dos comunidades; entre los brazos de la venganza había tzeltales, tzotziles y choles, hartos de la explotación de que estaban siendo objeto.

Para fundamentar aquella inmensa movilización, los alzados desconocieron toda ley que viniera de clérigos y finqueros y crearon mientras tanto su propio cuerpo administrativo y legal, su propia reglamentación social, su propia estructura eclesiástica. Una fuerza real y organizada se había puesto en movimiento para exigir cuentas.

Después de algunos meses de rebelión, la tierra bramó en sus entrañas: impulsados por sus prácticas de idolatría, los sublevados se dirigieron en son de guerra sobre Ciudad Real. Un 16 de mayo, entre los cerros cercanos a la gran ciudad, prendió el grito de guerra. Los hombres bajaban en medio de inmensas tolveneras armados de machetes, lanzas, cuchillos y alguna arma de fuego arrebatada a los primeros españoles atacados.

Pronto se hizo de noche, entonces los habitantes de Ciudad Real se dieron cuenta plena de la terrible amenaza que se cernía sobre ellos. Todas las cercanías que rodean el valle de Jovel estaban iluminadas por las antorchas de los sublevados. Por las veredas bajaban serpentinas de luz, muchas, como si la tierra las vomitara, como si los montes las escupieran, las lanzaran hacia abajo más y más; eran ríos luminosos que descendían amenazantes por cualquier lado hacia donde la vista voltara. Los cerros de San Cristóbal se habían prendido de luces como nunca, pero esas luces eran el resplandor de la venganza, esas luces eran la muerte.

Los primeros finqueros, los alteños, cayeron arrollados por aquella masa en movimiento, ante aquella ira que venía bajando de los cerros. Los explotadores finqueros y sus esposas y sus hijos y sus sirvientes indios y los elementos habituales de seguridad caían despedazados ante aquel torrente formado por la rabia incontenida. Las riquezas acumuladas con las fatigas y los desfallecimientos de los indígenas y que se materializaban en muebles elegantes, finas vajillas, maderas preciosas, volaban hechos añicos por efecto de la furia irrefrenable.

A los finqueros más ruines, a los más voraces, les cortaban las manos con las que habían hurtado el trabajo de los demás y a los pocos minutos los mismos eran arrasados totalmente por la fuerza que descendía a tomar venganza sobre Ciudad Real, la antigua Chiapa de los españoles, la vieja capital de las infamias. En Ciudad Real las familias de los potentados, disminuidas por el susto, apretujadas por la desazón, se encontraban en el interior de los templos esperando la hora final. El terror era el pan de todos ellos. Los indios sublevados, cargando sobre la espalda su «Iglesia de los pobres», iban por la venganza.

A los sublevados se les enfrentó con la guarnición de la propia Ciudad Real, pero también fueron cercados con tropas enviadas desde Tabasco y Guatemala. Además, durante los meses que

duró esta rebelión habían cundido en ellos las pugnas internas — también por cuestiones de idolatría— que los debilitaron hasta la derrota.

La matanza con la que reaccionó el poder salvado nuevamente no tiene parangón en las grandes tragedias humanas. Los documentos etnográficos señalan que de 1680 a 1734 el pueblo de Cancuc, foco principal de la sublevación zendal de 1712, quedó a un grado menos de ser exterminado totalmente.

Rosario corrió los ojos sobre aquellas planas de papel periódico mientras perfumaba el ambiente con su aroma de juncia.

Decí, Pedro Díaz Torcaz, decí cómo es que vos recordás el hilo de estas cosas, cómo es que te las contaron, ¿o vos mismo las viviste?, decí, contá, Díaz Torcaz.

La niebla bajó para cubrir con su grueso telón el fin del mundo, del que mucho se habló en montes, valles y veredas, en las calles mismas de Ciudad Real y que ahora sacudía con violencia seres y paisajes. Telón blanco, gris, sombroso vientre en donde se han incubado los hechos de este mundo de por acá. La densidad aquella protegió los ritos con los que María de la Candelaria, la sacerdotisa niña, convocaba en la región de Cancuc a los de su sangre. Los adoradores de la Virgen del Rosario acudían a oírla hablar por medio de la boca de la niña Candelaria sentada entre humos y veladoras en el fondo de una choza convertida en el eje del movimiento social del poblado. María Candelaria, la que iba a constituir más tarde los «ejércitos de la Virgen», escuchaba a esta tras una enorme gasa que colgaba del techo y que difuminaba la figura de ambas —otra vez la niebla velando los ojos de los mortales, siempre la niebla—. Del otro lado de la gasa, María de la

Candelaria oía a la Virgen y enseguida hacía saber a los presentes cuáles eran los designios celestiales, y estos eran ir a Ciudad Real armados de guerra para arrancarle a los caxlanes lo que estos les habían robado en tantos años. La Virgen del Rosario le hablaba al oído a María de la Candelaria, le decía —para que se lo dijera a los demás— que se acercaba el fin del mundo y que la única manera de conjurar tal hecatombe era volver a establecer la justicia sobre la tierra, ya que todo estaba maldito, todo estaba mancillado por los caxlanes. La Virgen del Rosario les contó por medio de la voz niña de lo sucedido en tierras de abajo, de los fines del mundo antes de estos días, de cuando los caxlanes acorralaron al pueblo en el rincón más profundo del río Grande y ahí le dieron muerte entre estallidos de pólvora y los violentos torrentes. Esas y otras historias que sabía la Virgen del Rosario se las contaba a la niña Candelaria para que esta se las contara a la gente que iba a venerarla atrás de las gasas, entre geometrías de flores aromáticas y veladoras. Los hombres oían con atención mientras se iban armando con azadones y machetes, mientras empezaban a integrar los que serían los batallones de la Virgen. Así, bajo el amparo de la niebla, se inició, como primer paso, la expulsión de los ladinos, los de dos pieles, los de dos caras, los de dos lenguas, los que están aquí y están allá, y así también, fuera del control de la Virgen, empezaron las venganzas personales, las delaciones, afloraron los rencores íntimos y las cosas fueron tomando el color de la muerte entre los propios soldados de la Virgen desde antes de que se iniciaran los combates con el enemigo. Y sí era el principio del fin del mundo, porque lo que antes no se habían atrevido los de Cancun y sus alrededores, ahora sucedía. Los curas puestos por los caxlanes amanecían tirados por los caminos con dagas clavadas en el pecho, en la garganta; los pueblos alzados con el apoyo de la Virgen ya no usaban el dinero con el que comerciaban los caxlanes, se había regresado a las viejas prácticas del trueque o bien

realizaban sus transacciones con granos de cacao, como muy antes lo hicieron los abuelos. Ya no pagaban tributos a Jovel, y eso había enfurecido a la Virgen de los caxlanes, la Virgen de la Caridad, la que iba a salir a los campos y los montes vestida de generala para enfrentar los batallones de la niña María de la Candelaria. Los de Cancuc y sus aledaños fueron a ver a la niña María de la Candelaria para hacer consulta a la Virgen del Rosario, quien respondió desde atrás de la enorme gasa que ya no se debía esperar más tiempo, que el fin del mundo había empezado a caminar sobre los campos y los montes, que era el momento de ir por la cabeza de los caxlanes, que había que devolverle el fin del mundo a la malvada, a la pérfida Jovel, que había que clavarle este fin del mundo en sus plazas y en sus calles. Así fue como los hombres se empezaron a armar con sus utensilios de labranza, con flechas y lanzas logradas haciendo punta a las varas que el monte les daba para la lucha ya inminente. Las visitas se hicieron más frecuentes al santuario de la Virgen. La niña María Candelaria no tenía reposo, transmitía los mensajes celestiales a mañana, tarde y noche, disponía también el mando de los diferentes batallones, diseñaba la estrategia de combate iluminada por la voz divina y de su boca no se desprendían, nunca, las palabras justicia, venganza; «igualdad no —corregía a algunas voces populares—, igualdad no», porque ahora ellos, los de Cancuc, pasaban a ser los caxlanes y los de Jovel los herejes, los sirvientes de los nuevos caxlanes. Esto decía la Virgen del Rosario atrás de las gasas y eso repetía en voz alta la niña María de la Candelaria, con su rostro moreno en trance, como viniendo de lejanas lejanías. Eso escribía también en una libretita arrugada y percutida el poeta García de León, hombre llegado de otras tierras que todo lo veía, lo oía y lo apuntaba, cuando no participaba en las oraciones envuelto en ayes tzeltales y humos de copal. Había el apoyo celestial requerido, jefes para los batallones, estrategias planteadas, lanzas, flechas

y machetes, había las profundas ganas de venganza, había el poeta que escribiría el hilado de acontecimientos para que la memoria de cuanto fuera a acontecer se mantuviera en pie... Entonces, no quedaba más que la obligación por cumplir. Y el ejército de la Virgen marchó entonces sobre la tirana Jovel. Pero los batallones ya iban sangrados desde el comienzo; iban heridos por la mitad con la muerte y la expulsión de los ladinos, con el ataque hecho a su propia gente caída bajo la acción de la venganza provocada por los odios personales, los batallones de la Virgen llevaban por adentro las heridas de su destrucción, eran una especie de neblina oscura que descendía de los montes, siguiendo los caminos de la gran niebla, con el alma dividida. Así se encontraron los dos ejércitos en las inmediaciones de Jovel. Así se mataron, con saña de fin de mundo, con ansias de fin de mundo, con fuego de fin de mundo. Así llegaron a la muerte, entraron en ella como en una niebla mayor que la que había prohijado este drama que ahora humedecía con sangre los parajes. Los batallones de la Virgen, minados de origen, fueron cediendo terreno ante el embate de los caxlanes, que demostraron una astucia superior a la de sus contrincantes. Algo insólito, algo fuera de cálculo, que cambiaba de manera determinante el destino de los combates, entró en acción. Se puso en funcionamiento el arma secreta, que ya no era como en siglos pasados la caballería a rienda suelta sobre el enemigo; ya no era la sorpresa de la pólvora, porque esta, durante más de doscientos años, había abierto ya enormes agujeros en los cuerpos y en las chozas, sus estragos eran también conocimiento colectivo. El arma secreta tenía que ver con el cielo; con las cosas de Dios, que tantas veces habían bajado a ayudar a los caxlanes. Ahí estaba la astucia de los caxlanes cobrando una vez más la victoria. Frente a los estandartes de la Virgen del Rosario que portaban los soldados de María de la Candelaria se elevaban los de la Virgen de la Caridad, pero esta asumiendo el mando de sus ejércitos. La

Virgen de la Caridad había salido a los campos de batalla vestida de generala, lo que le daba ventaja sobre la otra Virgen, ataviada con prendas de santa. Además, bien aleccionada, la Generala, en plena batalla, hacía señas groseras a los contrarios, los que, absortos ante tales obscenidades, quedaban a merced del odio enemigo. Así llegó la derrota, así llegó el fin del mundo. Al levantarse la niebla, lentamente fueron apareciendo los destrozos incubados en su vientre. Ahí estaban, incontables, los muchos ladinos, curas y hacendados de las afueras de Jovel quemados, con dagas atravesadas en la garganta; el paisaje también avisaba de curas colgados, de ladinos colgados, de caxlanes colgados, balanceándose grotescamente de los árboles más altos, algunos en estado de putrefacción, otros ya nada más en la persistencia del esqueleto. Por el otro lado, entre los componentes del ejército de la Virgen los daños eran incalculables, el odio de los caxlanes llevó a no dejar en los poblados piedra sobre piedra.

Un viento de tragedia recorría aquellos campos arrasados por la efectividad de la pólvora y la lanza de metal. A la derrota del ejército de la Virgen, al derrumbe de los soldados de María de la Candelaria, de la sacerdotisa niña, la saña de los caxlanes se extendió por montes y valles, la matazón no tuvo límites, con furia indescriptible se prendió fuego a villorrios enteros; poblaciones y aldeas ardieron por la mano vengativa de los caxlanes, más sanguinarios cuanto más grande había sido su terror. Pero ahora el terror se encontraba en el otro lado. Los batallones de la Virgen ahora estaban convertidos en devastados grupos que huían aterrorizados por las serranías. Muchos, al ver la inminencia de la derrota, alcanzaron a pasar a sus casas por las imágenes religiosas ante las cuales oraron los años en los que estuvieron esperando el momento de la venganza. Cristos y representaciones de la Virgen del Rosario se encontraban en franca fuga, a campo traviesa. Las chozas estaban convertidas en ceniza, los cacharros hechos polvo

sobre el piso, los objetos personales de los habitantes muertos o huidos, rotos o quemados con inconcebible desprecio. Algunos de los que integraban la desbandada habían hecho pedazos las imágenes religiosas y con ello mostraban su determinación de volver a los antiguos cultos, en los que no había más dios que el agua, el aire, el fuego, las fuerzas de la tierra. Algunos fueron cazados sobre el filo de los montes, otros fueron alcanzados en cañadas y hondonadas, cruzando un barranco o un río. Muchos fueron sacados de cuevas remotas a donde habían ido a refugiarse su miedo prófugo. Por las noches, los campos sembrados por la mano del trabajo alzaban enormes llamaradas que llegaban hasta el cielo como ofrenda luminosa al poder celeste de la Generala, la Virgen de Vírgenes, la triunfadora del valle de Jovel y sus alrededores. *Bats' ul, Sakilab, Ajilch' ak, Mak*, los meses empezaron a correr en su terquedad, pero la saña continuaba y en muchos lados siguieron creciendo mortandades y quemazones; *Olalti, Jul' ol, Jok' en ajaw, Ch'in uch*, los meses sumándose como se suma el odio en la tierra, un odio en dos direcciones que parecía no terminar nunca, dos bandos dispuestos a odiarse eternamente; *Muk' uch, Jukwinkil, Wakwinkil, Jo' winkil*, los meses haciendo el río del tiempo; los meses que, como si fueran pocas las penurias, iban a traer todavía la plaga de la langosta sobre las heridas de esta tierra. Días de azoro fueron esos en los que cayó la desgracia sobre la desgracia. Las casas más endebladas, a las que por alguna excepción habían dejado en pie los caxlanes, se venían al suelo con el peso de aquel zumbadero que representaba la muerte verde; la vegetación quedaba convertida en nada después de haber recibido el embate de aquella inmensa nube que todo lo arrasaba a su paso. Era asunto de pavor presenciar aquella movible amenaza, aquel manto que tapaba la luz con su sombra verde, como hirviendo en el espacio —otra vez la niebla, niebla verde dentro de la niebla blanca— y crecía aquella inmensidad compuesta por

partículas vivas, que provocaban un zumbido aterrador para los que veían por primera vez una desmesura así, devorando árboles y matorrales, las vegetaciones que no habían alcanzado a quemar los «herejes» de Jovel.

Los meses corrieron y corrieron los años, setenta en la cuenta del hombre, y los destrozos de aquel fin de siglo no terminaban, todo era pavor. En los parajes más alejados se seguían oyendo los gritos de las indias violadas y los hombres descuartizados por los soldados de la Generala. En las noches, los ojos de los moradores de Jovel veían con susto cómo los cerros que rodean a la ciudad se encendían iluminando el cielo mientras por los diferentes rumbos se volvían a alzar los gritos de guerra desgarrando el aire nocturno. Se escuchaban en las calles de la ciudad voces de amotinados, aullidos de dolor y muchos hablaban de que en las veredas de la sierra aparecían batallones enteros de sombras que levantaban sus armas en actitud amenazante en medio de una polvareda que no era polvareda, que era más bien como humo; que no era humo, que era como una irrealidad que terminaba tragándose a aquellos adoloridos batallones que solo dejaban sus lejanos ecos colgados de las ramas de los árboles para después desvanecerse también estos de la misma manera. Otros hablaban de apariciones terribles, retorciéndose de dolor, pero estas surgían a medianoche, en las plazas de la ciudad, en las calles más apartadas, en el barrio de Mexicanos, lugar poblado por brujos desde la llegada de los aztecas a estas tierras. En el interior de los templos —decían— se veía un penadero de moribundos heridos por la lanza y el cuchillo. Años de una mezcla de sangres, tan fuerte que no se borraba mientras las almas de indios y caxlanes muertos se adueñaban por las noches de las calles y de los cerros con sus pavorosos ecos de muerte. Después de la plaga de la langosta, a los años vino el terremoto sacudiendo nuevamente casas y conciencias, cerros y neblina. La violenta sacudida se debió a que la tierra

estaba salada, por eso era necesario que se lavara; estaba maldita por tanta matadera, por eso era necesario que se lavara; estaba tinta en sangre, por eso era necesario que se lavara. Los meses, *Jo' winkil*, *Chanwinkil*, *Oxwinkil*, *Pom*, los meses, *Yaxk' in*, *Mux*, *Ts' um*, los meses sumaron setenta años y así trajeron el segundo diluvio que iba a lavar tanta sangre. Eran ya setenta años de ver en calles y en caminos agrestes aquellas sombras armadas con azadones, machetes y lanzas, sombras que emitían gritos de combate junto con espeluznantes lamentos de muerte para después ser devoradas por la niebla y dejar solo los ecos del griterío retumbando de cerro a cerro, desde el llamado Casa de la Noche (*Ajk' abalna*) en donde fue capturada María de la Candelaria, hasta el mismísimo Huitepec, en la salida para Tuxtla. *Bats' ul*, *Sakilab*, *Ajich' ak*, *Mak*, *Olalti*, los meses trajeron las grandes aguas y Jovel empezó a naufragar como única forma de lavar la sangre derramada. Fue el 30 del mes *Chanwinkil*, el mes 13, el día en que empezó a llover, lluvia de agosto fue que duró sus tres días con sus tres noches. Entonces el río Amarillo se volvió río de verdad; se volvió lago; se volvió océano. Mientras la iglesia de San Diego se derrumbaba, la gente de los barrios de Santa Lucía, La Merced y San Antonio tuvo que escapar a nado de las enfurecidas corrientes, ni siquiera los brujos de los barrios de Mexicanos y Tlaxcaltecas pudieron con sus artes salvarse de aquel diluvio que había bajado a lavar las sangres derramadas, que había descendido a llevarse las sombras penitentes con la fuerza de la riada. Todo esto quedó al descubierto cuando se levantó la densa niebla del valle de Jovel, cuando empezó un nuevo siglo para San Cristóbal, cuando empezó a correr el nuevo tiempo que era —que es— el mismo viejo tiempo que da vueltas y vueltas sobre el valle.

Pedro Díaz Torcaz, hablame vos, pero con tus palabras.

Vaxaken, detenla, no permitás un nuevo mal sobre la tierra. Vaxaken, Dios omnipotente, amarrale las manos, sacale el mal espíritu que la mueve, no la dejés llegar hasta estas casas, no le permitás que baje a traernos la desgracia; amarrala, Señor, que no caiga sobre nuestras cabezas. Llevo tres horas de estarlo mirando el cerro más alto. Primero empezó como una nubecita más que asomó por un lado de la punta del cerro, después fue creciendo, muy lentamente, todavía como una nube inofensiva. Llevo tres horas de estarlo sentado en las gradas del quiosco de la plaza central de San Cristóbal y lo veo cómo la niebla dejó de ser la sola nubecita allá y empezó a tomar la forma de lo que realmente es. Esa amenaza lenta que no acaba de bajar, pero que baja, baja como una nueva maldición, no debe caer de nuevo sobre este pueblo; es mucha la desgracia que la niebla trae cuando cae sobre el valle. Señores de los cerros, amárrenla en sus cuevas, no nos dejen solos ante la sombra blanca, la enemiga. Vaxaken, Dios todopoderoso, que no sea esta tu voluntad, todavía faltan años para que el siglo acabe; para que acabe otra vez el mundo; faltan algunos años, Señor, para el fin del mundo. Jun... Chib... Oxib...

La fiebre te hace confundir las cosas, Pedro Díaz. Tú, en este cambio de siglo, entre los encapuchados días. Tú hablas de 1737, cuando Rosario Rosellón contaba con veinticinco años de edad, cuando contrajo matrimonio contigo, ¿o habrá sido en este último cambio de siglo? Tú hablas de 1737 —¿o de 1712, justo veinticinco años antes?— y lo mezclas todo, el primer diluvio en Ciudad Real, que no fue entonces, el diluvio acaeció en 1652, ochenta y cinco años atrás..., trastocas las eras..., la fiebre, Díaz

Torcaz, nunca ha existido, es un invento de tu fiebre, es una especie de conciencia que has inventado para poder relatar los hechos ocurridos en estas tierras, para contar cosas que has entresacado de los libros que puso a tu disposición en su biblioteca don Prudencio Moscoso. Díaz Torcaz, descendiente directo, según tú, de Pedro Díaz Cuscat —personaje central cuando aquel niño crucificado en el centro de la plaza de Tzajal Hemel—. Pedro Díaz Torcaz es un sueño de tu mente enfebrecida, por eso le pusiste tu mismo nombre, porque es una forma de identificarte con los hechos que él cuenta, pero al fin el personaje central sigues siendo tú, el periodista que viene de fuera y que por efectos de la fiebre cree estar viviendo las acciones que recuerda Díaz Torcaz cada vez que ve descender la maligna niebla sobre el valle de Jovel. Pedro Díaz Colombo, Pedro Díaz Torcaz, Pedro Díaz Cuscat, el mismo nombre, Díaz Palomo, Pedro y una diversidad de tiempos y sucesos organizando su rompecabezas sobre los entretrejididos de la fiebre. Tú, Pedro Díaz Colombo, entreverando en los tiempos los sueños de Rosario, tu mujer, a quien temes porque sospechas que anda metida en cuestiones de brujería, ella, compañera del indio Díaz Torcaz, ese ser misterioso que tus alucinaciones han inventado, sueña..., y cada sueño está poblado de fantasmas que tratas de desentrañar a través de tus lecturas. Tú crees haber escogido a Rosario como esposa para estar cerca de la otra, de la hermana, de Caridad sin caridad, pero lo que no sabes es que Rosario fue la que te escogió a ti para que con los estudios que realizas le des elementos y desenmarañar el nudo de sus sueños. Rosario es mujer de cambio de siglo. Está en el inicio del siglo v de San Cristóbal, pero ella ha soñado. Antes de que tú lo leyeras en libros y legajos, ella había visto en sus sueños a los indios hacer guerra contra los caxlanes y el exterminio que se extendió por llanuras y serranías en aquel fin del mundo, cuando los indios abonaron con sus cuerpos huertos y sembradíos e hicieron que el pan de los coletos fuera un pan amargo, con olor a sangre.

Fue en aquel fin del mundo, aquel en que sucedían cosas de prodigio sobre la tierra, cuando aparecían vírgenes en los troncos de los árboles, vírgenes a las que les nacían sacerdotisas que eran encarceladas en las mazmorras de la endurecida ciudad, fue en aquel fin del mundo cuando se unieron por primera vez los sueños de Rosario y lo leído por ti en la enorme biblioteca. Entonces Rosario te buscó para que tú le descifraras signos. Entre los sueños de ella se encuentra el misterio de Lucas Veneciano, misterio que ella espera desentrañar también apoyada en tus estudios. Por eso su presión para que no solo escribas las notas que te pide tu periódico en Ciudad de México, sino para que vayas más allá, al alma más profunda de las cosas, hasta tocar el vientre palpitante de estas tierras, lo que de paso le servirá para saber si son ciertos los terribles episodios que desde sus sueños le hablan. Por principio de cuentas corroboró el origen de su nombre... y el de su hermana, por qué ella se llama Rosario y su hermana Caridad, aunque de alguna manera sus sueños ya se lo habían confiado. Desde la cuna le habían impuesto, entonces, el destino de la perdedora, mientras que a la hermana la habían designado para ser la dueña de las riquezas de don Hernán Rosellón. Una, la morena, había nacido en una noche de luna mientras la otra fue dada a luz en pleno día, fecha de gran gozo si la neblina no se la hubiera echado a perder. A ella le impusieron el nombre de la perdedora, sí, a la otra le designaron el destino de la Generala. Pero hay otro fin del mundo, posterior al de 1712 —que tan vehementemente has vivido en las circunvalaciones de tu fiebre—. Ese otro fin del mundo fue en 1867, cercano al nuevo cambio de siglo. Esa ha sido al igual materia de tu biblioteca, pero también ha formado parte de los sueños terribles de Rosario, la que te exige que investigues más y más, porque quiere saber plenamente todas las verdades. Fue el fin del mundo que se inició con la crucifixión de un niño chamula de diez años de edad, con la que dio principio

la otra gran guerra que volvió a matar a tantos indios en el vientre de la niebla. Fue cuando otra vez descendieron los signos funestos en medio de la enorme masa oscura y por mucho tiempo los horizontes se estuvieron pintando de rojo durante los atardeceres mientras los abuelos contaban a sus nietos cómo había sido ese otro fin del mundo, apenas un puñado de años antes del cambio de siglo. ¿Y cuál es el misterio de Lucas Veneciano? Tú sabes una parte de esta historia, porque la leíste en los viejos archivos de don Prudencio. Sabes que Lucas Veneciano fue un feroz encomendero que trataba a los indios con el filo de su alma malvada. Sabes que fue responsable de innumerables asesinatos y que la fama de su mano dura trascendió el valle de Jovel y caminó distancias hacia los puntos cardinales. Hombre terrible y temible fue aquel, pues no manifestaba respeto alguno por la vida humana, y menos por la del indio, a la que sentía de su propiedad y, por lo tanto, se ufanaba de hacer y deshacer en ella. Era proverbial su ferocidad, paradigma de los impulsos endemoniados, y su sola presencia causaba pavor, revuelto con sentimientos vindicativos desleídos entre bisbiseos y cabizbajas actitudes. Por eso fue que un día —según la tinta de tus documentos— Lucas Veneciano, oficinista del encono, fue cercado por la ira popular en el centro de la reciente ciudad y ahí fue linchado con las armas de la furia en suma. De aquel hombre soberbio, dueño de vidas y honras, imponente depredador de cuerpos y pertenencias, quedó tan solo una masa molida a palos, horadada por piedra y cuchillo, informe, ensangrentada, alindando con su expresión espectral los predios de la vida y la muerte. Lucas Veneciano fue sorprendido en el interior de su casa. Primero fue el golpe en la cabeza con el brazo de un metate; después, con la enruindada cápita tras la contundencia del así blandido protémolo, fue llevado al centro de la ciudad, en donde una población indignada lo cercó a no dejarle puerta posible hacia la vida. Tú sabes que así fueron los

últimos minutos de Lucas Veneciano y que siglo y medio después el arbitrario encomendero era admirado en su imagen prepotente por don Hernán Rosellón de Alvarado y Goudimel, tu primer suegro, el del siglo xviii, quien, al no tener todavía hijo varón, optó por rebautizar al más leal de sus sirvientes, al preferido, con el nombre de Lucas Veneciano, reponiendo así el nombre de uno de sus héroes en un indio asimilado perfectamente a la cultura de los caxlanes, cómplice de los abusos de don Hernán. Esa es la parte de la historia que tú conoces respecto a Lucas Veneciano. La otra, la del misterio, se configura con los sueños de Rosario y los del propio don Hernán, quien asegura tener también sueños videntes como los que desde niña asedian a su hi... a Rosario, la que nació con la luna llena.

En sus evanescencias, Rosario soñó una vez que a su padre, el intransigente Hernán Rosellón, le faltaba la oreja izquierda —era esa la que normalmente gustaba de cortar a sus sirvientes cuando montaba en cólera—. Lo vio entre horror y sorpresa sin el cartílago izquierdo y quiso despertar, pero, en contra de su voluntad, siguió durmiendo. En la avanzada de su sueño se veía gritando a Rosellón para que la despertara, pero este no la escuchaba. «¡Padre! ¡Padre! ¡Despertemos!», «vociferomanoteaba» con angustia, pero don Hernán seguía sin responder, nada más la miraba como ausente desde su rostro mocho y ensangrentado, aquel rostro colorado, redondo, quemado por el sol y el frío, pero ahora incompleto, que se negaba a entrar a los planos de la realidad para recuperar así su simetría. «¡Padre, padre!», le insistía Rosario, pero en vez de que don Hernán la ayudara a salir de su sueño, frente a ella su rostro se fue convirtiendo en el rostro del indio Lucas Veneciano, a quien ella ya no conoció, solo supo de su anterior existencia. Pero entonces, si no lo había conocido, ¿cómo sabía Rosario que se trataba de él, del indio Lucas?, ¿cómo sabía que este que tenía enfrente y que repentinamente

había ocupado el lugar de su padre era el de Lucas Veneciano?, incomprendible dualidad de los sueños en que las cosas son y no al mismo tiempo o suceden a saltos, sin una explicación lógica. El caso es que ella estaba ahí, enfrente del indio Lucas Veneciano, desorejado él, a quien Rosario no dejó de gritar desde una voz que no le salía de la garganta —otra vez la dualidad del sueño— «¡padre!, ¡padre!, ¡despertemos juntos!».

Esta es parte de la otra parte de esa historia, Díaz Colombo.

Ahora Rosario sueña en el nuevo siglo, el clavecín en donde toca las partituras que don Hernán ha mandado a traer desde España y Francia para Caridad, no es clavecín, es un elegante piano cuyo traslado a San Cristóbal resultó toda una epopeya. En él, Pedro Díaz Torcaz toca con baquetas —como si fuera marimba— sonecitos de indios que suenan a juegos barrocos que salen de sus manos. Esto lo hace cuando don Hernán no se encuentra en casa o cuando está encerrado junto a su oficina, en uno de sus cuartos secretos, desahogando sus furias frente al cuadro de fray Bartolomé de las Casas que mantiene, ultrajado, en la pared encalada. Los otros tres muros del cuarto, elegantemente barnizados, conservan el color del ladrillo. Pedro Díaz aprovecha esas clausuras y toca sobre el teclado. De esta manera, y según el sueño de Rosario —¿o la fiebre de Díaz Colombo?—, es el precursor de la marimba, pues será hasta 1892 (el 29 de junio) cuando don Corazón Borraz dé a conocer su invento musical en el atrio de la iglesia de San Bartolomé de los Llanos. En este cambio de siglo es cuando se da verdaderamente la segunda visita de Pedro Díaz Colombo a la ya San Cristóbal de las Casas. Su matrimonio con Rosario lo mete de cabeza en el mundo de la investigación, pues su esposa quiere saber, saber quiere el origen de la familia Rosellón; de dónde el apellido Goudimel, que apareció también, en forma por demás misteriosa, en varias de las partitu-

ras que le trajeron a Caridad desde Europa; quiere saber cómo se relaciona con la realidad aquel sueño en el que su padre tomó la forma de Lucas Veneciano, el indio a quien ella reconoció sin conocerlo; quiere saber si en verdad es hermana de Caridad o si, por el contrario, según Díaz Torcaz, es hija de la luna, lo que la hace soñar las otras verdades del mundo, o si quizá eso de los sueños solo es herencia de su padre don Hernán, a quien también le da por soñar historias. Quiere que Pedro Díaz investigue, desentrañe, deduzca; quiere saber, saber quiere...

—¿Has oído hablar de Balancán Goudimel? —preguntó Rosario, ya huérfana, desde el segundo fin del mundo.

—Algo le escuché decir alguna vez a don Prudencio.

—Pero tú —insistió Rosario a su marido—, ¿no has encontrado nada en ese mundo de papeles que revuelves todos los días?

—Nada. Pero yo debiera ser quien te preguntara a ti, ya que el personaje lleva uno de los apellidos de tu familia.

—Alguna vez le pregunté a mi... padre, pero finalmente para él también era un misterio la existencia de ese raro ser —contestó Rosario mientras se iba recostando sobre unos cojines de plumas que adornaban la espaciosa biblioteca—. En cierta ocasión me dejó entrever que quizá si se investigara en los Archivos Nacionales de París se pudiera saber algo.

—¿Por qué en París? ¿Y en los Archivos Nacionales?

—Porque, al parecer, en ese sitio, en un apartado de sus instalaciones, se encuentran reunidos los datos de dos de sus apellidos, Rosellón y Goudimel.

—Ahora recuerdo... —dijo Díaz Colombo.

Y es que de pronto evocó, como entre brumas, que algo de eso le había dicho su segundo suegro poco antes de morir, en el

segundo fin del mundo. El finquero Rosellón le había comentado que su apellido era originario de la provincia del mismo nombre, y que el rastreo de sus antecesores bien remitía hasta las épocas en las que Rosellón o Roussillon pertenecía aún a España, específicamente a la Corona de Aragón, territorio que pasó a formar parte del sur de Francia en 1659 mediante el Tratado de los Pirineos. Eso estaba perfectamente detallado en los archivos franceses, decía él. Lo del apellido Goudimel tenía una doble vertiente, dos cauces en los que él no había profundizado. En cierta ocasión, don Prudencio Moscoso le relató acerca de un misterioso personaje de la Edad Media, Balancán Goudimel, rara existencia desde la conjunción misma de nombre y apellido, ya que el apellido era francés y el nombre, inexplicablemente, remitía al de una población de Tabasco. ¿Cómo se habían podido reunir en una misma persona, en la lejana Europa, en tiempos tan remotos, cuando aún no se conocía la existencia de un nuevo continente, un nombre de orígenes tabasqueños respaldado con un apellido europeo? Misterio profundo aquel del que don Prudencio solo le advirtió que tenía la información de que en los archivos históricos franceses existía un documento que él no había podido localizar, pero que, al parecer hacía una breve biografía del raro personaje. La otra vertiente era la de Goudimel, el músico, otra extraña referencia de la que no se conocían ni siquiera las fechas de su nacimiento ni de su muerte. Apareció de pronto en la historia de la familia Rosellón por medio de las partituras que don Hernán había mandado traer de Europa para que tocara música su hija Caridad. Resultó que entre los nombres de los compositores reunidos por medio de aquellos papeles pautados, entre los Haendel, los Telemann, los Corelli, los Josquin des Pres, los Palestrina, aparecieron de la manera más extraña las partituras del tal Claude Goudimel, sin que nadie supiera cómo había llegado a San Cristóbal aquel fajo de papeles amarillentos firmados con el

nombre de uno de los apellidos de la familia. Sin saber de dónde habían salido aquellas partituras, Rosario se convirtió en una apasionada de lo que las mismas contenían. Los fragmentos de misas, motetes y canciones salían magistralmente de los dedos de Rosario complementando de esa forma aquel misterio. Si Rosario tocaba algún fragmento de Bach, inmediatamente complementaba con otro de Goudimel; si acudía a Boccherini, su siguiente pieza, invariablemente, era de Goudimel, el desconocido músico apellidado como su padre, don Hernán, y quien de la manera más extraña había aparecido en la fría atmósfera de San Cristóbal. Así fue como Goudimel, el músico del que nadie sabía nada, ni siquiera su posible familia coleta, empezó a vivir con sus obras en el corazón de San Cristóbal, rodeado del misterio de su aparición. Esas eran las dos vertientes de los Goudimel, cuyas claves de seguro se encontraban en los archivos de París, a decir de don Prudencio, primero, y ahora de la voz atenta, pero imperativa, de Rosario Rosellón. Así, tanto los antecedentes del apellido Rosellón como el velo que cubría los datos de los dos Goudimel, el de nombre tabasqueño y el músico, descansaban, al parecer, en aquellos sugeridos Archivos Nacionales de la lejana Francia.

—Quizá te espera otro recinto como este en París —comentó Rosario con cierta despreocupación.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Pedro mientras colocaba el brazo hinchado sobre una de las punta de la amplia mesa de caoba.

—Que matarías varios pájaros de un mismo tiro si te decidieras a viajar a París en estos momentos.

—Explícate —pidió él mientras se acariciaba con detenimiento el brazo caliente.

—Quiero decir —dijo ella con mayor entusiasmo e incorporándose un tanto sobre los cojines de plumas— que a ti, que tan metido estás en esto de investigar cosas en papeles antiguos, es a

quien mayormente corresponde viajar hasta allá para descorrer todos esos velos que cubren la verdad sobre nuestros orígenes; así tendrías una visión más completa, quizá, de los significados de tus otras investigaciones. ¿Qué hay, en realidad, de ese lejano Balancán Goudimel?, ¿por qué ese nombre con ese apellido?, ¿qué secreto reposa en ese hecho?, ¿y qué más podríamos saber del músico que de manera tan enigmática apareció entre las demás partituras? Por otra parte, acuérdate de mi interés en conocer mayores datos sobre Lucas Veneciano, quizá estando en Europa...

—Prosigue, mujer —dijo Pedro Díaz con tono de aparente resignación.

—Pero si todo eso no motivara tus ansias para averiguar en las hojas del pasado, está enfrente el otro poderoso motivo: tu brazo, que cada día que pasa crece en su hinchazón, provocándote esas fiebres terribles que tratas de ocultar neciamente. No puedes permitir que la enfermedad del brazo avance; ya ves cómo los remedios que yo conozco no han servido de gran cosa ni tampoco los consejos de los médicos que hemos visitado por acá. Eso no puede continuar así; en cambio, si viajas a otro país...

—No mientas, Rosario, a ti qué te pueden importar los avances de la medicina en otros lados, eso no es algo que realmente te preocupe. Tú, con las prácticas ocultas que realizas al lado de Pedro Díaz Torcaz...

—¿A qué te refieres?

—A eso, a que no creo que la medicina científica te interese tanto.

—Bueno, ¿qué hay de la obligación de hacer tu trabajo de una manera más completa?

—Yo vine a estas tierras a cumplir con una misión periodística, tendría que explicarle a mi periódico...

—El material que tú has conjuntado —respondió ella haciendo una mueca de impaciencia— te obliga a mayores cosas que a

cumplir con una serie de reportajes. Tu misión tiene mayores dimensiones, porque tu trabajo está relacionado con toda esa gente que te rodea a la que le han quitado todo, hasta la vida, porque muchos de ellos son muertos vivientes que se confunden con los otros muertos que salen a pasear a las calles durante los días de neblina.

—¿Y qué tienen que ver ellos con los orígenes de tu familia?

—¿No te das cuenta?

—¿Qué tienen que ver?

—Se trata de conjuntar los elementos que te ayuden a integrar una historia desde el mayor número de ángulos posibles. Se trata de que hagas que la historia hable.

—La historia habla por sí misma.

—Sí, pero hablaría mejor si su lenguaje derivara de la mayor suma posible de hechos y de vidas. Cuanta mayor documentación exista, mayor cuerpo y mayor peso adquieren los hechos históricos. Cuanto más se trabaja con el conocimiento, mayor es la autoridad de la palabra escrita. —Sobándose el brazo caliente, Pedro Díaz Colombo aceptó con un ligero movimiento de cabeza la validez de los argumentos de su mujer, quien de nuevo había inundado el ambiente con su característico aroma de juncia, desparramando su frescura hasta el último rincón de la biblioteca—. Además —complementó—, por otro lado, está mi petición personal.

Rosario Rosellón aceptó en matrimonio a Pedro Díaz Colombo cuando supo que este hacía investigaciones acerca del pasado en la biblioteca de don Prudencio Moscoso. Imaginó que quizá a través de Pedro podría desatar el grueso nudo que se había formado entre la realidad y sus sueños. Por eso aceptó el cortejo de quien ahora era su marido, por eso fue con él al altar en ceremonia desairada por parte de don Hernán Rosellón y sus amistades. Al conocer sobre las actividades de Pedro, Rosario supo que

por ese camino había la posibilidad de resolver las interrogantes que tanto la atormentaban, lo que los malos sueños la habían dejado como profunda duda. Tenía también como instrumentos para desentrañar las incógnitas los decires de Pedro Díaz Torcaz, pero a través de su marido pretendía cubrir lo relativo a la documentación de los hechos.

Díaz Torcaz le había dicho que una mañana, antes del primer fin del mundo, don Hernán —quien también soñaba— se había despertado víctima de gran alteración. En su agitado sueño nocturno había visto que su mujer, Disamis Celarent de Rosellón, yacía sobre su lecho con el rostro bañado en lágrimas. Don Hernán quiso indagar el motivo de esas lágrimas y entonces forzó el sueño hacia atrás y entre las penumbras alcanzó a ver cómo un indio ebrio penetraba en la alcoba de doña Disamis Celarent y la violaba entre forcejeos y gritos ahogados. La mujer se retorció con fuerza inaudita, pero era mayor la fuerza del indio, que encima de ella le buscaba el cuello para morderla. En las revueltas de aquella lucha desigual, don Hernán alcanzó a reconocer que el indio ebrio era ni más ni menos que Lucas Veneciano, el sirviente de su confianza, a quien, no obstante ser el favorito de don Hernán —hasta el grado de haberle sobrepuesto el nombre de su personaje tan admirado, Veneciano—, ya también le faltaba la oreja izquierda, perdida en uno de los raptos del iracundo coleteo. Lucas Veneciano retozaba ebrio sobre la indefensa Disamis Celarent y don Hernán no podía hacer nada desde su sueño. La violación fue consumada. Al día siguiente, nadie volvió a saber de Lucas Veneciano, desapareció entre las volutas de la niebla y jamás se volvió a mencionar su nombre.

El caso es que, en la vida real, el vientre de doña Disamis Celarent se fue abultando con el paso de los meses, pues estaba viviendo ya su segundo embarazo. Según los recuerdos que don Hernán había confiado a Rosario las pocas veces que se dignó a

hablar con ella, la segunda hija de los Rosellón había nacido en la casona de Ciudad Real, a medianoche, con luna llena. Según lo que le contaba Díaz Torcaz, el nacimiento sí había sido con luna llena, pero no en la casona de los Rosellón. Había una referencia mayor, los propios sueños de Rosario Rosellón. En esos sueños que se repitieron varias veces, Rosario se veía nacer en el fondo de unas grutas a donde habían sido llevadas en secreto ella y su madre para que ahí se realizara el parto. La muerte de la esposa de don Hernán al dar a luz no fue en su cama, en el interior de la casona, sino que, según repetían aquellos sueños, había sido entre las duras rocas de la caverna, a donde la madre y el producto por nacer habían sido conducidos para lavar la afrenta de la violación, a donde habían sido llevados como venganza —¿pero contra quién?—, clausurándoles la luz del día. Ira ciega en la que pagaban los inocentes. Si lo que decían los sueños era cierto, entonces Rosario no era hija de don Hernán, sino de Lucas Veneciano, a quien ella misma reconociera —sin haberlo conocido antes— en otro de sus sueños.

El caso es que la recién nacida pasó a ser la segunda en todo dentro de las relaciones familiares. Para ella —por ejemplo— no hubo bautizo, sino un simple simulacro para guardar las buenas formas y evitar los cuchicheos. No hubo bautizo real y fue el indio Pedro Díaz Torcaz quien, aprovechando un viaje de don Hernán a Ciudad de Guatemala, la llevó a bautizar a su manera, hundiéndola tres veces en las aguas heladas de la pequeña laguna de Navenchahc. De ahí le quedó a la niña una tos constante que el mismo indio le curó con ramitas hervidas cortadas de la pochotona de Chiapa de Corzo, que entonces se llamaba Chiapa de los Indios. De aquellas toses le quedó la costumbre de despertar a medianoche y de aquellos despertares le quedó la costumbre del insomnio, que hacía que Rosario se levantara a caminar como fantasma entre la penumbra nocturna. Por esos tiempos adquirió la manía de salir

de su casa amparada por la oscuridad y, desafiando los espectros de la niebla, dirigir sus pasos al templo de la Compañía en donde, por espacio de una o dos horas, tocaba el órgano de la iglesia. La gente del barrio que escuchaba aquel sonido salido de los tubos musicales pensaba que se trataba de uno más de los misterios de la niebla y entonces las familias se encogían en sus camas cubriéndose del frío y no querían saber nada de lo que sucediera en el exterior. De esa manera, los habitantes de la ciudad escuchaban sin saberlo las misas y los motetes de Claude Goudimel, el extraño músico de ultramar del que nadie conocía su existencia, mucho menos las fechas de su nacimiento y de su muerte.

—Lo que sucede es que no soy escritor, sino periodista.

—Y ¿qué quieres decir con eso?

—Que conozco mis limitaciones, que estoy muy lejos de Faulkner.

—¿Faulkner?

—Un escritor muy importante, de otro país, que sería mi modelo de escribir otro tipo de cosas. Quizá lo que tú esperas de mí va más con esa realidad.

—Lo que espero de ti es únicamente que investigues qué pasó en Ciudad Real durante el primer fin del mundo; qué sucedió en San Cristóbal cuando el segundo fin del mundo; que hables con la voz de los ultrajados, de los indios que forman parte de nuestro universo; que se sepa qué pasó con ellos en esos dos fines del mundo, el de 1712 y el de 1867; que podamos deducir por medio de tu letra qué le espera a este valle al iniciarse el quinto siglo de San Cristóbal.

—Faulkner, Faulkner... —repetía Díaz Colombo como invocando al escritor extranjero.

—Qué espera a este valle; qué a toda esta gente; qué a ti y a mí al iniciarse el siglo v de San Cristóbal.

—*¡Absalón, Absalón!*, tal modelo quisiera... —sigue hablando Colombo como para él mismo.

El día: jueves, 13 de enero de 1994
Balazo: rebeliones indígenas en Chiapas
Cabeza: cuando fusilaron a san Mateo

Los diez años de edad del cuerpo de Domingo Gómez Checheb se retorcián dramáticamente cumpliendo en esa forma su breve y dolorosa agonía. Ese día de 1867 el viento que se desprendía de las montañas de Tzajal Hemel estaba más helado que nunca; sin embargo, los hombres congregados en torno a la cruz en donde agonizaba el niño chamula cantaban y danzaban acompañados de chirimías, tambores, caracoles guerreros y aguardiente.

Los hechos se habían desprendido de la necesidad de enfrentar el poder coletto y sus aliados con una fuerza divina como la que amparaba a estos en sus hurtos, sus despojos, sus agravios contra los grupos étnicos de la vasta zona zendal. La acumulación de agravios contra los naturales de estas tierras había llegado una vez más a su punto máximo y nuevamente los valles, los ríos, las semillas y las montañas se habían convertido en vehículos del más allá pregonando la necesidad de la venganza.

Si el poder y sus aliados indios eran protegidos por un Cristo blanco, la única forma de oponerse a sus actos depredadores era que los pueblos zendales tuvieran también su propio Cristo, pero un Cristo de la raza que atendiera las angustias y las fatigas de aquellos pueblos que habían sido despojados hasta del derecho de disponer de su existencia.

Así fue como Domingo Gómez Checheb, lleno de azoro, sin saber plenamente lo que sucedía a su alrededor, al fin un niño de solo diez años de edad, fue llevado por sus mayores hasta el sitio en donde iba a ser crucificado. Quizá él no entendía el motivo del bullicio, el porqué de tanto ruido y esas oraciones desgarradas que se alzaban como queriendo alcanzar las montañas de Tzajal Hemel; quizá nunca entendió por qué el destino lo había marcado a él para convertirse en el centro de todo aquel barullo, pero el caso es que allí estaba, enfrentando un destino que era el de su muerte, pero una muerte que iba a servir, sin que él lo supiera, para la liberación de los de su sangre. Domingo Gómez Checheb fue acostado sobre la cruz. El primer martillazo que fijó su mano niña sobre el tosco madero lanzó un chisguete de sangre que fue como la señal. Nadie se dio cuenta de si Domingo gritó; el estruendo de los que participaban en aquel rito acalló sus ayes; solo los que lo sujetaban tuvieron que enfrentar aquel retorcerse sobrehumano.

La humareda del copal y del incienso entenebrecían el escenario; los cantos religiosos lo cargaban de profundos sonidos; los estandartes remolinaban en el aire; las madres lloraban al hijo nacido del vientre de una de ellas, ahora muriendo en medio del sacrificio; los demás niños acudían también sin saber plenamente lo que pasaba; los hombres estaban posesionados al máximo de la excitación, ya tenían la fuerza necesaria para el combate, la justificación divina, el apoyo de las fuerzas oscuras, las que todo lo pueden sobre los hombres. Ya había un Cristo indio sobre la

tierra. Los del Cristo blanco ahora iban a saber del coraje exigiendo venganza.

Este episodio lo relata Nelson Reed de la siguiente manera:

En 1867, en el remoto pueblecito montaños de San Juan Chamula, en Chiapas, un campesino maya, Pedro Díaz Cuscat, se hizo un santo de madera que declaró había bajado del cielo para ayudar a los pobres indios. Como era demasiado divino para los ojos profanos, lo guardaba en un cofre en donde cabían el santo y él, y pronto empezó a hablar la imagen. Habiéndose apoderado el cura local de la imagen y predicado contra la herejía y la superstición, Cuscat hizo otras varias y dijo que las había dado a luz su ayudante, Agustina Gómez Checheb, con lo cual la hizo «madre de Dios». Mucho tiempo antes, los ladinos habían crucificado a un hombre y lo habían hecho su Dios, y el pueblo de los chamulas, decía él, debería hacer otro tanto. El Domingo de Resurrección lo mataron en el tormento, clavado de pies y manos, en una cruz elevada mientras los fieles lo adoraban con incienso y aguardiente al nuevo Cristo, Domingo Gómez Checheb, muchacho de diez años y pariente de la «Madre de Dios». La guerra de castas en Chiapas fue casi inevitable después de aquel acto de fanatismo [...].

En la memoria de todos estaban aún abiertas las heridas de la pasada rebelión de la zona zendal, que para muchos historiadores ha sido la que estuvo a punto de destruir el poder establecido por los españoles, y que para ellos, los zendale, resultó una de las matanzas más crueles en la historia de los pueblos. Por años, aquel crimen colectivo fue pasando de oídos a oídos hasta formar una memoria que, al mismo tiempo que causaba un profundo dolor, exigió a las víctimas una drástica venganza.

La rebelión de 1712 creció aquella vez de tal manera que, habiéndose iniciado en el pueblo de Cancuc, rápidamente involucró a los indígenas de Chenalhó, Teultepec, Tenejapa, Oxchuc, Chalchihután, Guaquitepec, Huixtán, Zinacantán, Tenango, Ocotitlán, Ocosingo, Sitalá, Chilón, Bachajón, Sicavá, Petalcingo, Tila y Tumbalá. La movilización fue masiva, miles de seres empuñaron la lanza de madera y el machete, por ello fue que después la represión adquirió índices innumerables de violencia.

Ahora, todos esos recuerdos se ponían de pie y volvían a empuñar las armas rudimentarias para exigir cuentas a los responsables. La región chamula adoptaba nuevamente el gesto feroz y se hacía a la guerra, para ello ya tenían un Cristo que los llevaría a la victoria, un Cristo propio, no el que le habían pedido prestado a los españoles y que los había traicionado una y otra vez. Por otro lado, todos ellos pertenecían ya a una tradición de guerra.

Como respuesta a los actos de exterminio por parte del poder colonial, de 1679 a 1820, en Guatemala se dieron veintinueve levantamientos contra el ejército y en Chiapas siete, es decir, la vieja lucha siempre fue actual o siempre renovada, siempre presente, cobrando vidas periódicamente, alimentando casi en forma simultánea a los santos cristianos y a los dioses prehispánicos, que para entonces ya convivían en acto de sincretismo.

Para la rebelión se mezclaron varios ingredientes: desde aquella joven campesina Agustina Gómez Checheb, que encontró en un paraje unas piedras que hablaban, unas piedras caídas del cielo, que, como el resto de la naturaleza, clamaban por el levantamiento, hasta la participación de un joven anarquista, Ignacio Fernández Galindo, quien entrenó militarmente a las fuerzas de Díaz Cuscat.

Quizá por la participación de Fernández Galindo y su esposa, Luisa Quevedo, quienes habían fundado una escuela secundaria en San Cristóbal de las Casas, este nuevo movimiento

adquiría tintes ideológicos o, por lo menos, una actitud de reivindicación agrarista: «Queremos que nos devuelvan las tierras que nos han arrebatado».

Las piedras parlantes habían conducido a los pueblos chamulas a la desobediencia como parte inicial de la estrategia. La falta de atención a las disposiciones clericales y políticas de la coletada era cada vez mayor. Para frenar esta situación, las autoridades capturaron a Pedro Díaz Cuscat y a Agustina Gómez Checheb, pero aun estando estos presos las piedras que hablaban y se encontraban escondidas en un cajón seguían incitando al levantamiento.

En esas condiciones, Fernández Galindo preparó y levantó definitivamente a la población chamula. Reconocido Fernández Galindo como san Mateo, su esposa como santa María y un ayudante de apellido Trejo como san Bartolomé, los sublevados se hicieron fuertes en la montaña de Tzontewits y empezaron el asedio sobre una extensa región tendida de Chamula a Simojovel. Entre otras acciones, emboscaron al párroco visitador de San Juan Chamula, quien se había llevado unos ídolos de Tzajal Hemel, y empezaron a caer sobre los templos de los pueblos en donde se refugiaban los ladinos y de donde eran arrancados para el degüello.

Cuando en su avance vengativo las huestes estuvieron a punto de tomar San Cristóbal de las Casas, la fuerza logística en la que se encontraban llevó a Ignacio Fernández Galindo a proponer a él y a su esposa como rehenes para la libertad de Díaz Cuscat y de Agustina Gómez Checheb.

Las autoridades de San Cristóbal traicionaron lo pactado y, después de dar la libertad a los reos, pasaron por las armas a san Mateo y a san Bartolomé. Luisa Quevedo, la esposa, la Virgen Santa María, firmemente atada, fue remitida a una prisión de Ciudad de México.

Díaz Cuscat, por su parte, se puso al frente de la rebelión, pero entonces la eterna maldición de los pueblos indígenas volvió a apa-

recer en este episodio. Las pugnas internas, más que el encuentro frontal con el enemigo, minan las fuerzas de Díaz Cuscat y hacen que este caiga prisionero junto con sus principales lugartenientes. Y entonces la historia vuelve a repetirse. La matanza fue feroz; los pueblos y los cerros se bañaron en sangre. Todo aquel paisaje se llenó de luto y de dolor. Todo fue muerte y desolación. Otra vez miles de hombres fueron asesinados a sangre fría mientras que las piedras parlantes enmudecían.

¿Qué evoca el aroma de juncia, Díaz Colombo? ¿Qué memorias desata en los holanes del viento?

Cuando la noche blanca. Cuando la larga noche blanca. Cuando la interminable noche blanca, sucedieron estas cosas. Agustina Gómez Cheheb encontró en un paraje solitario las piedras que hablaban y que pedían justicia, que alentaban a una respuesta pronta a los ya muchos años de ofensas. El fiscal de San Juan Chamula supo de la aparición de estas piedras y puso oído y entendimiento a lo que estas decían; protegió a Agustina en su casa y empezó el desfiladero de indios que querían escuchar cómo las divinidades hablaban a través de lo más auténtico que ellos poseían, la tierra. Esas piedras, como tantas otras que conformaban el entorno, eran superficie por donde habían transitado la sabiduría de la serpiente, las eras de la iguana, el pie del chamula que parecía no cansarse nunca. El viento de los abuelos y el aire de los que vendrán a poblar estos mundos habían rozado la verdad de esas piedras que aconsejaban como primer paso, en contra de las adversidades, la expulsión de los ladinos en cada una de las comunidades, el destierro de esos seres ambivalentes, en transición entre una y otra cultura, de esos astutos que podían

hablar lo mismo en indio que en castilla y habituarse a las dos realidades según el soplo de las conveniencias. Los ladinos eran el camaleón que cambia de color de piel para adecuarse a las circunstancias, eran el anfibio con capacidad de sobrevivir en dos diferentes dimensiones del medio ambiente, el del hábitat doble, el del doble rostro, el de la doble lengua, el que pertenecía a los unos, pero andaba en tratos con los otros, el cada vez más cercano al enemigo, el que había aprendido la lengua del opresor para intentar sumarse a sus intereses, el que asumía cada vez con mayor habilidad las veredas del desarraigo. Expulsar a los ladinos de las comunidades era el primer imperativo señalado por las piedras que hablaban. Después, el siguiente paso sería ajustarles las cuentas a los caxlanes. Entonces, la guerra a los caxlanes empezaba por la expulsión, por el destierro de sus sirvientes. Como cada vez era mayor el número de familias que se sumaban al milagro hasta formar verdaderos contingentes por las serranías, los rumores empezaron a correr por promontorios y hondonadas, cruzaron barrancos y corrientes y llegaron a los oídos de los amos que gobernaban la vida y la muerte desde San Cristóbal. Así, un piquete de soldados fue lanzado a la búsqueda del fiscal de San Juan Chamula y de Agustina, la sacerdotisa, la que decía a los demás cuáles eran las órdenes dictadas por las piedras que hablaban. Pedro Díaz Cuscat y Agustina Gómez Checheb fueron hechos prisioneros y trasladados con trato de bestias a la cárcel de San Cristóbal. Pero la gente ya estaba alzada en los andurriales, y las piedras seguían hablando de justicias e igualdades, seguían soliviantando a los que en algún punto remoto del tiempo habían nacido por los designios de Kukulcán, el gran ordenador maya del universo. Para los caxlanes los indios ya no obedecían, ya no pagaban contribuciones, ya no aceptaban en sus templos a curas provenientes de la gente de razón, los oficios se llevaban a cargo con sacerdotes indios y estos también hablaban de justicias, de

igualdades y de reclamos, el orden se había alterado. Finalmente, los alzamientos se produjeron, pero la astucia y los recursos de los caxlanes inclinaron la balanza a su favor. La venganza que vino después fue terrible, la persecución de indios fue ilímite, en cada choza se velaba un muerto. En las entrañas de la noche blanca habían sucedido estas cosas. Las piedras parlantes habían exigido igualdad entre indios y caxlanes. En la lógica más elemental, si los blancos contaban con un Dios que les ayudaba a gobernar, a robar, a matar, un Dios que no obstante la devoción profesada había fallado a los indios, estos deberían tener su propio Dios, su propio crucificado que los redimiera de tantas cargas. Pero para que el nuevo Dios tuviera la fuerza requerida, para que pudiera competir con el Dios de los blancos, el escogido para la cruz tenía que ser alguien limpio de pecado, de contactos humanos, de malos pensamientos y de urgencias carnales, tenía que ser un Dios como les había enseñado el catecismo de los caxlanes que son los dioses. Por ello fue escogido Domingo Gómez Checheb para ser llevado al sagrado acto de la crucifixión. Por eso Domingo Gómez Checheb, con sus diez años de edad, fue llevado a la cruz que se plantó con él colgando en el centro de Tzajal Hemel. Por eso Domingo fue elegido para el sacrificio que terminaría de redimir a la raza.

Contalo vos, Díaz Torcaz, habla con la memoria, aunque no sean tus propias palabras las que resuenen en el espacio.

Toda una noche tomamos aguardiente para recibir el día en estado propicio para realizar el gran acto. Domingo Gómez Checheb, el niño que con su muerte salvaría nuestra raza, nos contemplaba con ojos llenos de sorpresa. En el fondo de aquellos

ojos había un manojito de preguntas que no le podíamos responder, porque nosotros mismos, hombres comunes de estas tierras, sin cargos políticos ni religiosos, solamente habíamos sido reunidos en el centro de Tzajal Hemel para que el rito fuera posible con nuestras presencias. No sabíamos más, como hombres comunes que éramos, sabíamos solamente que el gran momento se aproximaba, que llegaba la hora en la que teníamos que exigir cuentas, en que nos cobraríamos lo que nuestros abuelos, nuestros padres y nuestros hijos habían venido padeciendo por el abuso de los caxlanes. Bebimos toda la noche, cantamos y bailamos la danza del tigre, las oraciones en tzotzil y tzeltal se levantaron como una alta ceiba por donde nuestros rumores, los que nos salían del alma, se elevaban hasta el cielo. Algunas mujeres también tomaban trago, pero la mayoría lermaba de jícaras de un pozol que venía a ser la verdadera sangre de los abuelos. Cuando llegó el momento, Domingo Gómez Checheb fue llevado por varios de nosotros hasta el lugar en donde iba a ser clavado a la cruz. El muchacho no se dejó crucificar de buen grado, de ahí deduzco que las cosas no salieron bien, que nos faltó la fuerza por la falta de voluntad del muchacho. El nuestro había sido un Dios que se retorció y daba alaridos a la hora del sacrificio; era entonces un Dios que se había negado a morir por su gente; había sido un Dios a la fuerza, y por eso no salieron las cosas como debieron haber salido. Yo, Pedro Díaz Cuscat, como fiscal de San Juan Chamula, supervisé cada uno de los pasos que tuvieron que seguir para la crucifixión que nos redimiría. Ciertamente es que toda la noche los hombres bebieron trago y elevaron alabados en una mezcla en la que se matrimoniaban el gozo y los ayes que venían desde muy las raíces de nuestra gente. Dolor y gozo se mezclaban en aquellos cantos que tenían mucho de decisiones guerreras, pero también de lamentos que entraban por los oídos y penetraban hasta los huesos. Toda la noche los cerros se estuvieron estre-

meciendo con aquellos cantos, como si tuvieran mucho de humanos y desde su silencio comprendieran que pronto, al amanecer, nuestra gente iba a tener por fin su propio Dios, y con él su propia libertad, no la esclavitud que nos traían los caxlanes desde San Cristóbal. Las guitarras con sus diez, con sus doce cuerdas servían de apoyo para el recuerdo de los viejos cantos que nacieron por estos caminos y todo se volvió una comunión de la raza que ahora se levantaba como una sola energía con la que íbamos a encender el día que se acercaba. Cuando amaneció, llevamos al niño a su cruz. Agustina, nuestra sacerdotisa, hermana del que en unos instantes más se iba a convertir en Dios, tuvo un momento de duda, volteó a mirarme, pero sin mediar palabra, con el lenguaje tan solo de los ojos, le hice sentir que su duda no era la de una sacerdotisa que iba a guiar a su pueblo hacia la libertad. Agustina comprendió y nos dirigimos hacia la cruz mientras un grupo de hombres guiaba al muchachito, que apenas se distinguía entre la humareda del copal con la que estábamos preparando su ascensión pronta. Sí, dudé un momento; yo había cuidado del crecimiento de Domingo, lo había visto retozar por las llanuras desde chamaco como si fuera una cabrita, como si fuera un venadito enamorado del paisaje en el que había nacido, el paisaje que le había regalado la naturaleza al nacer. Yo ayudé a alimentarlo, le enseñé las primeras palabras de nuestro idioma y varias veces lo hice dormir en mi regazo platicándole las viejas leyendas que nuestros padres nos habían relatado a nosotros mismos cuando éramos niños. Por todo ello fue que dudé, volví la cara hacia Díaz Cuscat, pero la mirada del fiscal me hizo comprender que este no era el momento de flaquear, que por encima del amor a Domingo estaba el amor a todo un pueblo, a todo un colectivo de familias del mismo idioma que habían sido mancilladas por los caxlanes. Por encima de mi amor a Domingo —me dijo la mirada de Díaz Cuscat— estaba la orden que yo había recibido por parte de los

poderes sobrenaturales, la designación que las divinidades habían hecho en mi persona para liberar a todo un pueblo. Díaz Cuscat no dijo más con los ojos, pero yo comprendí y caminé hacia la cruz mientras el humo del copal se introducía entre mis párpados. La cruz que había estado clavada en el centro de Tzajal Hemel durante toda una noche cargada de cantos y oraciones, al amanecer fue puesta de nueva cuenta sobre el piso. La mañana neblinosa se había vuelto más sombría por el humo de copal que elevaban hombres y mujeres mientras cantaban y danzaban. Domingo estaba como envuelto por un sueño, no sabía qué estaba sucediendo, solo veía asustado a los hombres gritando y bailoteando en torno a él. No sé si el alarido que se escuchó haciendo temblar los montes, en el momento en el que entró el primer clavo en su carne de niño, fue de él o fue mío. No lo sé, no lo sabré jamás. Fue algo desgarrador, que provocó un estremecimiento de chozas y árboles, primero, y que después se diluyó en un eco de muerte que estuvo retumbando por varios días y varias noches por todo el territorio. Al primer martillazo, con el ardor en las venas, en los dientes —sangrando los labios—, desde sus ojos asustados, Domingo alcanzó a verme a mí, a su madre, como preguntándome qué había sucedido. ¿Quién gritó de esa manera aterradora que iban a recordar los hombres después de mucho tiempo? ¿Él? ¿Yo? ¿De qué pecho, de qué garganta, de qué boca, salió aquel grito que iba a estremecer los cerros y la conciencia? Producto de mi vientre era aquella masa ensangrentada que ahora se estremecía en la altura de su cruz. En mí, en mi cuerpo se concentraba el dolor de las otras madres que habían presenciado el sacrificio. Lloraban al pie de la cruz, gritaban, se empapaban de la sangre que Domingo dejaba caer sobre ellas desde sus diez años de edad. Domingo dejó de ser dueño de su vida, por lo tanto, de su dolor, de su asombro, dejó caer la cabeza sobre el pecho, fue cuando alguien gritó «¡Dios!», entonces «¡Dios!» gritó el resto. Mi

vientre de madre se había contraído en ese momento, mi vientre había servido para parir a Dios. Los hombres gritaron: «¡Sobre ellos! ¡Sobre los caxlanes! ¡Adelante!». Entonces mi vientre de madre, mi garganta de madre, mi lengua de madre, de madre de Dios, gritó con ellos: «¡Adelante!». Solo han quedado sobre el piso manchas de pozol derramado durante las danzas, también botellas de trago ya vacías, hay leños a medio quemar y cenizas de maderos y hierbajos que sirvieron para la ceremonia. Nunca supe del todo qué estaba sucediendo a mi alrededor. Mi alma asustada presentía, pero no sabía con certeza qué pasaba ni qué iba a pasar. Los hombres habían enloquecido. Cuando me llevaban a donde estaba la cruz, quise ver a mi hermana Agustina, la localicé caminando al lado del fiscal Díaz Cuscat, le busqué los ojos, no vi más porque ella bajó el rostro clavando la vista en el suelo. Solo alcancé a ver que lloraba. El miedo seguía creciendo en mí. Busqué el rostro de mi madre, pero este se encontraba perdido entre la multitud que gritaba y bailaba, que rezaba y bebía trago. Los ruidos que la gente produjo durante la noche, los lamentos y los rezos, el lloriqueo de los instrumentos se habían ido metiendo en mi pecho y cuando empezó a amanecer y me llevaban hasta donde estaba la enorme cruz de madera parecía que esos ruidos iban a hacer que mi pecho reventara; crecían esos ruidos dentro de mí y cada vez era más difícil respirar. Buscaba el rostro de mi madre, me sentía tan solo, rodeado de tanta gente borracha de alcohol y de quién sabe cuántas cosas más: tanto rezo, tanto griterío, los habían emborrachado, borracha estaba la mañana, borracha había amanecido, borracha de gritos y tiritando de frío. A mi madre no la vi ni siquiera cuando me pusieron sobre la cruz, solo cuando el primer martillazo cayó sobre el clavo que partió en dos una de mis manos, supe que mi madre estaba ahí, conmigo; la reconocí en aquel grito agudo que abrió un inmenso hoyo en el cielo, ¿o fui yo quien gritó desde aquel dolor que estremeció mi

sangre? Todavía no sé bien qué ha pasado, veo mi cuerpo roto allá abajo, clavado en una cruz, lo veo amarrado a la tierra desde esta otra cruz desde donde lo veo, desde esta cruz que vuela con alas y pescuezo de zopilote. Los hombres se fueron enloquecidos como la mañana en la que han sucedido estas cosas. Se fueron, dijeron que iban a San Cristóbal.

Hombres y mujeres, en son de guerra, se fueron sobre San Cristóbal. El grito beligerante, la imprecación, el insulto y la amenaza llenaron el espacio. Las circundancias crecían ecos de muerte. Los más contumaces iban adelante, machete en mano, mientras lejos de ahí el enemigo, en su ámbito, elevaba himnarios eclesiásticos y castrenses. Las legiones impertérritas avanzaban sobre su blanco, el potro de la muerte sangraba sus ijadas y levantaba sobre el campo militante el exordio del exterminio. Así se inició una vez más el descenso de la niebla. Amenazante y densa, envolvió en sus entrañas el grito bélico, el filo y la punza de las decisiones colectivas. Un elemento de la hipóstasis trinitaria iba con ellos. Iba con ellos el alma de un Dios de diez años que se encargaría de cobrar las cuentas pendientes. Mientras la niebla descendía, los ejércitos, en medio de ella, avanzaban, introduciéndose en los dédalos de la penumbra. Después, cuando la niebla levantara, el segundo fin del mundo estaría consumado.

Las intensas lecturas y las constantes fiebres por causa de su brazo enfermo hacían que en el cerebro de Pedro Díaz Colombo hubiera una confusión de tiempos, en los que él mismo era actor junto con su mujer, Rosario Rosellón de Díaz. Así, Pedro Díaz

había vivido efectivamente el primer fin del mundo en 1712, y el segundo fin del mundo, que se inicia con la crucifixión de un niño de diez años en Tzajal Hemel, en 1867. De la misma manera, se le mezclaban los tiempos todos y así podían vivir, él y su mundo, en el principio de este nuevo siglo, el siglo v de San Cristóbal que se iniciaba, según él, con la aparición de un extraño grupo de encapuchados que había visto cruzar la calle desde la ventana del estudio-biblioteca de don Prudencio Moscoso, en donde se afanaba todas las tardes entre libros y legajos polvorientos y conversaba en presente con personajes del pasado, y los oía y los vivía junto con las conversaciones que mantenía con el cuadro del fraile Matías de Córdoba, que desde sus vestimentas empenumbradas vigilaba sus actos y le hacía reconveniones. Así era como en el primer fin del mundo Pedro Díaz había estado en el diluvio que en una sola fecha unió tres diferentes, había asistido a las víctimas y había hecho lo posible por apoyar a los damnificados. Oyó a Rosario tocar el clavecín —el piano— en la elegante sala de los Rosellón y vio de manera disimulada las grandes atrocidades que cometía don Hernán Rosellón de Alvarado y Goudimel con la gente que tenía a su servicio. Su férrea actitud lo mantuvo en 1712 y en lo que vino después al lado del poeta García de León, a quien también acompañó en el segundo fin del mundo, en el momento en el que los indígenas clavaron a un niño de diez años en el centro de una plaza pública. Eran las épocas en las que ya había muerto su primer suegro, don Hernán Rosellón y vivía en otro siglo, en la casa de su segundo suegro, don Hernán Rosellón, cuando el clavecín en donde tocaba Rosario ya no era clavecín, sino un elegante piano cubierto con mantillas de finísimos brocados. El indio Díaz Torcaz, desde la invención de sus fiebres, fue testigo de los dos fines del mundo y ahora, en este siglo v de San Cristóbal, era el sirviente, amigo y consejero de Rosario Rosellón y —confusión de tiempos— trata de enseñar a su patrona a tocar el

piano con bolillos, baquetas de marimba. Qué entrecruzamiento de tiempos y cuánta fiebre. El brazo gordo y rojo. Rojo y caliente. Caliente y deformado. ¿En cuál de los tres tiempos del tiempo empezó Pedro Díaz a sospechar de su mujer? ¿En el primer fin del mundo?, ¿en el segundo?, ¿en el inicio de este siglo v? ¿En qué momento fue cuando se empezó a sentir víctima de actos de brujería de parte de Rosario para tenerlo bajo control, según él, y obligarlo a seguir investigando hasta descubrir completamente la historia de la familia y el verdadero espíritu de los hechos históricos y convertir todo este material en una vindicativa denuncia? Desde el delirio de su fiebre, Pedro Díaz acusaba a su inventado Díaz Torcaz de haber iniciado a Rosario, la hija de la luna, en las prácticas de brujería. Él era el único que se preguntaba cómo había Rosario aprendido, sin maestro ni método alguno, a tocar el clavecín, y luego el piano, y luego el órgano del templo de la Compañía, también llamado de San Agustín. Él era el único que sabía en todo Ciudad Real, primero, y luego en San Cristóbal, de los insomnios de Rosario y de sus incursiones en la medianoche al templo, en cuyas cercanías, en los nocturnos de niebla, se escuchaba una fantasmal música de órgano. Ya nadie le quitaba de la cabeza a Pedro Díaz Colombo que su mujer realizaba actos de brujería junto con el indio que la acompañaba a todas partes y quizá, pensaba también, que incluso el raro mal de su brazo izquierdo tenía el mismo origen, porque, además, entre brumas, recordaba que antes de aquel extraño piquete que le había inyectado su ponzoña en el brazo, mucho antes, había oído a Rosario decir, mientras lo incitaba a descubrir más sobre las matanzas contra los indios: «Pobre de aquel al que se le enferme el brazo izquierdo...». En medio de la confusión de tiempos que vivía Pedro Díaz Colombo, estaban muchas cosas por aclarar, por ejemplo, ¿cuál había sido el verdadero final de la madre de Rosario? Una corriente de información sostenía que doña Disamis Celarent

de Rosellón, maestra —contra clero y marea— de Lógica en la Universidad de San Cristóbal, había muerto en la casona de los Rosellón al dar a luz a Rosario. Según los sueños de Rosario, ella nació en el interior de las grutas cercanas a San Cristóbal, y ahí mismo murió su madre, en el centro de la enorme caverna. Otros que se decían enterados afirmaban que la madre de Rosario enloqueció al dar a luz a esta y que, amparado en una tarde de intensa neblina, don Hernán mandó a sacarla de San Cristóbal y llevarla a Ciudad de México, en donde fue internada en una casa de descanso, sin que se hubiera sabido nada más de ella. Rosario quería saber más, más, y presionaba a Pedro. Caridad, la mujer de la que realmente estaba enamorado Díaz Colombo, estaba cada vez más lejos de esta historia, pues por su propia voluntad se había aislado en su mundo principesco, y ni antes ni después de la muerte de su padre quiso entrar en contacto con la realidad. Los dos fines del mundo para ella no existieron —o casi— y el siglo v de plano era una invención de locos. Ahora, en esta confusión de tiempos, Rosario Rosellón trata de convencer a su marido de que pidiera un permiso a su periódico de Ciudad de México y viajase al extranjero a complementar sus investigaciones. ¿Quién es Balancán Goudimel, el enigmático personaje que en la Edad Media europea tenía un nombre indígena tabasqueño?, ¿supieron de él la pintora Leticia Ocharán y el poeta Carlos Pellicer? Se cree que la pintora sí llegó a conocer de esa existencia. ¿Quién es Claude Goudimel, el misterioso músico que apareció de pronto entre los papeles pautados, que lleva uno de los apellidos de la familia, pero de cuyo origen nadie sabe? Ni documentados investigadores musicales consultados al respecto y ni siquiera Juan José Escorza, uno de los más sabios estudiosos de estas cosas, mandado a traer especialmente de Ciudad de México. ¿Qué más se puede investigar en el viejo mundo sobre el origen de los Rosellón y del primer Lucas Veneciano? Pedro Díaz Torcaz piensa el asunto con

mucha seriedad, pues también quiere ver si, alejado de su esposa, puede escapar a las oscuras prácticas que sospecha en ella y así, desde lejos, ver el asunto desde otra dimensión. Y curar el brazo. También piensa en su brazo hinchado. Por lo tanto, cada vez se muestra menos renuente a las presiones que, en el sentido de que viaje, le hace su mujer Rosellón. A fin de cuentas, también en el valle de Jovel ha viajado. Ha viajado de Ciudad Real a San Cristóbal de las Casas; desde su primer suegro, don Hernán, hasta su segundo —que es el mismo—, Rosellón de Alvarado y Goudimel; ha viajado desde las páginas de su periódico en Ciudad de México hasta el centro de las verdades que bullen en la biblioteca de don Prudencio; ha viajado desde su salud hasta los delirios de la fiebre. Y aunque a veces se confunda y los viva todos a la vez, gracias a eso es que ha estado en el vértice de la flor de los tiempos.

Luz ciudad. Temprano bailoteó el sol por los cristales de la ventana. Fue un entrar de frente —sin reticencias— del rostro dorado y redondo de una mañana azul que había venido rodando por el río hasta la altura de la *fenetre* y ahí abierto a plenitud su chorro brillante. El cuarto estaba en el cuarto piso de un edificio ubicado en zona que en otra era fue de pantanos, vaso de lodo y desperdicios arrastrados por la corriente cuando el río se desbordaba. Ahora —asunto de siglos sobre el tráfigo humano— solo existía el nombre que recordaba —¿por parte de quiénes?— aquellos lodazales, cuando la gente nombraba la zona como Quartier des Marais. Una terracita volada hacia fuera. Arriba, el cielo azul sonriente y la punta apenas —apareciendo sobre las azoteas— de la enorme torre de hierro. A solo tres cuadras de ahí —¿cuatro?—, la Place des Vosges, la casa de Victor Hugo, pastoreada por el turisterío y un ir y venir de las nueve de la mañana al y del Boulevard Richard Lenoir. Atrás y a un lado, justo, el edificio de los Archivos Nacionales. Golpe de sol a la altura de la ventana

y abajo, sobre las aceras de la Rue des Francs Bourgeois. Mañana resplandeciente sobre una ciudad tendida a lo largo y ancho de soleados siglos. Ciudad de historias. Ciudad luz.

Pedro Díaz Colombo llegó a París por la noche. En esa fecha la ciudad había sufrido un largo apagón, por lo tanto, el periodista entró a la urbe acompañado por los rayos de la luna. Al día siguiente, sin perder más tiempo se dirigió a los Archivos Nacionales ubicados en la Rue des Archives, transversal a la ya citada Rue des Francs Bourgeois, en donde había decidido hospedarse, en el departamento de una amiga de nombre Rosalinda, quien tenía tiempo de vivir en esa ciudad. Fue la primera persona en llegar a la puerta del edificio en donde planeaba continuar sus investigaciones.

—*Bon jour.*

—*Bon jour, monsieur.*

—*Est ce que vous pouvez me dire...?*

Con mayor rapidez de lo que esperaba, a la cuarta semana de visitar los Archivos Nacionales, Díaz Colombo dio con un documento que francamente no había imaginado. Llevaba como título, ni más ni menos, que el de «Muerte de Balancán Goudimel». La dicha lo colmó. No sabía que en el resto de su estancia en esa capital no iba a encontrar nada más. Pero lo que tenía por ahora frente a sus ojos era motivo de su mayor felicidad. ¿Qué le iba a revelar aquel documento? ¿Qué le deparaba la investigación iniciada?

Muerte de Balancán Goudimel

De pronto las llamaradas le cubrieron. Entre las gruesas lenguas rojizas se abrían de vez en cuando ciertos espacios en los que se lograba contemplar su rostro dibujado por el terror y los ardores bestiales que se le empezaban a untar a la piel en medio de un olor a chamusquina invadiendo el lugar. Sacudía la cabeza hacia los lados; abría la boca desmesuradamente, como si el humo que se desprendía de los maderos calcinándose y que ascendía sobre su cuerpo firmemente atado le estuviera ahogando. Un tronadero de hierbajales salpicaba la noche posesionada de la plaza de Innsbruck y en torno a aquel infeliz, todo resplandecía, como si el demonio bailara a su alrededor una danza de luces, tronco retorcándose, eje fulgurante entre la vasta oscuridad del siglo.

Cuando las llamas alcanzaron mayor altura, el hombre fue definitivamente copado; ya ni sus gritos escalofriantes se escuchaban, puesto que también habían sido anulados por el griterío de la muchedumbre que, como poseída, seguía arrojando leños a la hoguera.

Apenas un par de horas habrían pasado del momento en el que Balancán Goudimel fue arrebatado del interior de su casa, ubicada en las orillas de Innsbruck, fácilmente reconocible por

una enorme aguja de metal que —según versiones llegadas a nuestros días— se clavaba en las nubes y en las noches de tormenta se llenaba de electricidad haciendo que la tierra retumbara con sonoridades fantasmagóricas. La multitud arrancó a Goudimel de su soledad, de sus libros, viejos tomos amarillentos, llenos de quién sabe cuántas oscuras amenazas guardadas en sus interiores de papel carcomido, y lo llevó arrastrando por la calle bajo una lluvia de palos y anatemas que hizo el recorrido más lento de lo que normalmente era cuando se conducía a cualquier sentenciado por cargos de robo o de herejía. La víctima sangraba ya diversas heridas en el cuerpo; su cara estaba habitada por el espanto mientras sus verdugos —la población entera— le sumaban sogas, soldándole los brazos a las costillas.

En la actualidad ya no quedan vestigios del tenebroso sistema de calabozos en el centro mismo de Innsbruck. El hombre moderno no cuenta con dato alguno de lo que fueron aquellos reclusorios helados, con tufos de sótano, en donde purgaba las sentencias más terribles todo aquel que cometiera falta, quedando sujeto a la ley monárquica y a la sevicia clerical. Los duros establecimientos, erigidos con piedra del Medioevo, que durante los intensos inviernos de Innsbruck sudaban hielo, eran verdaderas tumbas recorridas por la pulmonía y las ratas ateridas. Afuera, sobre las calles gélidas, cuando empezaban a caer las sombras, danzaba el diablo con gozosos arrebatos. Adentro, la muerte se apoderaba de la oscuridad. Los calabozos contaban con pequeñas ventanas por las que no entraba sino más frío, que se venía a sumar al frío enredado a los huesos de los reos. Los breves enrejados de las ventanas y los que cerraban los arcos de acceso quemaban las manos de quien se asiera a ellas; su herrumbre de humedad indiferente sellaba vidas y esperanzas.

La urgencia por llevar a la hoguera a Balancán Goudimel era tanta que, según datos llegados hasta la fecha, ni siquiera sufrió

—como en el caso de otros condenados— los calabozos de Innsbruck. La prisa lo llevó directamente de su casa a las llamas. No obstante, era una prisa que se había vuelto lenta, cargada metro a metro de injurias, salvazos, arrebatos lapidarios, participaciones degradantes. Magullado por el miedo y los golpes, se le hizo subir sobre aquel cerro de leños resecos. El cielo era de un azul frío total, oscuro, curvado por las primeras estrellas. La ciudadanía, toda alumbrada con hachones, rugía y aplicaba su rigor a aquel cuerpo asustado que ascendía con dificultad sobre el montón de materia comburente. Fue amarrado a un grueso madero mientras el griterío se hacía más intenso. La inicial llamarada desde los leños cantó su brillo sobre la noche.

Las primeras noticias que aparecieron acerca de la existencia de Balancán Goudimel fueron procesadas por un extraño investigador, B. K. Nicholson, quien, al parecer, había conformado su cuadro de conocimientos en la Universidad de Salamanca, de donde partió para hacer una serie de investigaciones históricas al norte de Italia. De B. K. Nicholson poco se sabe; se dice que siempre se le vio con extrañeza entre sus condiscípulos, quienes le conocían por el sobrenombre del Extranjero. Las costumbres de este estudiante salamanquino eran bastante estrafalarias; sus extravagancias se comentaban incluso fuera de su enclaustramiento científicista.

Fue B. K. Nicholson el primero en hablar de Balancán Goudimel y su muerte violenta. Sus investigaciones aportaron datos precisos acerca de una existencia inquieta, truncada repentinamente por el odio colectivo, por una ceguera multitudinaria, poseedora del fuego y la irracionalidad.

A través de una minuciosa revisión, B. K. Nicholson fue arrancando del polvo y del olvido, de las entrañas del pasado, gran cantidad de datos que fueron ayudando a esclarecer el origen del rastreado personaje y su muerte violenta. B. K. Nicholson revisó

pacientemente archivos italianos, suizos y austriacos en busca de mayores conocimientos acerca de esta tragedia. Según su bitácora de viaje, se sabe que estuvo meses en Bolzano y años enteros en Trentino, asomándose a legajos y a relatos verbales que habían caminado entre los siglos. Explica su estadía en Murano y su largo transcurso a través de los Alpes Cárnicos, así como sus inquisiciones en Salzburgo y otras ciudades y poblaciones vecinas. En esa forma, poco a poco, a través de lustros de trabajo agotador, fue conformando la historia y muerte de Balancán Goudimel, uno de tantos hombres que murieron en la hoguera en aquella época.

El acceso a la documentación que había dormido años en los archivos del olvido se iba convirtiendo en una empresa cada día más difícil para B. K. Nicholson, quien, a un nuevo paso para esclarecer sus dudas, se encontraba con una puerta más que le cerraban de golpe. Durante el tiempo que duró su investigación tuvo que girar muchos oficios, bastantes de los cuales ni siquiera obtuvieron respuesta por parte de los solicitados.

Infinidad de legajos le fueron ocultados, aunque sus diferentes indagaciones le aseguraban que tenía que encontrarlos en los sitios en los que finalmente solo hallaba espacios vacíos y silencios. Él proseguía sin cejar, siempre con nueva aportación de datos, de especificaciones, de señalamientos; revisando, penetrando en los secretos dormidos entre el polvo.

Ante las dificultades que afrontaba, tuvo que valerse de un sinnúmero de argucias para asegurar el éxito de su trabajo. En muchas ocasiones se vio obligado a aplicar una especie de estenografía muy particular, que le proporcionaba la oportunidad de copiar con rapidez textos de mucha extensión. En otras diligencias arrancaba de los libros de actas páginas que le parecían fundamentales para el esclarecimiento de sus dudas. Pero el punto culminante de sus hazañas lo representaban las extracciones de legajos completos, que eran sustituidos por falsificaciones que le ocupaba meses enteros reintegrar.

En esa forma, B. K. Nicholson logró convertir los archivos públicos de diferentes ciudades en archivos particulares, los que lentamente y en secreto fue concentrando en Brig, a orillas del Ródano, donde Nicholson finalmente desapareció de forma misteriosa. Sus últimos días habían sido de actividad ininterrumpida.

En un reducido estudio de Brig fue capitalizando aquel material que recopiló al término de muchos años de esfuerzo. El Extranjero, como le llamaban sus condiscípulos salamanquinos, realizó varias operaciones en aquellos legajos amarillentos.

Por ejemplo, bastantes textos fueron trasladados a un lenguaje moderno, con la traducción incluso de signos con intenciones esotéricas. Otros tantos, ágil amanuense, los volvió a escribir, capítulo por capítulo, para preservarlos del deterioro.

Muchos de estos documentos fueron desechados por el investigador al suponerlos víctimas de alteración. Para ello se valió de ciertos procedimientos de alquimia que solamente las altas autoridades salamanquinas conocían, y que por aquel entonces se había resuelto no hacerlos de conocimiento público para preservar a la humanidad de probables catástrofes en caso de mal uso.

Antes de su desaparición, B. K. Nicholson logró poner en orden el desbarajuste de testimonios borrosos junto con los vueltos a escribir por su propia mano e inició la clasificación de aquel cúmulo de datos para dar a la luz lo averiguado acerca de su personaje y del entorno social en el que se desarrolló.

Los momentos dramáticos que vivió Balancán Goudimel, las causas que lo llevaron a sufrir las vejaciones que lo lanzaron a la muerte, incluso, fueron convirtiéndose en conocimiento después de la ardua investigación. Posterior a la desaparición de Nicholson, parte de esos datos se publicaron en un sumario cronológico editado por una sociedad investigadora de los asuntos del alma, de efímera vida en la historia de Innsbruck. Gracias a esos testimonios se ha podido reconstruir el drama que, una noche de invierno

del siglo xv después de Cristo, vivió Balancán Goudimel encima de un montón de leña encendida por la rabia del populacho.

Mucha agua ha corrido bajo los puentes del Ródano desde entonces; muchos acontecimientos científicos han seguido envolviendo al mundo con una gasa de sorpresas y estupores. Curiosamente, a siglos de distancia, un investigador actual, el doctor Nicholson, radicado en Filadelfia, homónimo del Extranjero, el que desapareció misteriosamente a orillas del río helado cuando cifraba la edad de sesenta y seis años, ha revivido al personaje Goudimel publicando en una revista norteamericana un amplio reportaje acerca de su angustiada muerte en medio de las llamas.

Nicholson, el investigador norteamericano, ha descrito una relación impresionante de situaciones que vivió —digamos, que pudo haber vivido, según la historia que se nos cuenta— aquel incinerado en Innsbruck. Obviamente, ha hecho una interpretación de la interpretación que el otro Nicholson hizo del suceso, pero en ella nos describe todo un mundo de terror sobre el que finalmente fuimos fincando nuestra vida actual.

El Nicholson contemporáneo, sociólogo e historiador inquieto, además de hombre de conocimientos en cuestiones de zoología, se ha especializado en los acontecimientos que fueron conformando lo que conocemos —dentro de nuestra ansia clasificadora— como Edad Media. Poseedor de una cultura vastísima, ahora nos asoma a la vida y muerte de alguien que a primera vista no tiene más mérito que el haber perecido en una hoguera, presa de pavor, víctima de la incompreensión general. Apoyado en su antecesor, Nicholson va más allá al descubrirnos, con un lenguaje ágil, la injusticia que llevó a un hombre amante de la vida a morir en la hoguera.

Su relato nos conmueve y nos hace meditar acerca del destino del hombre. Nos planta en el ánimo y en la imaginación la vieja historia medieval.

Balancán Goudimel —según los datos recabados— vivía en la región alpina en cumplimiento de una extraña vocación que le hacía buscar las alturas. El sitio exacto de su nacimiento se desconoce; apenas se sabe, a través de ciertos documentos encontrados dentro de un legajo que se refiere a su proceso —proceso del que solo se le notificó la pena de muerte unos cuantos minutos antes de ejecutarla—, que era un raro personaje procedente de las Galias.

No se conoce a ciencia cierta ni en qué año ni en qué forma llegó a Innsbruck. Apareció de pronto y pareció que siempre había estado ahí, habitando una casa del centro de la ciudad. Sus ojos grises, enmarcados por unas cejas más grises aún, escudriñaban los rincones urbanos con una mirada penetrante que quería ver y saber todo. De su origen nadie sabía nada. Pero eso no tuvo en un principio importancia alguna, no hubo quien se preocupara por ello.

De su permanencia en las Galias han llegado a nosotros ciertas aproximaciones a la vida del personaje. Se sabe, por ejemplo, que fue un hombre encerrado en sí mismo, reconcentrado en sus pensamientos pletóricos de antecesores ejercientes en menesteres de marinería tras la captura de antiguas rutas fenicias. Alguna vez llegó a hablar de ciertas incursiones en mares desconocidos. Hay un paréntesis oscuro en su devenir, que se cierra en el momento en el que reaparece, en un punto de su adolescencia, sobre una playa del océano Pacífico. ¿Japón?, ¿China?, ¿Tailandia?, ¿Filipinas?

El retorno a su lugar de origen fue hecho por tierra, viviendo varios años de su formación en las montañas del Tíbet. Se supone que conoció a fondo las culturas del Medio Oriente, en donde se volvió a embarcar con destino a su tierra usando como vía el Mediterráneo. Decía venir marcado desde los abuelos de sus abuelos, consumados navegantes, pero él quedó finalmente en tierra, atado al palo mayor de una hoguera, marquemente. De

sus descendientes se maneja el dato de que no los hubo en lo que respecta a su existencia en Innsbruck, pero parece que en tierras galas había dejado mujer e hijo.

Con respecto a su probable descendencia, citaremos que, andando el tiempo, a mitad de la centuria del mil quinientos, apareció la figura de Claude Goudimel en el medio musical europeo y junto con otros compositores, como Jambe de Fer, Claude Le Jeune, Pascal L'Estocart y Janequin Goudimel, pasa a la historia de la música universal como excelente creador de armonizaciones para el salterio —colección de salmos—. En su amplio catálogo se encuentran partituras de motetes, misas y canciones. A partir de 1560 cortó de golpe su producción católica y profana para entregarse a la creación de salmos protestantes, de los que hizo cuatro versiones polifónicas.

Muchos músicos de la época le rodeaban con el fin de apropiarse de parte de sus conocimientos. Su erudición musical era vastísima y la fama de su ingenio había traspasado ya fronteras en el mundo de entonces. Se llegó a dar el caso de que ciertas partituras de otros músicos le fueran atribuidas, hecho que, en lugar de agrandar su fama, la menguaba un tanto, ya que las obras apócrifas no estaban a la altura del destacado músico.

Claude Goudimel vivió en el misterio —de su infancia y juventud no se sabe absolutamente nada— hasta que en 1551 aparece como colaborador del editor N'Du Chemin, empezando a ser conocido a partir de entonces como creador e impulsor del arte musical. Su producción coral tiene la característica de casi constituir verdaderas sinfonías vocales.

Es de notar un extraño paralelismo entre Claude y Balacán Goudimel. Durante algunos años Claude decide radicar en Metz y ahí es en donde se declara abiertamente en contra del poder eclesiástico. En forma decidida toma partido a favor de la Reforma religiosa, actitud que apoya magistralmente con su arte.

Goudimel empieza a ser perseguido por las críticas que enarbola en contra de «las costumbres pervertidas de la época», por lo que se ve precisado a trasladarse a Lyon para finalmente terminar su vida, en forma violenta, en 1572, al caer brutalmente asesinado por la represión clerical. De Claude Goudimel no se supo nunca ni fecha ni lugar de nacimiento, pero sí queda para el mundo la dramática constancia del crimen de que fue víctima en la noche de San Bartolomé.

Después de los datos asentados, nada más se maneja acerca de lo que fue la familia anterior ni posterior de Balancán Goudimel, personaje que, cuando fue entrando a la edad de la madurez, inició un proceso más profundo de reconcentración. Poco se le veía por las calles de Innsbruck, pues la mayor parte de su tiempo transcurría en un verdadero océano de papeles convertido en marco de su existencia.

En sus estantes tenía asiento la más extensa proliferación de temas; los tomos que formaban su mundo, sus proyectos y sus metas cubrían desde los mitos más antiguos hasta las matas más robustas del pensamiento humano. Timos y motes, datos de exactitud científica, verdades por comprobar, ceñían su espacio en lujo de perfecta clasificación.

Doctor en los asuntos de la Vulgata de san Jerónimo y traductor de los poemas de Anacreonte al latín, Balancán Goudimel constituía un pozo de erudición que, por el estrecho círculo que lo rodeaba, no tenía mayor aplicación inmediata, no obstante la evidente necesidad de esta. Con argumentos fehacientes pasaba de la exégesis a una crítica violenta del orden social imperante más allá de su puerta y de su reducido ventanal.

La personalidad de Goudimel crecía entre sus paredes, rodeado de gruesos tratados de oscuros alquimistas, así como de obras científicas y literarias escritas en hebreo, griego y latín. Uno de los libros más consultados por él era el de cierta minu-

ciosa relación zoológica llevada a cabo por Aristóteles. También dominaba un manuscrito de pastas alargadas, *Las confesiones* de san Agustín y poemas de Catulo y Ovidio que insistían con su permanencia, no obstante la ciega persecución eclesiástica de la que estaban siendo objeto por obscenas y atentatorias a la moral católica. Quizás entre sus libros más amados estaban *Antología palatina*, del monje Máximo Planudas y *De consolatione philosophiae*, de Boecio. Se supone que así sería por las inclinaciones del personaje.

El retraimiento erudito de Goudimel pronto fue amenazado por una conspiración de pulpitos, amasada desde un panteísmo que tomaba las formas más tenebrosas de la persecución. La agitación en nombre de Dios, cruel, inhumana, impiadosa, fue paulatinamente envenenando los verbos y el aire en donde estos eran puestos a incubarse. Toda una fraseología inyectada por el odio se hinchaba desde los altares y salía a ocupar las calles y las casas con un clamor de venganza contra las amenazas heréticas.

Los ataques que partían de pulpitos y recintos sacros se fueron sistematizando; los ánimos sufrían alteración constante. Los oradores fueron desenvolviendo, desde un denso nudo místico, un rosario de sentencias sombrías clamando por víctimas..., por la víctima que clausuraba su paso por las aceras «para vivir su encierro practicando las más despreciables artes del demonio». Las misas hablaban por la venganza.

Concretamente, se acusaba a Balancán Goudimel de ser portador de conocimientos extraños que ponían en serios peligros las costumbres de un pueblo entregado a la adoración a su Dios y al respeto a las autoridades. Se le llegó a acusar de prácticas secretas en las que terminaba invocando a Lucifer. Era en sí, para sus acusadores, un ser indeseable que no merecía formar parte de la comunidad, que debería ser expulsado junto con sus ritos diabólicos y sus delictuosos actos de concentración.

La campaña de agitación surgida de los claustros fue alcanzando tonos cada vez más violentos y los efectos en la población no se hicieron esperar. Empezaron por quitarle el saludo los pocos que intercambiaban palabras con Goudimel. Lo fueron reduciendo a la estrechez del silencio total. Las mujeres, cuando llegaban a encontrarlo, cambiaban de acera para no tener que cruzar por donde él caminaba. Se le miraba de reojo, se le evitaba. Se iniciaba el proceso de su muerte.

Su mundo, en abierta incompatibilidad con el mundo que lo acusaba, que lo acosaba, que lo cazaba, estaba regido por ciertas teorías atómicas que procedían de Demócrito y Leucipo. Hablaba de Aristóteles en una intención dialéctica del pensamiento enmarcado en los cuatro elementos, agua, aire, tierra y fuego, citados junto con los nombres de Empédocles, de Heráclito y Anaximandro. Para decir su respeto a los derechos colectivos decía Protágoras y se solazaba delectando la naturaleza en la palabra de Tito Lucrecio Caro. Todo esto constituía una amenaza a la nueva cultura fincada sobre la base de libros santos.

Escandalizaba a clérigos y sabios la teoría que sustentaba respecto del orden planetario; sobre todo, cuando se atrevía a asegurar que era la Tierra la que ejercía un movimiento de traslación y rotación en torno de la gran hoguera solar y no eran esta ni los demás cuerpos siderales los que movían su complicado sistema en torno de la Tierra.

Gustaba citar a Aristóteles cuando se internaba —por ejemplo— en la vida zoológica, pero cuando el asombro total poseía a sus ralos oyentes era cuando explicaba las relaciones animales en tierras que nunca nadie había conocido; que era muy probable que existieran en una imaginación afebrada; que no aparecían en ningún tratado; que posiblemente habían surgido del mito relacionado con aquella Atlántida que supuestamente se hundió en el mar.

Entre las especies más extravagantes de las que hablaba —la fauna más fantasiosa nacía de sus palabras— atraían la atención sus disertaciones acerca de un animal que él nominaba «roedor real», un pequeño mamífero que vivía en un continente tendido del otro lado de los océanos insondables. Según sus afirmaciones, de entre la muerte, que era lo que para todos significaba la línea lejana en la que se juntan el cielo y los mares, surgía una vida frondosamente verde. Se trataba de un continente habitado por cascadas y una espesa carne vegetal que daba nido a los animales nunca imaginados por mortal alguno. Ahí, en ese lugar mítico, la naturaleza hablaba con los verbos más exuberantes. Del otro lado del mar, la muerte azul, latía una inmensa vida verde, con un agolpamiento de savias en las entrañas.

Balancán Goudimel afirmaba que ese sitio existía y que ahí, como parte de una zoología increíble, se encontraba el hábitat del «roedor real». Se trataba de un cuadrúpedo veloz al que los naturales denominaban «guaqueque». Todo esto inquietaba sobremanera a sus oyentes.

Este animal tenía un gran interés para el que lo explicaba debido a esa decisión que le había llevado a trocar el día por la noche. A causa de sus perseguidores, el pequeño mamífero de color negro había decidido untar su piel a las oscuridades nocturnas para poder preservar su existencia. Los oyentes atisbaban en esto ciertas referencias satánicas de Goudimel. Hablaba de este raro animal como de un ser solitario refugiado en túneles y en troncos huecos con dos salidas. Latido de la tierra —decía—, uno de los lugares más apropiados para su protección es las raíces de los grandes árboles, solamente contemplables en ese continente lejano, de palpitaes verdiazules.

Lo describía como un animal selvático del tamaño de un conejo grande, de largas patas, orejas pequeñas y redondas, poblado de color negro con ciertas mezclas blancuzcas o amari-

lentas. Comentaba que cuando alguien pretendía capturarlo, el roedor lanzaba unos chillidos tan agudos que estremecían la selva, sobreponiéndose al rumor de ríos y follajes.

Comentaba Balancán Goudimel que este habitante silvestre era sumamente nervioso y que muchas veces, cuando lo poseía el miedo, era capaz de ejecutar saltos hasta de más de dos metros de altura. Su chillido era verdaderamente terrífico, pero segundos después, bajo los efectos de una tremenda impresión, podía morir víctima de su pavor. En estos relatos, los demás encontraban quién sabe qué signos avernales y dejaban ir la imaginación no en sentido de la magnificencia biológica, sino en la dirección sombría de presencias demoníacas.

Los infelices mortales sabían que la tierra, que la vida, Dios mismo, terminaban en donde concluía el mar. Hablar de una existencia más allá del horizonte misterioso era hablar de cosas que estaban fuera de la edificación divina. El círculo se fue cerrando.

En los púlpitos la campaña se intensificaba, en las calles y en las casas los rumores crecían. Un buen día, Balancán Goudimel inició el traslado de sus estantes, de sus libros, de sus escasos muebles contruidos con tosco maderamen a una apartada casa de las afueras de Innsbruck. Para ese entonces la gente le había retirado totalmente el habla y su desprestigio alcanzaba ya poblaciones cercanas. La casa de Goudimel estaba sumida en el silencio absoluto, pues la población entera había decidido no pasar por las inmediaciones del sitio aquel, al cual consideraba como lugar maldito.

La sugestión popular llegó a tal grado que convirtió la casa de Balancán Goudimel en lugar verdaderamente tenebroso. Por las noches empezaron a aparecer en el sitio sombras acechantes, misterios que se condensaban en el ambiente. Ya había quienes aseguraban haber oído al filo de la medianoche unos espeluznantes chillidos como los que Goudimel relataba cuando se refería a sus bestias luciferinas.

El miedo colectivo aumentaba y en esa misma medida los fenómenos inexplicables que se sucedían en la circundancia de la mansión maldita. Durante el día, aquella casa preservaba un misterioso retiro. Goudimel ya no asomaba a ninguna hora. Todos ignoraban sus medios de abastecimiento, una prueba más de sus abominables ligas con el más allá. Durante las noches, nadie abría los ojos para escudriñar entre las penumbras.

Poco a poco se fue acercando la población a la casa de Balancán Goudimel. La primera incursión fue la de un grupo colérico que, bajo el mando de un párroco sacudido por la violencia, llegó hasta la puerta misma de la residencia malhadada y entre improprios al hereje y alabanzas a Dios, regó el terreno inmediato con agua bendita. El espíritu exorcizante de aquella primera incursión calmó por un tiempo los ánimos conciudadanos.

La segunda visita fue durante una noche particularmente fría. Goudimel se percató de lo anormal de la situación cuando desde lejos escuchó las voces delirantes de quienes iban por él. El griterío iba en ascenso; después su vista, gastada en textos de tiempos remotos, empezó a percibir las teas que, semejando un gusano luminoso, se dirigían a su casa. La puerta fue derribada a golpes. La intimidad de Goudimel, violada por una furia incontenible, empezaba a convertirse en una sola llamarada. El maldito fue sacado con las manos fuertemente atadas mientras a las espaldas de la multitud Aristóteles, Anacreonte, Lucrecio, Solón, Cayo Plinio Segundo, san Agustín mismo, documentos y apuntes eran devorados por una hoguera que empezaba a llegar al cielo.

Balancán Goudimel, el réprobo, fue conducido con violencia hacia la cúspide de un montículo formado por leña, fue atado a una gruesa viga vertical, fue rociado con agua bendita, fue cercado por antorchas amenazantes, fuego fue...

Nicholson nos ha traído hasta nuestros días esta vieja historia que nos habla de cómo se ha ido formando el hombre, su cono-

cimiento. Nicholson vive actualmente en un barrio de Filadelfia, labora en un espacioso estudio poblado de libros y aparatos extraños que nos dicen de la evolución científica. Mantiene sujetas a sus paredes algunas litografías que ilustran diferentes especies zoológicas, entre las que hace destacar la de un mamífero que habita en los cacaotales del norte de Chiapas, México. Abajo hay una pequeña explicación que reza:

Guaqueque negro (zerete, cuatuzá)

Dasyprocta mexicana (Saussure)

Mamífero fácilmente asustable. Los primeros misioneros que llegaron a América lo veían con terror, porque el guaqueque, al ser sorprendido en las espesuras, se llenaba a su vez de pavor esponjando toda la pelambre de su cuerpo, mostrando a los clérigos una imagen que los petrificaba.

Nicholson ha explicado en publicaciones sobre asuntos científicos y tecnológicos que el guaqueque es muy conocido por la gente que navega a lo largo del río Usumacinta, corriente que al bajar de las montañas guatemaltecas recorre gran parte del territorio de Chiapas antes de pasar por un pueblo de nombre Balancán, en la exuberancia tropical del estado de Tabasco, unos cuantos kilómetros previos a desembocar en el golfo de México.

Después de la larga búsqueda en los archivos de París y de haber encontrado —y nada más— el informe sobre la muerte de Balancán Goudimel, el siguiente paso de Pedro Díaz hubiera sido trasladarse de la capital francesa a Filadelfia en pos del doctor Nicholson, pero algo inesperado había sucedido en San Cristóbal que le obligaba a regresar cuanto antes. Su periódico hizo contacto con él para obligarle a que de inmediato retornara a su fuente base y se hiciera cargo de la información acerca de unos encapuchados aparecidos de pronto en la vieja ciudad y cuyo jefe era buscado con nulos resultados, hasta en el último rincón, por un ejército de periodistas y camarógrafos nacionales y extranjeros. Con el brazo gordo y caliente, Pedro Díaz Colombo regresó a San Cristóbal a hacerse cargo de la información sobre los nuevos e insólitos acontecimientos. Distendido entre las eras, se había vuelto voluntad que transitaba en el dédalo de los calendarios. ¿Qué tenía que ver 1994 con 1867, con 1712? ¿Qué unía estas fechas, aparte de la fiebre, que hacía que las volviera a vivir intensamente una y otra vez? Zahorí de los tiempos, a través de lecturas y fiebres vivía dentro de ellos y los hechos familiares y sociales se le confundían en el nudo inextricable de las centurias, en la

baraúnda de los diversos fines del mundo y cambios de siglo que le había tocado vivir, ¿desde la lectura?, ¿desde la fiebre? Desde el hiposcenio atisbaba y de pronto saltaba al centro del escenario sin importarle la justificación de las fechas.

El padre de Rosario soñó cierta vez que Lucas Veneciano, su sirviente favorito, su cómplice, su sayón de zurriago y filo, en estado de ebriedad había violado a la maestra Disemis Celarent de Rosellón y que esta, por temor, había ocultado a su esposo el hecho que pocos meses después se convirtió en embarazo. Rosario Rosellón, por su parte, soñaba con cierta frecuencia que era dada a luz en el inhóspito interior de las grutas que se encuentran cerca de San Cristóbal. Se sentía, por lo tanto, hija de la caverna, de las profundidades planetarias hasta donde había llevado el rayito de luna de su nacimiento, se sentía hija del vientre de la tierra. Alguna vez soñó también, sin haberlo conocido previamente, el rostro desorejado de Lucas Veneciano. De la desaparición del tal Lucas nada se sabía. De la desaparición de su madre se contaban varias versiones, pero ella, Rosario, no descartaba que don Hernán, su padre, hubiera caído en acto de uxoricidio sin importarle que esa vez no pudiera esconderse en la niebla, pues cuando ella nació San Cristóbal estaba envuelta por una intensa luz lunar. Esas y otras interrogantes la movían a presionar a su marido, Díaz Colombo, para encontrar por medio de sus investigaciones el hilo de las verdades. Cierto es que sentía como suya la causa de los indios, pero ¿cuál era la verdad de su nacimiento, de su procedencia?, ¿y cuál la que tanto había anegado de sangre estas tierras? «Díaz Colombo, trabaja», había insistido ella a su marido mientras trataba de curarle el brazo con los secretos que en alguno de los siglos pasados le había confiado, vademécum de su hechicería, Pedro Díaz Torcaz.

Ella obliga diariamente a su esposo a buscar más datos en la biblioteca, a escudriñar sobre los paraderos de los líderes indígenas

de antes... y los de ahora; ella pide, exige fechas, actos asentados, actas levantadas, rastreos de movimientos, pruebas de asesinatos. Ella dice que el siglo v de San Cristóbal será tan solo de cincuenta años como compensación por lo lento que pasa el tiempo en el valle de Jovel, en donde desde siempre se han vivido, con diferentes nombres, los mismos episodios. Parece como si por la corriente del río Amarillo corriera el mismo cuerpo hidráulico de todos los días, como si esa corriente no hubiera cambiado nunca de rostro. Esa misma impresión la dan las cascadas que gritan con el mismo grito, los pinares que zumban con el mismo zumbido, los hombres que se mueren con su misma muerte. Todo igual..., es como si el aire fuera el mismo siempre y regresara sobre sus mismas rutas para contar las mismas historias, como si la niebla desde hace siglos fuera la misma niebla, la misma cuna de la muerte. La niebla sobre el valle y sus alrededores ha sido una sola y en ella, en su vientre, han sucedido todos los hechos de sangre que se conocen, comenta ella. Piensa que aquí no han estallado varias guerras, que todas han sido una sola que ha abarcado los tiempos; que es la misma guerra la que se inició en la centuria del mil quinientos y la que se ha extendido hasta los encapuchados, a los que ahora el periódico en donde labora su marido ha mandado a localizar cueste lo que cueste. Ella sueña... Pedro delira...

Esta noche Pedro Díaz Colombo iba a escuchar dos confesiones que nunca hubiera esperado. Las antiguas vías volvían a ser las actuales para él, así caminaba por la calle de Santiago, la del Río, la del Peñol, la de la Ciénega, así pudo presenciar aquella escena en la que don Francisco de Elías, un hombre que había llegado a destruir el cabildo, asaltó con gente de su partido la casa consistorial, en donde hubo gran trifulca y en donde, afortunadamente, las cuchilladas que ahí se lanzaron no causaron bajas en ningún de los dos bandos. Así Pedro penetraba cada día más en

los asuntos de la ciudad, como cuando fue testigo de la instalación de la picota, en un costado de la plaza, y en un cerro alto, en Guadalupe, la colocación de la horca para la que don Hernán Rosellón tenía varias donaciones entre sus sirvientes. Pero este día lo era de recato, de recogimiento, y no de cobrar cuentas a la plebe, a los presos irredentos, era Jueves Santo en San Cristóbal, día en el que los franciscanos sacaban la procesión del *Lignum Crucis*, misma que salía de San Francisco, iba a Santo Domingo y a la Encarnación para regresar a San Francisco cuando las sombras de la noche y la niebla crecían por las calles. Al vaivén del turbulo las calles se llenaban de humo aromático revuelto con los rezos, el gentío caminaba lento, oscuro, como un río de sombras del que se desprendía un rumor de plegarias. Entre la multitud se tocaban matracas, pero de ningún modo el ruido de estas se manifestaba en estruendo de algarabía; por el contrario, era un ritmo lento, acompasado, adolorido el que de ellas se desprendía. Se trataba de una escena tarda, de bálsamo y oraciones, de dolientes cánticos para la salvación. Este día había llovido durante toda la mañana y para las cuatro de la tarde, hora en la que dio inicio la procesión, la niebla se empezó a adueñar del valle. Para la noche era notoria la ausencia de la luna. Rosario no caminaba al lado de su marido. «Quién sabe en qué oficios tenebrosos andará, acompañada por el indio Díaz Torcaz», pensó el consorte. Así, sin luna, con el cielo cerrado por la niebla, la noche se volvió un salpicadero de pequeñas luces que eran las velas con las que se alumbraban los dispuestos a hacer la tradicional visita de las Siete Casas. Altos dignatarios eclesiásticos circulaban vestidos de riguroso luto, los personajes civiles también vestían galas negras y los miembros más prominentes de la sociedad, revueltos con gente del pueblo también ataviada, aunque sin el lujo de los primeros, de vestimentas lúgubres, que en la noche sin luna hacía que solo las luces de las velas temblaran en la oscuridad. Los indios catecú-

menos formaban parte de esta extensa población en movimiento y sumaban a los rezos algunas oraciones dichas en su propio idioma habilitado a las nuevas necesidades religiosas. Pedro Díaz Colombo caminaba sin Rosario y sin luna, caminaba y observaba. En esas circunstancias se desplazaba sobre la calle cuando de pronto se encontró con una visión que le heló la sangre, la respiración se le cortó repentina y sintió que la fuerza de los músculos lo abandonaba. Ahí, a su lado, como si el destino dirigiera los actos desde abismos insondables, como un magno acto de magia, como algo que jamás hubiera pensado que podía existir, que le podía suceder a él, justamente a él en un momento así. Ahí, a su lado, a unos cuantos centímetros de su respiración, estaba el rostro divino, inalcanzable, el rostro aristocrático y bello, increíblemente bello, de su cuñada, Caridad Rosellón. Díaz Colombo sintió que una corriente poderosa recorría su cuerpo y lo inmovilizaba. De su garganta no salió nada más que un sucinto y asustado «buenas noches».

Al principio, la respuesta de Caridad fue el mismo gesto de indiferencia que Pedro tan bien conocía. La altivez de Caridad Rosellón, que dejaba frío a cualquiera, volvió a hacerse cuerpo entre las luces de los cirios. De golpe, algo diabólico entró en el cuerpo de Díaz Colombo, quien con furia, sacada quién sabe de dónde, se puso frente a Caridad y con un tono alebrestado le repitió, pero esta vez en forma categórica: «Buenas noches, Caridad». Ni siquiera le dejó correr un cuidadoso «señorita Caridad». Su voz golpeó la sombra: «Buenas noches, Caridad». La aludida se detuvo ante aquella voz varonil, aquella voz que de pronto brotaba dispuesta a todo; quedó como suspendida en el hilo de la sorpresa. Dejó de caminar con los demás y mansamente extendió la mano hacia Pedro Díaz, que en ese momento reaccionó y extendió la suya para amarrar a ambas, tibias, temblorosas, en medio del intenso frío cristobalense. En ese momento dejaron

de existir los demás celebrantes, todo se esfumaba en su entorno, como que todo entrara en los lindes de la irrealidad y solo ellos recortaran sus siluetas cercanas en el frío.

—Parece mentira que viviendo tan cerca casi no nos veamos —comentó él, como sacando de la nada sus palabras.

—¡Por el pío convento de las niñas recogidas de Santa Rosa de Viterbo! —respondió ella recurriendo a una frase que su padre siempre pronunciaba en sus enojos o en sus exclamaciones de dicha—. Cómo me dice eso cuando es usted el que siempre se la pasa metido en la pocilga de don Prudencio, perdido entre papeles viejos.

Pedro Díaz sintió que le volvía el alma al cuerpo. Entonces, sí se podía hablar con la inefable Caridad Rosellón, princesa de San Cristóbal de las Casas, señora del valle de Jovel y sus contornos. Entonces sí era una mujer como cualquiera otra, de carne y hueso, a quien se le podía hablar con el idioma de los demás.

—Tienes mucha razón —aventuró el tuteo, ¿no acaso eran cuñados, después de todo?

—A usted es al que nunca se le puede ver —refrendó ella frente al tuteo sin enojo, más bien con cierta coquetería.

—Tengo mucho trabajo, Caridad, pero eso no quiere decir que no se piense en la gente que uno quiere.

—Y ¿alguna vez ha pensado en mí? —insistió en el coqueteo mientras abandonaba la caminata que seguían los fieles en su visita a los templos cercanos.

—Usted representa —en ese momento se le olvidó el tú— uno de mis pensamientos más recurrentes. Si le dijera que aparece tanto en mis momentos de descanso como en mis horas de labor...

—Entonces, ¿no que tenía tiempo de no verme? Ahora resulta que me ve todos los días —respondió ella con una risotada.

—No se burle, Caridad, tú sabes —volvió al tuteo— lo que quiero decir.

—Sí, que no le dejo trabajar, que le importuno en los momentos en que requiere de mayor concentración, que me le aparezco en todo momento, que me encuentra hasta en la sopa de chipilín —continuó ella con alegre desenvoltura—. Y luego, con qué desfachatez se queja de que hace tiempo que no me ve, ¡habrase visto! —Pedro Díaz Colombo estaba desconcertado pero feliz. Qué importaban las brujerías que a esta hora estuvieran perpetrando Rosario, su mujer, junto con el indio ese que no la dejaba ni a sol ni a sombra. Ahora la vida lo ponía en otra dimensión de su existencia—. ¿Y cómo va en sus investigaciones?

—Creo que bien... Siempre es una ayuda sentir en los momentos más áridos del trabajo la presencia de los seres queridos. En esos momentos, su recuerdo no entorpece, ayuda.

—Y yo, ¿le he ayudado?

—Mucho.

—Ah, qué mentiroso el don...

—Mucho, se lo..., te lo aseguro.

—Me gustaría que me platicara de sus adelantos —dijo ella, siempre en tono de coqueteo.

—En el momento en el que usted disponga, nos podemos reunir.

—¿Por qué no hoy mismo?

Pedro Díaz Colombo nunca supo a bien cómo este Jueves Santo se había convertido en un jueves mágico para él. Montado en un valor repentino fraguado en lo más profundo de sus deseos, no se podía explicar —ni quería reflexionar en ello— cómo había llegado hasta la sala de la «inalcanzable» Caridad Rosellón, una segunda sala, más íntima, no la sala general en donde se encontraba el piano en el que Rosario interpretaba las piezas de Claude Goudimel y de otros autores. ¿De dónde había surgido aquel valor que tantas veces le había faltado? ¿Cómo había llegado Pedro hasta aquella sala? Y después de la sala, la recámara de Caridad; y después de la recámara, el cuerpo de Caridad. ¿Cómo...?

Ahora, desnudos ambos, se acariciaban como nunca imaginó Díaz Colombo que podía llegar a suceder. Los dedos temblorosos de Pedro recorrían la piel ardiendo de Caridad Rosellón, bajaban por los brazos de ella y volvían a subir hasta los hombros para descender nuevamente hasta el nacimiento de los senos, en donde se detenían morbosamente antes de asaltar aquellas cúpulas carnosas que se estremecían urgidas por el deseo. ¿Cómo era que podía estar sucediendo esto? Pero Caridad ahí estaba, palpitante sobre las sábanas, con el cuerpo abierto al reclamo de todas las tentaciones. Ese cuerpo que nadie había gozado, ese bellissimo y turgente cuerpo, ahora se abandonaba al asedio de los deseos de Díaz Colombo. Había un río de fuego sobre las sábanas, empezado a encender desde el primer beso, beso inicial sobre la palma de la mano, materia comburente indubitable y que ahora envolvía las sábanas de lino, el cuarto entero, y adentro de él a los dos cuerpos en busca de su fusión, en cumplimiento de su placer, hombre y mujer en nudo que quemaba el frío de la noche. Él metió los brazos por debajo de la cintura de ella; ella se arqueó ligeramente para que pudiera consumarse el abrazo, entonces, él puso sus labios mojados sobre los senos de ella. Ella gimió de placer y abandonó sus prominencias al asedio varonil, que ensalivaba con ansiedad aquellos pezones color de rosa que remataban las blancas lomas endurecidas, como a punto de reventar. Pedro metió el rostro entre los dos senos amigos. Díaz mordió suavemente la carne que le flanqueaba. Colombo se dejó absorber por aquellos poros llenos de deseo. Ahí estaban ambos, en el centro del fuego, acatando la fusión suprema de la naturaleza, cumpliendo con la sabiduría y el mandato. Pedro Díaz subió la lengua humedecida por el cuello de Caridad, ahí surcó varios caminos sobre la piel entregada, lamio con pasión el sabor salino de la piel blanca, chupó una y otra vez, habitado de urgencias, y así siguió subiendo hasta llegar a los labios, aquellos labios entreabiertos de

donde se desprendían sollozos y expresiones acezantes. Los labios de ambos se encontraron con desesperación, querían absorberse mutuamente, se rozaban, intercambiaban humedades y volvían a fusionarse con furia. Las lenguas de ambos eran dos espadas de carne que chocaban sin herirse. Al contrario, dos espadas que se acariciaban, que habían nacido, una y la otra, para la blanda guerra del amor. Los dedos de ella también empezaron a participar en el dulce juego, y con actitud trémula decidieron recorrer los músculos varoniles, regresando las caricias que Caridad había recibido segundos antes. Entonces las cuatro manos tentáculos fueron, nostalgia del mar en las alturas; las cuatro se confundieron en el mismo deseo, tocar, tocar, recorrer con las yemas los laterales de la lumbre, ayudar al acercamiento, más, a la fusión de los dos cuerpos hirviendo sobre el lecho. Las cuatro manos tocaban, indagaban sobre los perímetros estremecidos, provocaban, desde los cuellos hasta los vientres, desde los hombros hasta las rodillas, hasta los frescos muslos de ambos, ya perfectamente entrelazados. Estaban dominados por la lascivia. Desde ese estado, entre gemidos producidos por el placer de las caricias, Caridad hizo a Pedro la primera confesión de esta noche.

—Siempre te he querido. Siempre te he deseado.

—Repíteme eso —dijo él entre enervado y sorprendido.

—Que siempre te he deseado. Siempre te he querido.

—En cambio yo, siempre te vi tan despreciativa...

—Era una actitud que asumía para no perderme con el impulso de mis deseos —dijo ella revolviéndose como serpiente—. Entiende, era una defensa, me sentía tan frágil ante mis ansias...

—No sabes lo que me has hecho sufrir con tu indiferencia.

—Sí, yo me imaginaba que también estabas enamorado de mí. Lo veía en tu mirada, en tus actos, en la forma en la que procurabas acercarte a donde yo estaba.

—¿Entonces?

—Ya te lo dije, tenía miedo de que finalmente sucediera esto.

—Señaló su cuerpo desnudo. Su bello cuerpo desnudo.

—Y preferiste el tortuoso camino de la abstención.

—Se te olvida que eres mi cuñado, que, aunque Rosario y yo nunca hemos tenido relaciones más profundas, no deja de ser mi hermana y tú su marido.

—Pero pudimos ser nosotros sin que Rosario se enterara.

—Rosario se entera de todo. A veces me da miedo, por eso prefiero tenerla lejos de mí.

—Y ahora que por fin está sucediendo esto entre los dos, ¿no sientes ese miedo del que hablas?

—Sí...

Iba a continuar con su explicación, pero Pedro le selló la boca con un nuevo beso. Rodaron sobre el lecho como dos enloquecidos. Se acariciaban, se mordían, se jalaban los cabellos con furia destructora y en ese mismo momento pasaban de nuevo a los mimos tiernos para encender otra vez las lenguas de la lujuria.

Pedro recorrió nuevamente la misma geografía carnal, pero ahora fue a más. Pasó de los labios, que mordisqueó como una fruta turgente, al cuello de Caridad, besándolo y mordiéndolo levemente, de ahí pasó a los senos rebosantes de su pareja en donde labios, lengua y manos hicieron su sabia labor. Hundió varias veces el rostro en aquel par de mundos albos y fue resbalando hacia el vientre de una Caridad que cada vez adoptaba mayormente las actitudes de la entrega. Pedro recostó unos instantes la cabeza sobre el vientre de su acompañante mientras ella acariciaba a dos manos las mejillas y la cabellera del caballero en llamas. Era un encuentro de dos fuerzas avasalladoras que de pronto se convertían en ternura para minutos después volver a tomar la energía del huracán desatado. Se acariciaban, se herían y desde esas dos verdades construían y reconstruían los estatutos del placer. Con-

trariamente al aroma de juncia con el que Rosario anunciaba su presencia, el olor de Caridad, que en un principio había sido de perfume europeo, ahora era una emanación de sudor y sexo que inundaba en forma penetrante la habitación. Sudor y sexo en los rincones del cuarto; sudor y sexo en las paredes de aquel dormitorio; sudor y sexo sobre las lujosas sábanas que cubrían el lecho; sudor y sexo en el cuerpo desnudo de Pedro Díaz Colombo. El sudor y el sexo de Caridad pregonado en aquella atmósfera en la que dos organismos estaban viviendo y muriendo su placer infinito. Qué aroma aquel con reminiscencias marinas. Qué océano elevado hasta las alturas de San Cristóbal. Qué modo de ser pez entre los oleajes de una cama. La lengua de Pedro siguió descendiendo hasta enredarse en la selva sedosa del pubis. Caridad no pudo más y con un profundo gemido abrió los muslos indicando con ello que ya ningún resquicio estaba vedado, que toda atalaya se había derrumbado con un peso plúmbeo y que solo esperaba el asalto final para dejar de ser Caridad y pasar a ser Pedro en medio de su deseo, Pedro, ella, blandiendo la lanza de Príapo. La una en el otro por medio del puente carnal uniendo las sangres. Entonces la lengua de Pedro penetró hasta el fondo de la oscura gruta humedecida. El varón entró y salió una y otra vez en el cuerpo de su compañera de gozo. Lamió el paraíso salino. Succionó. La atacada, con las piernas abiertas hasta donde ya más no, y echando las caderas hacia adelante, se retorció sin brida y liberaba sobre la lengua ardorosa sus jugos interiores. Entre los músculos vaginales había una semilla universal que la punta de la lengua repiqueteaba y la noche de Jueves Santo se volvía así la primera galería de las hogueras.

Pedro, con ágil movimiento, quedó encima del otro cuerpo y enderezó la daga robusta para consumir su trabajo. Echó hacia delante el agresivo grosor, pero Caridad, habilidosa, logró eludir la embestida al mismo tiempo que de golpe, y en forma inexplic-

cable, cambiaba de actitud, hecho que desconcertó a su atacante. Fue cuando vino la segunda confesión de esta noche.

—Hay algo que quiero contar antes... —dijo desligándose aparentemente de los retozos del fuego.

—Ya me dijiste lo que quería oír en la vida, ¿qué otra cosa podría interesarme más que enterarme de tu cariño, de tu cariño... por el que tanto he sufrido?, ¿qué otra cosa...?

—Se trata de algo que he guardado desde niña y que tengo que confiarle a alguien. ¿Qué mejor que a ti en esta noche que ni tú ni yo esperábamos vivir?, ¿qué mejor que a ti, que has penetrado hoy los secretos de mi cuerpo?, ¿por qué no habrías de penetrar al mismo tiempo los del cuerpo y los del alma?

—No quiero saber más que el hecho de estar contigo esta noche.

—Necesito hablar.

—Hablar... ¿para qué?

—Escúchame, por favor, después de esto voy a volver a callar para siempre.

—No hablemos.

—Hablemos. Quiero hablar.

—¿No hay más remedio?

—Escúchame, por favor, te lo suplico.

—Bueno, entonces, cuenta, mi niña hermosa —dijo él llevando la cabeza de ella a recargarla en su hombro derecho. Caridad escuchó lo de «mi niña» con cierta sonrisa irónica, pues en realidad, en cuestión de edades, era doce años mayor que su hermana Rosario.

—Se trata de un sueño equivocado.

—¿De un sueño eq...?

—Sí, de un sueño equivocado de mi padre, don Hernán.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Pedro casi incorporándose, repentinamente interesado.

—Que mi padre se equivocó en su sueño y de ahí surgió el malentendido que hizo que mi madre sufriera tanto.

—A ver... —dijo Pedro pidiendo que se le explicara el asunto con calma.

—Tú has escuchado más de una vez el nombre de Lucas Veneciano.

—¿Cuál de los dos Lucas Veneciano?, ¿el criminal encomendero que vivió entre los fundadores de San Cristóbal y murió por las pedradas del pueblo enfurecido o el que siglos después se llamó así por orden de tu padre?

—No hagas caso del primero, se me olvidaba que eres historiador... Me refiero al segundo, al indio al que, no obstante ser favorito de papá, este le mandó a cortar una oreja una vez que se encontraba en uno de sus raptos de ira, a ese me refiero.

—Sí, también sé de él.

—Pues resulta que una noche papá soñó que el indio, vengativo, aprovechando su borrachera y el que papá se encontraba visitando alguna de sus fincas, penetraba en el dormitorio de doña Disemis Celarent, mi madre, y la violaba. Fue un sueño terrible. Mi padre despertó perlado en sudor y se dirigió al dormitorio de mi madre. La despertó a golpes, sin importarle que ya estuviera embarazada de Rosario. La acusó de haberle ocultado el hecho de la violación y la sacó a rastras de la recámara para acabarla de golpear en los pasillos, ante el azoro de los sirvientes. De Lucas Veneciano no se volvió a saber más. Desapareció para siempre. Pero mi madre, desde entonces, vivió una vida de terror hasta el nacimiento de Rosario. Se corrió la voz de que mamá había muerto por el parto, la verdad es que papá la internó en un hospital para dementes cerca de Ciudad de México, en Tlalpan, y en la casa no se volvió a hablar jamás de ella.

—¿Rosario conoce esta historia?

—No, ella no sabe nada. Por ahora. Pero tarde o temprano se entera de todo.

—¿Qué sabes del nacimiento de Rosario?, ¿nació aquí, en la casa, o es cierto que nació en el interior de las grutas que están cerca de San Cristóbal?

—Cuando Rosario nació, yo fui la llevada, desde el mediodía, a las cámaras de esas grutas. Fue ese una especie de «paseo» para que no me diera cuenta de los pormenores del parto. Estuvimos en aquellas cavernas hasta que entraron las sombras, hecho del que no nos percatamos, pues habíamos paseado en los interiores alumbrados por hachones. Cuando los sirvientes y yo regresamos a la casa, más allá de la medianoche, mamá ya no estaba. Por lo que respecta a la recién nacida, papá no atentó contra ella porque siempre sintió temor, ya que los indios le habían dicho que a la hora del nacimiento la luna reflejaba quién sabe qué amenazas desde el cielo, advirtiendo de que esa niña era intocable, que estaba bajo su protección. Papá decía que no creía en esas cosas de los indios, pero no tocó a la niña.

—¿Y qué hay del sueño equivocado?

—Esa es la confesión que quiero hacer.

—¿Qué hay de él?

—Mi padre se equivocó en su sueño.

—¿Y...?

—Lucas Veneciano, el indio borracho, vengativo, no violó a mi madre, papá soñó mal las cosas.

—¿Entonces?

—La violada fui yo, cuando apenas tenía doce años de edad, pero mi padre no lo soñó así. La violada, ¿lo oyes?, fui yo. Doce años. Yo.

—¡¿Tú?!

—Yo. Y lo callé para siempre.

—No puede ser...

—Y lo callé para siempre. Qué caso tenía que fuera de otra forma, qué venganza podía perseguir si con la desaparición de Lucas Veneciano estaba más que vengada.

—¿Y tu madre?

—¿Hubieras preferido que la que estuviera en un sanatorio para locos fuera yo? ¡Por el pío convento de las niñas recogidas de Santa Rosa de Viterbo!, de la ira de mi padre todo se podía esperar.

—Pero tu madre, ¿ella por qué tenía que pagar?

—Entonces, ¿hubieras preferido que yo estuviera pudriéndome entre los locos?

Un ataque de sollozos invadió repentino a Caridad. Pedro quedó con los ojos fijos en el techo. Las oscuras vigas que servían de travesaños brillaban perfectamente pulidas, como si las acabaran de barnizar. Una, dos, tres... Pedro las empezó a contar con pereza. Afuera avanzaba la noche del Jueves Santo. Se escuchaban los últimos rezos.

Una, dos, tres, cuatro... Una serie de reflexiones pasó por la mente de Pedro Díaz Colombo. Pero él permanecía ahí, tendido bocarriba, al lado de Caridad, quien paulatinamente dejó los sollozos y se encogió —como alguien que está indefenso y busca cobijo— en un costado de Pedro. Así se estuvo por un rato largo. Pedro no hablaba. En silencio, lentamente, empezó a acariciar el hombro de Caridad, luego la abrazó y la acercó a él, la apretó junto a su cuerpo y con una ternura infinita, siempre en silencio, le empezó a besar diferentes partes del rostro. Ella aflojó su estado tenso y volvió a ajustar la dimensión de su cuerpo con la de Pedro. El hombre colocó uno de sus muslos entre los de ella y suavemente empezó a rozar con su piel el delicado epitelio de las entrepiernas. Poco a poco, lentamente, se volvió a encender el fuego en los dos cuerpos. Después de algunos minutos, nuevamente se había formado aquel nudo de lumbré que desafiaba exitosamente

el frío de la noche. Pedro volteó a Caridad bocabajo y empezó a besarle con fruición la espalda. Ella respondía con una respiración estentórea, que marcaba el punto de su lujuria. Él le besaba el dorso mientras con las manos apretaba la parte de los senos que escapaban por los lados del pecho oprimido contra las sábanas. Aquel placer era una locura. Aquella locura era un placer. Pedro resbaló hacia abajo, hacia el nacimiento de las caderas, y ahí demoró otro rato untando sus mejillas a aquellas curvas carnales que habían dilapidado toda intimidad en su favor. Bajó más para que su lengua, estilete humedecido, penetrara entre los glúteos de Caridad. Pedro penetró y Caridad respondió con un bramido que resquebrajó lo que quedaba del Jueves Santo. Ella se retorció sobre el lecho y en el impulso volvió a quedar bocarriba. Pedro se untó el rostro de sexo; qué aroma tan delicioso, tan femenino, se desprendía desde las entrepiernas de Caridad. Entonces Pedro subió otra vez sobre aquel cuerpo, se ajustó a él y, levantando las piernas de Caridad, fue clavando lentamente su erección masculina en aquella blandura derritiéndose. Caridad volvió a sollozar, segunda vez en la noche, pero ahora era de placer, de un infinito placer que bajaba el cielo hasta sus manos para que pudiera jugar con las volutas de la niebla. Pedro entraba y salía rítmicamente de aquel cuerpo cálido, abierto como sementera por donde se desliza la fuerza del arado. Entraba y salía al compás de los gemidos con los que Caridad esperaba cada embestida. El sexo femenino era una flor abierta y líquida, y el otro un émbolo que mancillaba el pétalo con su goce desbridado. ¡Cuánta calentura en los sexos y en las paredes del cuarto! Pedro empezó a sentir los estremecimientos próximos a la eyaculación. Se fusionó con fuerza al otro cuerpo. Hundió el protémolo hasta el fondo del vashío. Metió el cuerpo y el alma por la ardiente hendidura. Arremetió con furia amatoria. Cuando empezaron los supremos estremecimientos, buscó los ojos de Caridad para que la comunión fuera total. El

derramamiento se suspendió a la mitad en un trance estrictamente difícil para el que lo sufría, y es que en vez de los claros ojos de Caridad lo que Pedro Díaz Colombo percibió en el rostro de enfrente fue la mirada oscura de Rosario, su mujer, que se burlaba desde el fondo de las cuencas, con una risa demoníaca. Por quién sabe qué artes de hechizo Rosario, la amiga de los brujos indios, Rosario, su mujer, la misteriosa Rosario acababa de suplantar el cuerpo de su hermana y ahora era ella la que aparecía, desnuda, bajo la furia erótica de Pedro, pero no en actitud de entrega total, sino en disposición de befa, de una befa siniestra que había interrumpido de golpe la fuerza del coito. En vez de los ojos de Caridad, eran los ojos de Rosario los que observaban a Pedro desde un brillo maligno, desde un centelleo, desde un resplandor forjado entre las sombras. Pero tampoco eran las cejas de Caridad las que ahora veía Pedro, eran las de Rosario. Pero tampoco eran los labios ni los gestos de Caridad, eran los de Rosario. ¿Qué tipo de venganza era esta? ¿Qué clase de anuncio le quería dar su mujer? ¿Por qué, con base en sus hechizos, lo tenía que haber burlado de esta forma monstruosa? Solo había dos posibilidades: Rosario se había enterado del encuentro entre Pedro y Caridad y, por medio de sus artes oscuras, a la hora del clímax erótico había decidido suplantar a su hermana para burlarse, o desde un principio había sido todo solo una ilusión producida por los tenebrosos maleficios de su mujer. Pedro Díaz Colombo despertó en medio de la fiebre, pero no era fiebre de amor, era el brazo, que se le había seguido hinchando en el interior de la biblioteca de don Prudencio Moscoso... ¿Sería hinchazón de brujería?

—¿Quieres un tu trago? —le preguntó Díaz Torcaz mientras alcanzaba el cilindro de cristal reposante en el gongorino pino

cuadrado y lermaba largo de ese recipiente que utilizaba para hacer gargántaras cuando los tiempos de infecciones e irriterías.

—Solo vine a indagar —respondió el otro Pedro con gesto endurecido.

En efecto, Pedro Díaz Colombo había llegado hasta el cuartucho de Díaz Torcaz para hablar seriamente con él acerca de las actividades que realizaba su mujer junto a los brujos del barrio de Mexicanos. Cada día que pasaba se reafirmaba en Pedro la sospecha de que su esposa se reunía con los indios de ese barrio para realizar actos tenebrosos. Al respecto se hablaba mucho de la muerte del gringo camarógrafo que se había hospedado en Na Bolom para estudiar en los libros que sobre la región se guardan en ese lugar y para filmar —¿qué?, misterio— en las afueras de San Cristóbal. Resulta que el gringo, subrepticamente, filmó una reunión de indios herméticos entre los que también estaba Rosario, acompañada, como siempre, por Díaz Torcaz. Reservados celebraban su reunión cuando los alertó el ruido característico de la cámara filmadora. El gringo, al darse cuenta de que había sido descubierto, huyó del lugar. Desde entonces fue buscado en secreto tanto en Na Bolom como en otros muchos sitios. Aparentemente, el gringo había desaparecido, nadie daba noticia alguna de él. En Na Bolom tampoco sabían nada, pero eso no les preocupó, porque en ese lugar acostumbran hospedarse investigadores extranjeros que desaparecen por semanas para desarrollar sus indagaciones en la zona. Los indios empezaron a correr la voz entre ellos, así los pormenores de la búsqueda se supieron desde la ciudad hasta las cuevas. Se formó entonces una comisión de indios encabezada por un rezandero, un *Jitik' vanej ta Riox*, y se fueron a rezar los de la comisión al cerrito de San Cristóbal, en donde dejaron unas velas y se dirigieron entonces a Tulancá, en donde volvieron a rezar y caminaron más de medio día hasta la finca en donde se encuentra el Señor del Trapichito, de donde

salieron hasta las inmediaciones de San Bartolomé de los Llanos para hacerle ritos al Señor del Pozo. Cumplidas estas ceremonias y de regreso a San Cristóbal, llevaron a un lugar lejano de la ciudad un cántaro roto y, en un morral, incienso y pequeñas ramas de romero, semillas de mostaza, dos cucharadas de flor de azufre, nueve velas de color rojo y otras nueve de color negro. Al pie de un inmenso árbol hicieron fuego sobre el pedazo de recipiente y le echaron encima las sustancias antes dichas pidiendo los auxilios de los malos espíritus para que el «tapado» realice el mal. Esta fórmula, en realidad, no era tan oculta para el resto de la población, pues mucha gente conocía este tipo de proceder para lograr que la víctima fuera adelgazando hasta llegar a la muerte. Solo que en esta ocasión no pasó lo mismo con el gringo, y en esto radicaba el misterio. La víctima no enflaqueció ni tuvo dolencia alguna en el cuerpo. Lo que sucedió fue que semanas después apareció ahorcado. Su cuello, sus brazos y sus piernas estaban enredados por los rollos de película que usaba para sus filmaciones. La gente comentaba la muerte del gringo y, como se dijo, muchos aseguraban que la hija de don Hernán Rosellón también había tenido que ver en los acontecimientos. Esta y otras cosas relacionadas con lo mismo quería aclarar Díaz Colombo con el indio que tenía enfrente. Los dos Pedros Díaz hablaron ampliamente sobre el asunto, aunque el que en realidad habló de manera extensa fue Díaz Colombo, pues el otro Díaz, Torcaz, se dedicó a responder con frases elusivas y muchas veces su participación en el diálogo se redujo al monosílabo. Díaz Colombo hizo puntualizaciones y subrayados, interrogaba y él mismo se respondía; ¿qué tenía que ver su esposa —insistía— con «las cabezas rodantes del mal», con «la conversión de brujos en calaveras» o con los diabólicos «encuentros de *poshlonos*»? En el caso de las cabezas rodantes, había que llevar a las cuevas una gallina viva, de color negro, degollarla y enterrarla en la misma cueva, elevar ora-

ciones y pedir que fuera concedido hacer el mal. Posteriormente, en las noches sin luna, la cabeza de la bruja se desprendería del cuerpo y rodando llegaría hasta la casa en donde habita la persona a la que se quiere hacer el mal. Por lo que respecta a la conversión de brujos en calaveras, tendría que decirse la siguiente oración: «Bájate carne, bájate y vuela por el aire, sé zopilote humano y come a la gente y a los que estén a tu alcance según tu juicio». La función de esta conversión de los «huesos chillantes» era matar de espanto a la gente. Los encuentros de *poshlonos* era la lucha de dos brujos enemigos que se convierten en enormes bolas de fuego. ¿Qué tenía que ver Rosario Rosellón con todo esto?; ¿qué lugar le correspondía a su mujer en estos asuntos sobrenaturales? Eso era lo que quería dilucidar de una vez por todas en su conversación con el taimado Díaz Torcaz. Así, Díaz Colombo amenazó, suplicó, volvió a amenazar y volvió a suplicar sin sacar en claro nada de lo que lo espoleaba. Ya era mucha gente la que empezaba a decir que ella, Rosario, era la sombra sigilosa que en las noches de luna se introducía en el templo de San Agustín para tocar en el órgano esa música misteriosa que se iba rodando por la oscuridad de las calles. Ya eran muchos los que hablaban de los extraños sueños de Rosario señalando su anormalidad. Ahora, además de esas cosas, se venía a sumar su supuesta relación con los hechiceros indígenas, hasta el grado de involucrarla en el caso del gringo ahorcado. El indio Pedro tenía que saber más de lo que dejaba vislumbrar. Él era quien permanecía más tiempo al lado de la Rosellón y él mismo andaba en esas prácticas oscuras de la hechicería, según el decir de muchos. Díaz Colombo habló por largo rato, tanto que hasta perdió la cuenta de los minutos ahí pasados. Por su parte, el indio nada más asentía o negaba con movimientos de cabeza o alguno que otro pujido que emitía hacia adentro. Díaz Torcaz tenía que saber algo sobre las prácticas secretas de la Rosellón, incluso lo más seguro era que se hubiera constituido en su

cómplice, es más, que hubiera sido él su inductor en los oscuros ritos, en las prácticas satánicas. Por eso Díaz Colombo se prendió de las palabras y no dejó de hablar por mucho rato, explicando, sugiriendo, suplicando mientras, en cambio, su «interlocutor» parecía una estatua de barro y no iba más allá de movimientos corporales apenas perceptibles y lacónicas expresiones guturales. ¿Qué tenía que ver Rosario con la muerte del gringo? ¿Qué otro tipo de artes se habían utilizado para su ahorcamiento, aparte de las que ya eran de conocimiento público, como el procedimiento del «tapado»? Pedro Díaz preguntó y preguntó y, al cabo de largo rato, el otro Pedro Díaz no había dicho nada. Finalmente, Díaz Torcaz se dignó a asumir la palabra, pero de manera escueta. De las relaciones de Rosario con la hechicería no dijo absolutamente nada, pero sugirió a su homónimo que, si quería develar caros secretos, se encaminara a una dirección que Díaz Colombo escribió con interés en medio de su ataxia. El domicilio en referencia se encontraba en la calle de Insurgentes, casi al llegar a la carretera que va a Comitán. La indicación señalaba que acudiera ahí cerca de la medianoche. Y eso fue todo.

Bajo un frío que calaba hasta los huesos, Pedro Díaz Colombo buscó el domicilio que llevaba apuntado. Tomó por la calle de Insurgentes, que a esa hora estaba solitaria y helada, a media neblina, y caminó en dirección a la carretera a Comitán. El número que buscaba se encontraba a mano izquierda de su caminata. Varias veces pasó por ahí para confirmar que estaba en los datos correctos, pues ese sitio no era más que un lupanar en donde un puñado de prostitutas friolentas y desveladas se repartían la noche. No había más, la dirección era esa. Entonces decidió penetrar al local, que a tales horas se mostraba más muerto que vivo. Había una barra larga del lado de la pared que se encontraba a la derecha de la entrada y un espejo de la misma longitud de la barra en donde se retrataban las diferentes botellas de licor con

sus variados tamaños, colores y formas. Del lado del muro de la izquierda estaban colocadas, en hilera, pequeñas mesitas metálicas, sin mantel, con sus sillas también de metal sobre las que esperaban, en el cúlmine de su aburrimiento, pequeños grupos de protagonistas nocturnas, con las faldas cortas, más allá de la mitad de los muslos, dejando ver redondeces carnales a medias de la penumbra. Algunas mujeres, con sus piernas cruzadas, fumaban solitarias, otras más fumaban y bebían de sus vasos gélidos. Pintarrajeadas ellas hasta el exceso, eran seres solos y tristes, tristes y helados.

Díaz Colombo no supo por qué entró a ese lugar en el que nada había que indicara ser el sitio en donde iba a encontrar las verdades que buscaba. Se trataba tan solo de un antro de putáismo del que ahora él también formaba parte con su presencia friolenta y su vaso de licor en la mano. Asumió su situación y buscó una silla en donde sentarse, y buscó una acompañante con quien compartir fríos, y se puso a conversar de la manera más mecánica y desinteresada. Pidió otro vaso de licor, la noche no estaba para menos, y fue al calor de esta nueva ingestión que se le ocurrió meter la mano entre las piernas de su acompañante. Entonces se percató de que los muslos de estas mujeres, en medio de la penumbra parecían de carne, torneados como si tal, pero que en realidad lo que poseían adentro de las falditas eran témpanos de hielo. Eran mujeres dedicadas al meretricio, pero que tenían las piernas modeladas en hielo, acordes a lo álgido del medio ambiente.

La mujer, con rostro de hielo, labios de hielo, sonrisa de hielo, al recibir la mano de Pedro entre sus témpanos le propuso a este pasar al dormitorio. Pedro necesitó de dos vasos más de licor para responder a la invitación. Pasaron. En el interior del dormitorio ella acabó de desvestir los torneados bloques colocando sus curvaturas en decúbito disponible. Pedro pasó a los interiores del carámbano con la misma frialdad con que se le ofrecía. De hielo

era la meretriz, la hetera, la maturranga; de hielo era la noche, de hielo eran los sexos encontrados en esa hora. Mecánicamente se cumplimentaba el acto glacial cuando cambió la situación de manera repentina. La mujer, puesta bocarriba, empezó a gemir como si hubiera entrado en trance de erotismo. Gemía con insistencia y de su boca empezó a salir un «más, más, más, así, así, dame más, más, así, Lucas, quiero más, dame más, Lucas Veneciano, así, así, más, Lucas, más...». Entonces Pedro miró hacia los ojos de la mujer, pero no fueron los ojos de la cantonera los que vio. En ese momento, los que aparecieron en el rostro de hielo de la furcia fueron los ojos claros de Caridad Rosellón que pedían más, más, a un Lucas Veneciano que había vuelto a ser vomitado por el vientre de la helada noche. De pronto, el cuerpo y el rostro de la prostituta habían sido suplantados por los de Caridad. ¿Ese era el secreto que quería transmitirle Díaz Torcaz? ¿Secreto era o infamia trabajada por el hechizo de los que jugaban con ritos secretos? ¿Qué significado tenía esta suplantación? ¿Cuál era el mensaje? El hecho era que —brujería o no— debajo de él estaba Caridad Rosellón pidiéndole más a Lucas Veneciano.

Pedro Díaz Colombo, no te dejes vencer por la fiebre, es mucha la responsabilidad que tienes en tus manos. Tu periódico te dio una orden, la tienes que cumplir, tienes que localizar a los encapuchados que aparecieron en el valle de Jovel y que ahora periodistas de todo el mundo buscan en las selvas y en las serranías, entre antiguos fantasmas, en medio de la niebla. Tienes que dar con los encapuchados antes que los otros, es mucha tu responsabilidad. La fiebre no te debe vencer. Cumple.

El día: lunes, 31 de enero de 1994
Balazo: en San Cristóbal de las Casas
Cabeza: entrevista con el personaje más buscado

Esta es una noche especial; es la noche en la que bajó una densa neblina sobre la ciudad de San Cristóbal. Una noche brumosa que le da a esta calle cargada de siglos una visión fantasmagórica.

Estas calles en las que el tiempo decidió detenerse con toda su carga de memorias, de voces que se niegan a desvanecerse en el aire, de sobresaltos, de viejos rencores que siguen vivos, estas calles nubladas son en estos momentos una frontera entre lo real y lo irreal.

Hay un latido oculto que parece aconsejar que se dé un paso atrás; quizá todavía sea el momento. La neblina quizá sea un presagio ¿de qué? Ante la indefinición de ese presagio, el ánimo ha decidido seguir hacia delante en su aventura que se inicia dividiendo en dos la fina neblina que justamente hoy ha descendido sobre las losas coloniales.

Cuando todo parece entrar a la irrealidad, un helicóptero cruza estruendoso sacudiendo apenas la cortina blanca, volvién-

dole a dar materialidad a estas calles adormiladas en el largo silencio de la madrugada.

Solo pensar en cuántos compañeros estarían dispuestos a vivir esta aventura decide el siguiente paso hacia delante. El helicóptero se alejó ya y parece como que se hubiera llevado con él una gran parte de la neblina.

Se había acordado que el contacto se efectuaría en el sitio conocido como Puente Blanco. Los faroles rematando unas columnas de color rosa, opaco, apenas penetran en el ambiente neblinoso. Ambas partes cumplimos con la contraseña convenida.

En el interior de la camioneta Rambler azul-gris viajan tres hombres. Adelante solo permaneció el conductor. Los otros dos quedaron junto conmigo, en el asiento de atrás, uno de ellos de marcados rasgos indígenas.

Curiosamente, no quedé en medio, custodiado por ambos personajes. Los dos hombres se sentaron juntos y yo quedé pegado a la portezuela derecha. Hablaban estrictamente lo necesario. A mis intervenciones tímidas ellos responden con monosílabos.

Andar y desandar calles

Empezamos a rodar sobre la calle Diego de Mazariegos en dirección al centro de la ciudad, pero de pronto entramos por el callejón del Calvario para quebrar de nuevo a la derecha y retornar por una pequeña calle de nombre Cuitláhuac y después meternos, siempre a la derecha, por la calle Melchor Ocampo, fragmento de una cuadra que recorrimos en sentido contrario. De hecho, solo habíamos girado en redondo.

Seguimos sobre Diego de Mazariegos, pero esta vez en sentido contrario hasta alcanzar, a media cuadra, una pequeña cuchilla y otra vez un corto callejoncito a la izquierda y luego desandar por la prolongación Guadalupe Victoria y cruzar un segundo puente paralelo al Puente Blanco.

Hasta aquí parecía que iba a ser relativamente fácil la ubicación de la ruta que estábamos siguiendo; no habíamos salido de la parte norte de la ciudad, pero después se sucedió un cambio diversificado de direcciones y con él un torrente de nombres de calles que era imposible mantener en la memoria. Dentro de ese torrente aparecían nombres como Edgar Robledo, avenida fácilmente recordable porque del lado izquierdo hay casas de corte moderno que difieren del resto de la arqueología sancristobalense.

Calles y más calles fueron transitadas por la Rambler. Nunca me imaginé que en esta ciudad se pudiera caminar tanto tiempo sobre un vehículo sin haberla atravesado totalmente. Trato de ubicarme en dónde estoy. No sé para qué. Después de veinte minutos de recorrido por calles similares, parece que de nueva cuenta estuviéramos cruzando por los mismos sitios.

De este recorrido solo quedan en la memoria algunos cuantos nombres: Franz Blom, Vicente Guerrero, Huixtla, Flavio A. Paniagua, Alberto Domínguez y Ejército Nacional, a la que volvimos varias veces, y más y más calles, ahora del todo innombrables.

El ansiado encuentro

El vehículo se detuvo por fin en una vía angosta, frente a una casa con techo de teja y un pesado portón de madera. No hubo necesidad de tocar sobre el amplio portón. Este se abrió a nuestra llegada. Cruzamos un jardincito anterior. Al fondo había varias puertas pequeñas, dos de ellas se encontraban iluminadas, las otras permanecían a oscuras. Tras de una de esas dos puertas me esperaba el ansiado personaje, en el centro de una habitación cruzada en su cielo por enormes vigas oscuras.

Su rostro joven, amable, me recibió con una sonrisa jovial.

—¿Qué tal el viaje? —me saludó sonriendo.

—Largo y frío —respondí queriendo asumir la misma naturalidad que mi interlocutor.

Otros dos hombres silenciosos nos acompañaban en este encuentro. Frente a mí seguía sonriendo el hombre de tez blanca, ojos claros, de aproximadamente treinta y tantos años de edad. Obviamente que esta no es la descripción real del personaje; pudo en verdad tratarse de un individuo de baja estatura, de piel morena, colochó, como se les dice por acá a los de pelo rizado, de rostro redondo y renegrido; pudo ser...

Ya estoy frente al personaje tan perseguido y ahora que lo tengo enfrente como triunfo de la persecución no sé cómo empezar. Se me agolpan las ideas hasta que se inutilizan dentro de mi cabeza. ¿Cómo iniciar esta tan deseada entrevista? Se me ocurre una bobada. En estos momentos recuerdo a José Falconi Castellanos, aquel gran periodista chiapaneco que me aconsejaba en mis inicios: «Cuando estés frente a un personaje prominente, con cosas fundamentales que preguntarle, inicia con cualquier bobera para que se sienta en confianza y entre en calor, luego te va a decir todo».

—Por ahí dicen que usted es un individuo que habla varios idiomas.

—¿Eso dicen?

—¿Inglés, francés, alemán...?

—Ruso. —Y suelta la carcajada.

—¿Ruso? —Hago como que tomé en serio la respuesta.

|—Creo que eso no tiene ningún interés —repone.

—Si desea, cambiemos a otro tema.

—*Toj lect.* —Que en tzotzil quiere decir ‘muy bien’.

—Entonces, a otra cosa.

—*Wocol awal.* —Que en tzeltal quiere decir ‘muchas gracias’.

—¡Qué cosas! —comento—, y pensar que la gente lo cree remontado en la sierra y allá lo andan buscando todos.

—También allá estoy.

—Me refiero a estos momentos.

—También allá estoy y soy miles.

—¿Cuánta es la gente que está movilizada en estos momentos?

—El país entero; todos quieren un cambio de cosas, todos en el país desean que las cosas cambien, que haya mayor participación de la ciudadanía en los asuntos nacionales.

—Y la propuesta es...

—En la situación actual del mundo y de nosotros sería absurdo pensar que la acción a la que las circunstancias obligan es la única salida. Por ello es por lo que, si la sociedad decide ir a elecciones, pues... a elecciones, siempre y cuando estén asegurados procedimientos democráticos, el respeto entre todos, el respeto al voto, que es la mejor demostración del respeto al bato. Hay muchos millones de habitantes en este país —siguió imparabile—, por tanto, existen infinidad de organizaciones y por ello innumerables formas de lucha. En cualquier momento se puede coincidir con alguna de esas organizaciones; se puede emparentar la lucha con otras estrategias y con otras tácticas si al final de cuentas llevan a un punto común. Yo creo que la justicia, la paz y la democracia son anhelo de todos y que puestos tras esas metas hay una infinidad de caminos que se encuentran, coincidencias que deben enriquecerse para alcanzar las metas comunes —agregó.

El personaje y la leyenda

Hay una leyenda acerca de la mano izquierda de nuestro personaje. Yo busco con la vista aquella mano que se oculta con la penumbra y el jorongo, muy de la región (*chuk*). Él habla y hay un momento en el que, en vez de apuntar en la libreta, mis ojos insisten en capturar los movimientos de la mano izquierda. De pronto se da cuenta del impertinente empeño y en vez de molestarse emite otra sonora carcajada y al finalizar expresa gozoso: «Te aseguro que es mi mejor mano». Luego retoma el hilo de su conversación.

—Como te decía, en el momento en el que los grandes cambios se den no será resultado de lo que hagan unos cuantos; por el contrario, estará ahí el trabajo de muchos, las diferentes visiones conciliadas tras un mismo fin. Esa complejidad hay que entenderla y admitir que así es, que no puede ser de otra forma, que lo que se consiga vendrá de diversos frentes y de variados métodos. Marcos serán estas luchas de muy diversas propuestas políticas que, al interaccionarse, harán que avance el proceso democrático que tanto requiere este país.

—Es por eso por lo que usted decía que la gente puesta en acción...

—Ten la seguridad de que un reclamo que haga el pueblo en esta parte de Chiapas tiene que ver con el molino que en ese momento se levante por el Cerro de la Estrella, allá por Iztapalapa, ¿te acuerdas de aquello de «somos un chingo y seremos más»?

El frío arrecia a esta hora y de pronto los dos nos vemos frente a humeantes tazas de té de manzanilla. Él comenta con la misma sonrisa de siempre:

—Yo creo que me lo trajeron hirviendo para ver si se me quema la lengua. —Y de nuevo la carcajada. Yo no comento nada porque a mí se me quemó desde el primer sorbo, hecho que delatan los dos lagrimones que me resbalan por las mejillas—. Pero no llores —agrega festivo—. Si quieres, nos traemos a los de Iztapalapa para acá.

—¿En qué sitio de San Cristóbal nos encontramos, com...?

—¿Simple curiosidad urbanística?

—Simple curiosidad.

—Se me ocurre decirte que estamos en el barrio Mexicanos, y se me ocurrió porque ese barrio fue poblado por gente de origen náhuatl, así no te sentirás tan lejos de los volcanes. Además, a toda aquella gente se la señaló como muy buena para las cosas esas de la brujería, fue esa una de las características del barrio. Así que ten la seguridad de que para mañana esta casa en la que estamos conversando ya desapareció. Pero, eso sí, el barrio Mexicanos seguirá de pie, eternamente. —Después de corroborar que la taza de té empieza a quemar menos, vuelve con la carga burlesca—. ¿Sabes cómo se llaman las calles de este barrio? Pues agárrate; se llaman Honduras, Colombia, Guatemala, Nicaragua. Pero no es cierto que estemos en Mexicanos, es pura broma. ¿Qué dirías si supieras que estamos a unas cuantas cuerdas de Ejército Nacional?

—Dígame, com...

—Oye, ¿que tú nunca te ríes?

—No es eso, el frío...

—¡Ah!

—¿Cuándo exactamente se inició todo esto?

—¿Quieres que te diga cuándo? Pues esto se inició en la centuria del mil quinientos, cuando un indígena de nombre Sanguieme fue quemado en el centro de Chiapa de Corzo, ante la vista de su gente, para que esta no osara a rebelarse contra el poder. Luego —siguió diciendo— continuó en 1712, y ya desde entonces San Cristóbal de las Casas había estado a punto de ser tomada por la ira de los fregados. Pero el asunto ha continuado y en 1867, un año antes del 68, ¿te recuerda algo ese número, el 68? También en la calzada Nonoalco, hoy Flores Magón, a veces el frío llega hasta los huesos. Y en 1867, te decía, los déspotas volvieron a ver que la lumbre les llegaba a los aparejos. Y así podíamos seguir con fechas y fechas. Sí te digo que esto empezó desde hace mucho.

—Pero dígame, com...

—Hace mucho.

—Compañero, déjeme terminar mi pregunta.

—Si ya la hiciste y yo solo te estoy respondiendo. Mira, en 1974, para que veas que hablo de cuando ya habíamos nacido, en San Andrés Larráinzar hubo un levantamiento indígena que culminó...

Ha pasado el tiempo y a través del vidrio se puede observar que la neblina ha levantado.

—Se comenta que usted posee un gran sentido del humor —le digo por decir algo.

—Lo que tengo es sentido del tumor, un tumor que necesita ser extirpado cuanto antes.

¿Sería otra demostración más de ese sentido del humor que le atribuyen? El caso es que, ya en la calle, al voltear la vista, la casona aquella en la que conversamos había desaparecido. En San Cristóbal de las Casas amanecía...

Penumbra. Patria por donde se anda a tientas. Sombra por donde transita el alma hacia su búsqueda. Atmósfera de párpados cerrados. Abiertos hacia adentro, hacia los interiores en donde la luz sería como una perla en el centro de la almeja. Imperio innombrado, intocado por la refulgencia. Ausencia del brillo, multiplicadora de fantasmas, de verbos presentidos en su vibración volátil. Foro cerrado. Fondo encerrado en el que todo puede suceder, desde el acontecimiento de los dioses hasta el tenebroso ejercicio de la contraparte. Vientre, ovillo, concentrado en su verdad a oscuras, en donde se gestan las aleaciones del éter y el azufre, del ala del ángel y la caverna. Entraña de los misterios hacia arriba y hacia abajo en la que el enigma establece su equilibrio. Flor para las magias transitando por el petaleo fosco, ceguera deslumbrante. En su encelajado tutelaje suman los impenetrables vaivenes de lo incógnito y la fuerza es ascenso lóbrego, y los sentidos crecen sus tentáculos precipitando las pulsaciones que han de convertirse en arquitectura de lo insospechado. Mosaicos verdes y blancos. Interior de la iglesia de San Juan Chamula. Velada invitación en lo misterioso. El río del tiempo se ha acurrucado, inmóvil, en el interior de los cuatro muros. Todo es niebla adentro y el tiempo también lo es, ahí, detenido, enlutado, vestido con un *chuk* que cubre también historias y viejos dolores desvanecidos en rezos. Este es un largo galerón, sin bancas, con unas cuantas mesas repartidas a lo largo, pobladas de veladoras. Cuanto más llano el galerón, más cargado de sensaciones indecibles. Entrar es como si se ingresara en otro mundo dentro del mundo. Hay una resonancia de zumbidos, como si la música del cosmos vibrara adentro. El piso está alfombrado por aromática juncia y a los lados, como arrancados de una magia reticente, vigilan los oscuros santos a los que los indígenas increpan con las palabras más duras. «Santo

cabrón, te vine a pedir por los míos y no me hiciste caso, santo hijo de la...» y entre las sombras se cobijan el reclamo y la botella de aguardiente que sirve para respaldar los rezos como parte inseparable de la ceremonia. Los santos permanecen envitrinados, envueltos en harta ropa, para que no sufran el frío de San Juan. El altar es apenas una elemental construcción de mosaico con tres vitrinas, con sus santos arropados hasta la asfixia, adornados con cintas de colores —amarillo, rojo, verde—. Los diferentes agujeros en el techo dan mayor hechizo a la atmósfera al colar en la penumbra rayos de sol, convirtiendo la difusión lumínica en sustantivos de la anunciación divina. Por los diferentes ángulos de este escenario grupos de indios —familias y conjuntos de familias— permanecen sentados en el suelo en donde rezan y beben trago, sembrados en pequeños espacios limpios de juncia, y ahí, sobre el mosaico, la botella y las oraciones —zumbando, zumbando...—. Los rezos son apoyados por una buena cantidad de velitas encendidas en tamaño descendente y veladoras formadas sobre el piso. Parece que se está en las inasibles dimensiones de la irrealidad. Los rezos en indio, entonados de la manera en que lo son, dan la impresión de que fueran rumores en el que dos extremos se juntan: la idea que se tiene de los sonidos siderales y la más primitiva voz de los elementos. Aquí rezaron los abuelos. Aquí rezaron los padres. Aquí rezan los hijos. Aquí rezarán los hijos de los hijos, en medio de estas cuatro paredes atezadas en donde el tiempo dejó aprisionar uno de sus brazos que ahí permanece, inmóvil, para que los ritos sigan viviendo a la usanza antigua. Pedro Díaz Torcaz salió de la iglesia sin haber rezado, no rezaba desde hacía mucho, pero le gustaba ir a San Juan Chamula para sentir que se recostaba sobre el ala del tiempo, para sentir la satisfacción de que ese fracto del tiempo no se moviera, pues permanecía ahí, capturado entre las cuatro paredes ahumadas y en medio del aroma de juncia y se podía dialogar con él, lentamente y más, acerca de los

pasados presentes. Ese era su gusto, y eso lo llevaba a la iglesia de San Juan y lo hacía permanecer en el interior por largos ratos, en ejercicios de concentración y en alimentación de íntimas reminiscencias. Y es que de aquellas penumbras le surgía la luz, porque veía con claridad la historia de su gente y se sentía en comunión con esas realidades que las sombras de San Juan le abonaban. Sin haber rezado, Díaz Torcaz salió de la iglesia porque afuera, sobre la explanada de San Juan Chamula, le esperaba un compromiso con las tradiciones del carnaval, y lo iba a cumplir cabalmente. Entonces él, revuelto con los jóvenes herederos del antiguo acto —ellos con el calzón remangado hasta los muslos, cubiertos por sus *chuks* nuevos, tocados con sombreros adornados por cintas de colores, empuñando banderas de vistosos tonos—, cogió uno de los estandartes y se hizo a recorrer las ardientes muecas que el sol había dejado que le diseminaran sobre la tierra. Él y ellos corrieron varias veces, de ida y vuelta, sobre aquellas brasas que humeaban en el piso. Gritaban, aullaban de júbilo mientras sus pies desnudos transitaban sobre un suelo incandescente. Iban y venían en aquella planicie ardiendo mientras ululaban y vociferaban hasta desgañitarse. Así la magnificencia del fuego era humillada por lo menos ese día. No había quemadura capaz de anular aquella carrera que la tradición desarrollaba, erguida, sobre las ascuas. Camino sobre una breve parte del sol, sobre su risa larga con dientes de tizones encendidos, corro sobre la larga marimba de lumbré que prendió el carnaval en la explanada. Quema el pie pero no quema, arde hasta la bandera que se agita en el aire pero no arde, y sí arde, como si la planta del pie viniera de andar las leguas de los siglos. Por eso es mucho lo caminado, por eso es bastante el ardor que los pies sienten. Pero no hay remedio, porque así lo ha decidido la costumbre, porque así es; entonces, hay que correr sobre el polvo del sol, entre el ardor de las banderas. Las banderas se agitan, también el griterío, y entre pitos y tambores

se levanta la voz desgarrada de un mayordomo renegrido y recio, con vestimenta orlada por vivos rojos.

San Sebastián Pastor.

San Miguel Arcángel.

San Pedro Dueño de la Llave.

San Pablo Menor.

San Pablo Mayor.

San Antonio de Padua.

San Antonio del Monte.

San Sebastián Mártir.

San Andrés Apóstol.

Jesús de la Unidad.

Corazón de Jesús Menor.

Corazón de Jesús Mayor.

Santa María, Madre de Dios.

En la noche vendrá la luna a apagar las brasas.

Penumbra. Patria por donde se anda a tientas. Sombra por donde transita el alma hacia su búsqueda. Atmósfera de párpados cerrados. Abiertos hacia adentro, hacia los interiores en donde la luz sería como una perla en el centro de la almeja. Imperio innombrado, intocado por la refulgencia. Ausencia del brillo, multiplicadora de fantasmas, de verbos presentidos en su vibración volátil. Foro cerrado. Fondo encerrado en el que todo puede suceder, desde el acontecimiento de los dioses hasta el tenebroso ejercicio de la contraparte. Pliegues del secreto que dictan su oración nocturna, sin sonido alguno, solo con esa vibración con la que hablan, con la que parecen palpar los cóncavos del espacio. Cabro entenebrecido golpeándose en los ciegos laberintos. Lóbrego estremecimiento recorriendo los misterios de la celebración que abre sobre el vacío la amplia capa de su liturgia negra. Ausencia de lampos, altar de opacidades vivas convocando las aras avernarias para que el antiguo culto se renueve entre las fron-

teras del territorio eclipsado. Piso de tierra aromado con copal y pino. Este es el triunfo de las tinieblas, de los oficios oscuros desde los que se enfrentan el bien y el mal buscando ganar o perder las almas. La choza empenumbra guarda en sus interiores ecos de los asuntos muy propios del diablo, energía que se desata por medio de los procedimientos atesorados a través de los siglos. En el intro una olla puesta sobre el piso; una rústica mesa de madera, sin sillas; ramos de diferentes hierbajos colgados de las paredes; unas cobijas sobre el suelo, en desorden, en donde se recuesta el oficiante; un santo tapado totalmente con un pedazo de cobertor de lana negra. El agua que está adentro de la olla de barro hierve. En el intro todo es tenebra y olores cerrados, revueltos con los aromas de copal y pino. Dentro de ese ambiente cargado de incógnitas se escuchan los acentos que prohíjan el mal.

K' alal me lk'è.

K' alal me xanave.

Snuptanuk ti chopole.

Ti stzuktawk yakan.

Que al salir.

Que al caminar.

Encuentre el mal.

Que tropiece.

En el lazo mío.

Pues tendido está.

Ahora.

Ocúltenme.

Abríguenme.

Bajo sus sombras.

Que no me vean.

Su salvador.

Su desencantador.

Señor mío.

Santa cueva, santo cerro y monte.

Esta es la lucha contra el curandero, contra el que trata de sanar con sus artes. El curandero es el mal del mal, por eso su presencia es nociva y hay que destruirla. Son varias jornadas en las que el agua de la olla hierve con las diferentes hierbas que se van sumando en el caldo pardo. Después, el agua se pone a enfriar y durante tres días se sumerge en ella la mano izquierda mientras se elevan preces a los espíritus de las sombras, ellos ayudarán a vencer al opuesto, ellos colaborarán para que el mal se realice en la salud del contrario. Durante tres días se repetirán los ritos y las oraciones; durante tres días se hundirá la mano en aquella agua espesa que se irá poniendo verde; durante tres días serán invocadas las fuerzas ocultas hasta que llegue el instante del desprendimiento. Se han conservado las brasas encendidas y sobre ellas se arrojan puños de sal. La mano empieza a desprenderse del cuerpo a la medianoche del tercer día. No hay dolor en el cuerpo, no hay molestia de ningún tipo. Se suelta la mano, alcanza su autonomía plena y ante los ojos de la noche va adoptando la forma de un ave negra. Los rezos y las hierbas, los ritos y los baños en el agua turbia rinden resultados lentamente. Ahí está la mano, desprendida, independiente, formando otro cuerpo que aletea, que poco a poco va adquiriendo la capacidad del vuelo. Y vuela la mano a la mitad del graznido, vuela el pájaro negro en busca de la casa de su víctima. A su paso va diseminando un rocío que se prende de las hojas nocturnas. Que no toquen las breves gotas a ningún ser humano, porque el resultado sería grave. El mal está en el aire y el que se encuentre con la fina lluvia, morirá. Así vuela el pájaro en las alas de su propio hechizo y llega hasta la casa del curandero. Mientras, el cuerpo mutilado permanece inmóvil en el interior de la choza, privado de conocimiento, pues su espíritu acompaña en

esos momentos el encono del ave, que vigila el mejor momento para posarse en el cuerpo dormido del destinado. Yo, Pedro Díaz Torcaz, me poso suavemente sobre el curandero dormido, indefenso por el sueño; me poso sobre el que acudió al llamado del caxlán para librarlo de sortilegios; sobre el que asiste al coletto, al enemigo. Me poso sobre su cuerpo inerte. Mi pecho de ave es la palma de mi mano. Rozo sus ropas, su piel: el maleficio está consumado. Cumplido el propósito, vuelo al lado de mi cuerpo, regreso al muñón del que me he desprendido. Es más de la medianoche. La luna ha bajado a apagar las brasas.

Desde muy temprano empezó a bajar la niebla sobre San Cristóbal. Los miedos escondidos se volvieron a desatar paulatinamente y los protagonistas de viejas historias tornaron a tomar aliento para convivir con los vivos como si el tiempo no existiera. Por las calles ennegrecidas se volvían a escuchar los gritos enardecidos y los lamentos de muerte, los rezos multitudinarios y las imprecaciones. Los mundos aparentemente idos estaban ahí, agazapados, para despertar en el vientre de la niebla, para retomar su dinámica en el punto en el que había sido interrumpida. Pedro Díaz Colombo decidió continuar su trabajo en la enorme biblioteca y salió a la calle en donde no se veía nada, en donde solo se escuchaban ecos de vidas presentes y pasadas. De pronto, entre las difuminadas imágenes arrojadas por la nubla, creyó reconocer a personajes que no había conocido, de los que solamente sabía a través de los documentos atesorados en tantos años por el desaparecido don Prudencio y que constituían carne de su más ferviente imaginación, lampos del pasado que iluminaban su mente. Entre las brumas creyó reconocer el rostro sanguinario de Lucas Veneciano, el primer Lucas, el encomendero despiadado que no

se detenía ante nada. Pero a su lado caminaba el otro Lucas, el desorejado, el del mal sueño de don Hernán Rosellón. Observó a su paso los apuros del licenciado Francisco Marroquín, primer obispo de Guatemala, dirigiendo a un grupo de indios en el traslado del primer reloj que hubo en la Nueva España. Se encontró de frente con la risueña cara del albañil Antonio Méndez, quien acababa de donar su casa para la fundación del primer hospital en Chiapa de los españoles. Así fue tropezando con personajes sobresalientes o anónimos y llegó un momento en el que no supo si sobre las aceras de esas calles embrumadas saludaba a un vivo o a un muerto.

Faltaban tres cuadras para llegar al sitio en donde se encontraba la biblioteca cuando sintió que una fuerza poderosa le obligaba a desviar sus pasos hacia una nueva dirección, como si un impulso independiente lo ciñera a su designio y lo sometiera a caminar hacia un destino que él no había decidido. Así, forzado por quién sabe qué extraña potencia, fue desandando el camino hasta regresar a su domicilio y, más allá, hasta los sótanos de don Hernán Rosellón. Aquel olor a cerrado, aquella oscuridad apenas rasgada por mecheros se le hizo familiar; sintió como si ya en otras ocasiones hubiera estado en ese sitio aspirando aquella vaharada de humedad revuelta ahora con tufos de putrefacción, con fetideces que anunciaban la degradación de la carne. Una voz misteriosa le hablaba, ¿quién de tantos muertos se acercaba a susurrarle en los oídos?, ¿cuál de ellos?, ¿o era solo su voz interna?, ¿era su propia voz la que le hablaba? Los misterios de aquellos acentos velados le repetían que ahí, frente a sus ojos, estaba la verdad que él buscaba en libros y legajos, que frente a él estaba esa verdad que se abría ante sus ojos para que de ahí la leyera. ¿Y cuál era esa verdad? En el piso, duro y frío, yacía un indio sin orejas, era como una sombra arrojada sobre el suelo. El cuerpo indefenso, cubierto con harapos, desprendía aquel olor a pudrición que gol-

peaba el olfato de Pedro. Lentamente, los ojos de Pedro se fueron acomodando a la semipenumbra del lugar marcando con mayor definición la silueta de aquella sombra adolorida. Se trataba de uno de los peones de don Hernán sufriendo los castigos que en ese covero se aplicaban con macabra frecuencia sumando a la inopia de los cuerpos la del alma. Aquella sombra sobre el suelo se encontraba ya desprovista de aliento para el quejido, era un pequeño montículo inerte e inerte abandonado hasta por la saña de sus verdugos. Era algo inservible sobre el térreo plano, sí, algo que no servía ya ni para el martirio, un algo sin sentido, abandonado en aquel espacio, pero todavía atado con una fuerte sogá prendida a los tobillos. De uno de esos tobillos era que se desprendía aquel hedor que invadía el ambiente. La sogá penetraba inmisericorde en la carne podrida, negra hinchazón con grietas por donde el indio derramaba pus. Una sogá sin perdones era aquella, inflexible, ceñida duro entre las llagas infectadas; sogá del diablo, lo más lejos de toda teofanía, sogá cumplidora, empapada por la corrupción de las humedades. Ese tobillo hinchado y pudriéndose, agusanado y maloliente no era más que una de las marcas que don Hernán iba diseminando entre su peonada indefensa. El indio había sido acusado de rebelarse a una orden y a cambio había pretendido huir a toda carrera, una carrera que, cercada por los caballos de los caporales, no había llegado más allá de las últimas casas de la ciudad. Por eso estaba atado de los tobillos, para que aprendiera que la velocidad de sus piernas no le aseguraban, por ningún motivo, los campos abiertos de una mal ganada libertad. Por eso la sogá penetraba recio en aquella carne desvalida, amoratada, y se empapaba de sangre turbia y purulencias.

—¡Que me aspen! —estalló Pedro Díaz Colombo repitiendo la exclamación clásica de uno de los personajes del escritor extranjero Faulkner.

En otras ocasiones se remitía al ¡por el pío convento de las niñas recogidas de Santa Rosa de Viterbo!, expresión clásica de su mujer Rosario, tomada por ella de su padre don Hernán, pero este no había sido el caso ahora. Y seguidamente, después de aquel angustiado «¡que me aspen!», preguntó a la deformada sombra que tenía frente a él quién era y por qué lo mantenían en esas condiciones.

—Soy preso de don Hernán Rosellón —sollozó apenas el interrogado.

—¿Cómo te llamas?

—Pedro Díaz.

—Igual que yo —dijo con asombro el que interrogaba y completó—: Yo soy Pedro Díaz Colombo.

—Sí, el periodista —alcanzó a balbucir el moribundo.

—¿Me conoces? —Un largo silencio fue la respuesta—. ¿Conoces a Pedro Díaz Torcaz? —fue la siguiente pregunta.

—¿El brujo?...

—¿A Pedro Díaz Cuscat?

—Todavía no ha nacido, pero lucharé a su lado contra todo esto...

—¿Pedro Díaz qué es que eres tú?

—Pedro Díaz solamente..., pero estoy muriendo por todos.

¡Que me aspen!, había expresado Pedro Díaz Colombo al ver aquel despojo humano desfalleciendo frente a él, pero aún le faltaba una sorpresa mayor en el interior de aquel covero, y entonces surgió la otra expresión: «¡Por el pío convento de las niñas recogidas de Santa Rosa de Viterbo!». Y es que ahí, ante él, surgido de quién sabe qué ángulo de la oscuridad, se encontraba el rostro amable de don Prudencio Moscoso en disposición de conversar. Esta era la primera vez que la niebla, que normalmente traía a los muertos a convivir con los vivos en el valle, materializaba la figura de don Prudencio. «No puedes quedarte ahí, paralizado

de horror», le dijo la aparición señalando los oscuros despojos del indio pudriéndose en el suelo. «Es mucho lo que hay que hacer; tienes que salir de aquí ahora mismo; será más útil lo que puedas actuar afuera. Este es un caso particular, tan solo un caso, que sé que impresiona mucho, pero el crimen es más grande todavía, infinitamente mayor, y gente como tú tiene la obligación de dar cuenta de él». Pedro Díaz dijo: «Yo solo soy un ser horrorizado, un inútil latido atado por el miedo. Déjeme aquí, don Prudencio, meditando qué puedo hacer por esta víctima. Don Prudencio dijo: «Nada más podrás hacer que no sea sentirte conmovido por esta tragedia individual, pero hay una tragedia colectiva que necesita de tu atención. Tú mismo reconoces que eres un latido atado por el miedo. Tienes que romper esa atadura para que tu horror se transforme en fuerza que ayude, que pase de lo contemplativo a la acción». Pedro Díaz dijo: «¿Pero de qué puede servir mi susto?». Don Prudencio dijo: «¿Preferes entonces quedarte pasmado ante el crimen, inactivo, regodeándote con tu propio espanto?». Pedro Díaz dijo: «No puedo, no me pida nada, don Prudencio, estoy paralizado. No me pida nada, déjeme revisar mis pensamientos, déjeme aquí, solo». Don Prudencio dijo: «¿Te quieres quedar aquí, solo, inactivo frente a este hombre muriendo, por el que no puedes hacer nada, cuando hay muchos hombres más por los que puedes hablar? Por principio de cuentas no te quedarías solo, Díaz Colombo, te quedarías petrificado aquí, junto a la muerte, no solo, Díaz Colombo, junto a la muerte». Pedro Díaz dijo: «Pero ¿quién soy yo para intentar algo más desde mis minúsculas fuerzas? ¿Qué pretende usted que haga desde estas flaquezas que me mueven? Usted se irá cuando levante la niebla, regresará a su otra sombra, yo quedaré encerrado en mis reducidos límites, solo, ante estas realidades agobiantes, esperando a que vuelva a bajar la niebla sobre el valle para poder hablar con usted sobre los tiempos transcurridos». Don Prudencio dijo:

«Me iré con la niebla, es cierto, pero quedan aquí las cosas que hay que transformar. Entonces hay que salir, ver. Vámonos, Díaz Colombo, aprovechemos la niebla para que te pueda acompañar, acudamos a mayores revelaciones para que puedas tener una visión más amplia de este asolamiento y puedas cumplir con tu obligación con mayor eficacia». Pedro Díaz dijo: «¿Cuál obligación?». Don Prudencio dijo: «La que contrajiste en el momento mismo en el que empezaste a remover el tiempo en mi biblioteca. Ahí, en esas hojas, están las tragedias de esta región y de su gente en su registro más amplio y entonces sí, cuando hayas entrado en la carne adolorida de esos papeles amarillentos, podrás hablar no solo por uno, sino por todos, esos todos en los que reconocerás tu propia historia». Pedro Díaz dijo: «¿No me estará usted pidiendo, don Prudencio, algo que está mucho más allá de mis fuerzas? Yo no soy un poeta, de los que usted me hablaba cuando vivía, de los que usted decía que son los ojos y el alma de los hombres y que por eso entienden mejor que nadie el alma de la historia. Yo no soy un poeta, don Prudencio, yo soy un simple hombre asustado, que ahora tiembla ante el sufrimiento de esta sombra herida que se queja a mis pies». Don Prudencio dijo: «Todo hombre tiene algo de poeta, por lo tanto, en cada hombre existe una llama de la tea y, por lo tanto, en cada uno anima la minúscula partícula profiláctica e iluminadora». Pedro Díaz dijo: «¿Quién soy yo, don Prudencio?». Don Prudencio dijo: «Tú eres el hombre. Cada uno lo es. Pero, en tu caso particular, quiero decirte que acudiste a la concentración de mis archivos, penetraste en los muchos años que me costó clasificar materiales y testimonios, has estado frente a documentos fundamentales y cada uno de esos pasos te obliga a contraer un compromiso mayor. ¿Para qué es el conocimiento sino para servir al hombre? Todo ese acervo al que has tenido acceso debe servir no para que quedes inmóvil ante el dolor de esta víctima, sino para que te manifiestes activo ante el

dolor de las víctimas, que, a fin de cuentas, el uno y los todos están en ti mismo. Entonces, has tenido acceso a los saberes creando un compromiso con todos y contigo mismo. Entonces, vamos a completar la labor de la sabiduría». Pedro Díaz dijo: «Vamos, don Prudencio». Don Prudencio dijo: «Vamos». El indio que moría sobre el piso dijo: «Vamos». Y empezó a desatar los nudos que le unían a la tosca sogá.

En la calle, entre la niebla, seguían chocando y saludándose vivos y muertos, como si pertenecieran —y así era— a una misma sociedad, los tiempos eran el tiempo y una idéntica realidad daba dimensión a todos. Pedro Díaz Colombo adelante, cercado por las imágenes de la sangre corrompida en su cocción purulenta en medio de la llaga, caminaba rodeado por sus fantasmas de adentro, de alguna forma emparentados con los de afuera, chocando en los cursos del denso nublado.

Índice

El imperio del terror	29
Rebeldía y suicidio	33
La fiebre	101
Muerte de Balancán Goudimel.....	151
Andar y desandar calles	193
El ansiado encuentro.....	195
El personaje y la leyenda.....	199

